

El color
de la Victoria

185
65
1977


editora Abril

INDIANA UNIVERSITY
LIBRARIES
BLOOMINGTON

Edición: Yolanda Mirabal Reyes
Cubierta: Ubaldo Ceballos López
Ilustraciones: Rafael Yerbilla Ramos
Diseño y marcaje tipográfico: Irma Pérez Jiménez
Corrección: Jacqueline Teillagorry Criado

© Sobre la presente edición, Editora Abril, 1990.

Este libro fue realizado su composición, impresión y acabado en el taller 011 del Combinado Poligráfico "Alfredo López"

Editora Abril, Prado no. 553 entre Teniente Rey y Dragones,
Habana Vieja, Ciudad de La Habana.

SI YO ME SALVO Y ESTO SE PIERDE, PUEDES PONERTE LUTO POR LA PATRIA. SI YO MUERO Y ESTO SE SALVA, VÍSTETE DE ROJO, QUE HA TRIUNFADO LA PATRIA.

FERNANDO CHENARD PIÑA

Los derechos de autores de este libro fueron donados para financiar el Monumento Conmemorativo a la Lucha Clandestina en la capital, que se erigirá en el lugar donde estuvo el tenebroso Buró de Investigaciones de la tiranía batistiana, sito en la intersección de las calles 23, 25 y 30 del Vedado.

Presentación

La presente publicación contiene breves semblanzas y pinceladas biográficas de cuarenta y dos moncadistas nacidos o que residieron dentro de los límites de la actual provincia de Ciudad de La Habana.

Inicialmente aparecen aquellos que integraron la Dirección Nacional del Movimiento y los que desempeñaron tareas de apoyo a esta. El resto de los moncadistas se presentan según los grupos o células a las que pertenecían. Así se inicia con Abel Santamaría Cuadrado, que ocupara el cargo de segundo jefe del Movimiento; a continuación Boris Luis Santa Coloma, José Luis Tasende de las Muñecas, Raúl Gómez García y Gildo Fleitas López, que eran de la dirección del Movimiento o realizaban tareas especiales orientadas por este.

A partir de este grupo aparecen los que integraron las células de: el Parque de la Fraternidad, Plaza del Vapor, Lawton, La Ceiba, Coco Solo, Calabazar, Cayo Hueso, Habana Vieja, etcétera.

La inclusión de los residentes en nuestra provincia se explica por razones fácilmente comprensibles: una parte

de sus vidas transcurrió en nuestras calles, barrios, etc. Transitando por estos queridos lugares desarrollaron sus actividades revolucionarias y desde aquí partieron a realizar la heroica gesta del Moncada y por tanto estarán vinculados eternamente a la historia revolucionaria de la capital.

No se incluyen a quienes como Antonio, Níco, López Fernández, Armando Mestre Martínez, René Bedia Morales, Reinaldo Castro Fernández, Humberto Valdés Casañas y Vicente Chávez Fernández, sobrevivieron al Moncada, y cayeron posteriormente como expedicionarios del Granma o en la lucha clandestina en la ciudad.

Si bien pueden encontrarse algunos aportes de contenido, nuestra preocupación mayor está dirigida a lograr una lectura amena, que sin reiteración ofrezca las características de la época con el rigor científico necesario.

El propósito esencial es lograr incentivar a los más jóvenes lectores, para contribuir con ello a que nuestra joven generación se acerque al conocimiento de la vida de estos hombres, a los sacrificios y el heroísmo de quienes abonaron con su sangre el presente.

ABEL SANTAMARÍA CUADRADO

Aquí, el que sepa morir, va a vivir

Dolores Nieves



Un hombre no muere mientras su imagen permanezca en la mente de los que lo conocieron. Por eso, Abel Santamaría Cuadrado estuvo presente en el juicio del Moncada. Y estuvo presente también aquel 16 de octubre de 1953 en la Sala del Hospital Municipal de Santiago de Cuba, aunque su cuerpo hacía tres meses que era uno con la tierra que lo cubría.

Se celebraba el juicio «más trascendental de la historia republicana».¹ Un hombre joven, solo y dolorido, asumía su propia defensa, que era la de su causa y la de su pueblo. Sus palabras brota-

¹ FIDEL CASTRO RUZ: *La historia me absolverá*, p. 9.

ban como si fueran «sangre del corazón y entrañas de la verdad.»²

Era un momento histórico. Por su boca, una nueva generación de revolucionarios explicaba al mundo las razones de su lucha. Y entre los compañeros evocados, entre los muertos gloriosos cuyo asesinato Fidel denunciaba, estaba Abel, a quien llama «el más generoso, querido e intrépido de nuestros jóvenes...»³

Cuando se observan las fotos de Abel, llaman la atención la profundidad de su mirada y la bondad que trasciende de ella. Y este parece haber sido un rasgo que todos sus compañeros destacan. Abel era bueno, Abel era noble, generoso, valiente. Abel era honrado y quería una patria honrada. Por eso estuvo entre los primeros en oponerse a la tiranía batistiana; por eso estuvo entre los primeros en dar su sangre para forjar una patria nueva.

Había nacido el 20 de octubre de 1927, en un pueblo de la entonces provincia de Las Villas. Encrucijada y después el central Constancia fueron el escenario primero de quien, en 25 años que vivió, se aseguró un lugar entre los héroes eternos de la patria.

Todos los testimonios sobre el niño Abel coinciden en considerarlo un niño común, pero dotado de una gran sensibilidad. Respetuoso, atento, estudioso, sus ojos escrutaban el mundo que lo rodeaba, y se formaba un concepto. Un rasgo es el más acusado: la honradez. Abel

² Ibid., p. 5.

³ Ibid., p. 43.

no miente nunca, no engaña a nadie. Y otro, que lo acompañará hasta su muerte: la tenacidad.

Y así se hace joven. Es el hijo menor de una familia ejemplar en la que los padres inculcan a sus hijos principios morales elevados. El hijo menor y la hermana mayor estarán unidos en las ideas y sentimientos. Por eso, cuando viaja a La Habana en busca de mayores posibilidades y trabajos, se hace acompañar al poco tiempo de ella. Haydée —su Yeyé— y él, hermanos de sangre, de ideales, de lucha.

Juntos viven en un pequeño apartamento en 25 y O, en el Vedado, cuando se arriba al 10 de marzo de 1952. Antes, Abel ha formado parte de los miles de jóvenes que ven una esperanza en el Partido Ortodoxo y en su líder. Muerto Chibás, ve desvanecerse las ilusiones de un cambio por la vía electoral. Y el 10 de marzo comprende que solo hay un camino: la Revolución.

Aquel lunes, como todo el pueblo de Cuba, Abel se enteró de la noticia bien temprano. Consternado, se trasladó a las oficinas del Partido Ortodoxo, situadas en Prado 109. Allí solo encuentra confusión y desaliento. Por eso va a Palacio y después a la Universidad. Entre los numerosos jóvenes que al anochecer bajaron desalentados la escalinata, después de la inútil espera por armas que no llegaron, Abel Santamaría Cuadrado, uno más, llevaba la mente llena de ideas.

Y algunas de ellas pronto se materializarían. Con sus amigos Jesús Montané y Raúl Gómez García; con su hermana Haydée, Elda Pérez y Melba Hernández, pronto

constituyen un núcleo que decide actuar. Antes, habían sido las conversaciones interminables en que se explicaban a sí mismos la evolución histórica de Cuba, la raíz y causa de sus problemas. Ahora, sentían que había llegado el momento de actuar.

Seis días después del golpe, se cumplía un mes más de la muerte de Chibás. Por tal motivo, un grupo de ortodoxos se dio cita ante su tumba. Si alguna esperanza le quedaba en los dirigentes ortodoxos, allí la perdió completamente. Al día siguiente le escribe una carta a uno de esos dirigentes. Y entre múltiples y lapidarias razones, conmina: «Una revolución no se hace en un día, pero se comienza en un segundo.»⁴

Y ese segundo había llegado para Abel. Surge así *Son los mismos*, publicación mimeografiada en la que él y su grupo de amigos —ahora ya compañeros de lucha— inician el combate contra el régimen.

Cuando el primero de mayo de 1952, ante la tumba del obrero ortodoxo Carlos Rodríguez conoce a Fidel, ambos se valoran y se aprecian. Siete días más tarde están en su primera misión revolucionaria conjunta: viajan a Colón para recabar la ayuda del doctor Mario Muñoz y encargarle la confección de dos plantas de radio para hacer transmisiones clandestinas.

A partir de ese momento, Fidel y Abel serán uno. Juntos se dan a la tarea de estructurar un movimiento clandestino que tendrá como finalidad hacer la Revolución.

⁴ JUDAS PACHECO: *Abel Santamaría y el Moncada*, p. 61.

Poco más de un año después, todo está listo. Abel es el segundo jefe de la organización, el «movimiento», como ellos le llaman.

Con entusiasmo y alegría, con fe en el triunfo, emprende todas las tareas. Hace prácticas de tiro, recluta compañeros, viaja a Santiago, y alquila, a través de Renato Guitart, la granjita Siboney. Allí se ocupa de todo, allí espera, el 25 de julio de 1953 el arribo de los otros combatientes.

Cuando por fin llega la hora de salir, viste su uniforme. Sabe que para él hay solo dos salidas: o el triunfo o la muerte. Por eso no se pone ropas de civil debajo del uniforme de soldado.

Acata disciplinadamente la decisión de Fidel de que él combatirá desde el Hospital Civil. Y allí combate, hasta la última bala, con generosidad e hidalguía. Su gran preocupación es que Fidel viva, porque eso garantiza la continuidad de la Revolución.

Todo está perdido, pero él consuela a su hermana y a Melba, les infunde confianza, las conmina a mantener una postura digna. Por ello, cuando Haydée le reclama una orden, le dice: «Sí, hay que dar una orden: que hay que saber morir.»⁵ Y también: «Aquí, el que sepa morir, va a vivir.»⁶

Lo que sigue, es todo el horror tantas veces relatado. Abel, el joven generoso y valiente, es vilmente asesina-

⁵ *Ibid.*, p. 219.

⁶ *Ibid.*

do. Antes, tuvo fuerza y valor para salvar la vida de un hombre que no estaba vinculado a los hechos.

Ahora, cuando pienso en Abel, me gusta recordar lo que de él dice la bella canción de Silvio:

*La última vez que lo vi
iba contento y desnudo,
iba matando canallas,
con su cañón de futuro.*

REINALDO BORIS LUIS SANTA COLOMA

Un trueno que centelleó en el Moncada

Inocencia Rodríguez Rodríguez



El 10 de marzo de 1952 Cuba despierta bajo un trágico signo, la democracia se ha hecho trizas en el campamento militar de Columbia. Un joven acude desde horas tempranas a la Universidad de La Habana y junto a otros, espera inquieto las armas prometidas que nunca llegan. La impotencia se vuelve un nudo que aprieta la garganta y ahoga, por esta vez, el grito de rebeldía. El humillante golpe de Estado de Fulgencio Batista se ha consumado.

Solo un mes más tarde las manos que sostienen un modelo de telegrama ante la ventanilla del correo tiemblan de ira, un nuevo no en boca del empleado cierra la

alternativa. El texto es una bofetada al tirano, es un guante blanco lanzado en pleno rostro: *Vi la Chata, falta Kukine para comprobar cuál nos costó más.*

Es la noche del 27 de noviembre de 1952, se celebra en la Universidad de La Habana el acto que rememora el fusilamiento de los ocho estudiantes de Medicina, Boris Luis Santa Coloma camina, guiado por Jesús Montané, entre los grupos de jóvenes que han acudido a la cita, poco a poco se acercan a tres muchachas que esperan por ellos, Montané hace las presentaciones y Boris, cortés, estrecha las manos de Melba Hernández, Haydée Santamaría y Elda Pérez. Más tarde, cuando todo termina, los cinco bajan juntos por las calles que rodean el recinto universitario y enrumban por 25 hasta llegar a O, Abel está en el apartamento, recibe al grupo y saluda circunspecto al desconocido. Dos héroes se conocen, la historia es así, se va tejiendo entre gestos cotidianos.

Boris era entonces un muchacho vigoroso y simpático que llevaba dentro de sí una gran ansia de justicia. Se identificó enseguida con los afanes revolucionarios de aquel incipiente movimiento que encabezaba el joven abogado Fidel Castro y se integró a los planes conspirativos, convencido de que ese era el camino que andaba buscando.

Tras un rostro lleno de bondad se asomaba el carácter rebelde y tempestuoso que se había ido formando a lo largo de una vida difícil que tuvo que asumir y superar desde la infancia.

San Nicolás de Bari fue su pueblo natal, allí nació un 9 de diciembre de 1928. Cuando apenas contaba con cinco años de edad el hogar se vio violentado por la separación de sus padres. Desde entonces vivió en Madruga, bajo el cuidado de la madre, sus días de niño travieso e indómito que asombraba a todos con su singular temeridad y su claro sentido de lo justo.

En la escuela pública para varones Llanes-Hera, donde cursó los primeros grados, queda el recuerdo de sus afanes por aprender, por ser siempre el primero en las clases y de su viril rechazo a la hipocresía y a las bajezas humanas. Era un muchacho impetuoso, pero le gustaba pelear de frente.

Se hizo hombre abriendo caminos. Llegó a la capital cuando todavía era un adolescente, para concluir la enseñanza media superior en el Instituto No. 1 de La Habana, después comenzó a buscar trabajo dispuesto a combinar sus esfuerzos con el estudio de la carrera de Ciencias Comerciales.

Boris viene y va por las calles de La Habana como agente-cobrador de seguros, más adelante consigue empleo en la agencia de efectos eléctricos Philco, pero allí dura poco porque no soporta por mucho tiempo al injusto patrón que atropella a sus compañeros, entonces, tras múltiples pruebas y gestiones, logra que lo admitan en otra agencia: la Frigidaire, donde llega a alcanzar un puesto importante.

En este centro conoce a Jesús Montané y a Vicente Chávez, amigos con los que años después compartiría los épicos momentos del asalto al cuartel Moncada. Aquí

se destacaron sus impulsos justicieros, organizó el sindicato y como dirigente de los trabajadores logró la sustitución de los administrativos de la empresa, presentando contra ellos pruebas indiscutibles de su corrupción. La lucha sindical le granjeó la confianza y el respeto de sus compañeros, pero el prestigio de hombre íntegro tenía entonces un precio que pagó con la cesantía.

Ya no trabaja en la Frigidaire, es despedido de la compañía y labora en una pequeña agencia que queda por la calzada de 10 de Octubre. Le faltan dos asignaturas para concluir su carrera, pero, ahora el tiempo no le alcanza para los estudios, sale de casa temprano vestido de cuello y corbata y regresa casi siempre muy tarde.

Con los suyos apenas habla de política, nadie sabe en lo que anda, solo la sospecha siembra a veces la inquietud en el espíritu de la madre.

El apartamento de 25 y O es el cuartel general del Movimiento, Boris es allí visita casi diaria, cumple bien sus misiones aunque algunas veces asume más de lo que realmente puede hacer. Todos lo quieren por su hombría, su sencillez y su entrega sin límites a la causa.

Cuando salieron para Santiago de Cuba, Boris Luis se despidió sin presagios, subió las escaleras de su casa corriendo y las bajó casi igual, con un paquetico en las manos, dejó un beso en la mejilla de su madre y dijo que iba para Varadero a las tradicionales regatas que se celebraban ese fin de semana. Todo quedó esperando su regreso.

Sus compañeros aseguran que se batió duro en los muros del Moncada y que cuando Fidel ordenó la retirada él logró replegarse sin dificultades, pero entonces recordó a las muchachas que estaban con Abel en el hospital Saturnino Lora y decidió ir a buscarlas y a saber la suerte de los demás. En el intento lo hicieron prisionero.

Se supo que lo torturaron salvajemente antes de asesinarlo, pero que logró conectar algunos golpes en el rostro del esbirro que le arrancaba la vida y que murió gritando, con todas las fuerzas que le quedaban: ¡ABAJO BATISTA!

Boris Luis Santa Coloma fue como un trueno que centelleó en el Moncada, una llama de fuego que aún hoy sigue dando luz y calor.

JOSÉ LUIS TASENDE DE LAS MUÑECAS

Mira aquí la obra de tu padre

Eduardo Torres Torres



De niño, travieso, ocurrente y rebelde; de adolescente, una circunstancia que la historia recogería años después: en un encuentro deportivo en el Colegio de Belén, conoció a Fidel Castro, surgiendo entre ellos una amistad que con el transcurso del tiempo se estrecharía aún más por innumerables elementos afines.

Después, destacado luchador por la justicia social, y entre los primeros combatientes que integraron la dirección revolucionaria del Movimiento en su aparato militar.

Así recordamos a José Luis Tasende de las Muñecas, héroe del asalto al cuartel Moncada, ejemplo viril de

su tiempo y generación. Para nosotros Pepe, el joven inquieto, presente en las tareas cotidianas, que hacen también grande a la Revolución.

En un seno familiar de relativa estabilidad económica nace José Luis el 15 de enero de 1925 en Manzanillo, Oriente. Su padre, Vicente Tasende, empleado de la Compañía Bacardí, le garantiza una modesta educación. Cuarto hijo del matrimonio Tasende-Muñecas, ingresa en la Escuela Pública No. 32 de Santiago de Cuba y posteriormente continúa la vida estudiantil en el Colegio San Juan Bosco de los Padres Salesianos.

A los once años de edad, muere su padre; la necesidad maternal de ayuda y consuelo, y la crítica situación doméstica originada al efecto, lo llevan a madurar prematuramente. Las dificultades económicas obligan a la familia a emigrar a la capital. Comienza para Pepe una **vida diferente.**

Ya en La Habana, matricula en la institución Manuel Inclán de los propios Padres Salesianos en la Víbora donde termina el octavo grado. Allí aparecen marcados los primeros pasos de vocación patriótica y principios éticos humanistas en su formación ideológica.

Aficionado al deporte, participa activamente en los juegos interinstitutos. Aquí conoce a Fidel, Raúl y a otros jóvenes revolucionarios; el deporte hermana hombres y vincula voluntades diversas.

A principios de la década del 40 se inicia como trabajador en la planta de gomas Goodrich de Puentes Gran-

des, y en 1946 obtiene una plaza en los frigoríficos de la fábrica de mantequillas y quesos Nela en Ayestarán y Requena, donde logra llevar la dirección del cuarto de máquinas.

La temprana iniciación laboral templó su carácter y reveló sus condiciones de luchador consecuente con la injusticia que le rodeaba. Compañeros de trabajo de aquella época como Pedro Fernández y Julio Villafuerte lo recuerdan con admiración como un valiente trabajador, de ideas altruistas y sencillez innata, que supo enfrentar los abusos de la administración en defensa de los obreros.

De forma convincente despertó su conciencia política, con una claridad meridiana en la necesidad de enfrentar la opresión social. En el verano de 1947 José Luis cooperó con la frustrada expedición de Cayo Confites contra el tirano Trujillo de Santo Domingo.

Estas constituyen las primeras muestras de la profundización del pensamiento revolucionario de Tasende, quien toma como parte de la vanguardia de su tiempo el legado de nuestra gesta de independencia para comprometer su lucha: «Hacer revolución social es darle humanidad a nuestro pueblo.»¹

Entusiasmo y franqueza fueron rasgos distintivos de su personalidad; martiano por convicción, integró el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo) como medio de expresar su inconformidad con el latrocinio y los desmanes de esa sociedad corrupta.

¹ En *Granma*, 13 de julio de 1973.

Durante el gobierno de Prío, Tasende, junto a Fidel, denuncia el robo y la malversación de recursos por las altas esferas del aparato estatal, la complicidad de instituciones públicas y la indiferencia a la justicia cívica por el régimen burgués.

Entregado a la lucha política, dispuesto al sacrificio máximo por la patria llegado el momento, José Luis conjuga su vida familiar con la consagración revolucionaria. En 1950 contrae matrimonio con su compañera de lucha: Elita Dubois, y ya en abril de 1952 nace su primera hija: Temis.

Después del golpe militar de marzo de 1952, cerradas las perspectivas de lucha legal, quedaba solo una alternativa viable para hacer realidad los anhelos de nuestro pueblo: la insurrección armada. «Surge la Revolución del Apóstol, la Revolución comienza.»²

Pronto la Juventud Ortodoxa radicalizada suma fuerzas y acude al llamado de sus principales líderes. La contienda por la emancipación definitiva se inicia, y José Luis dice presente.

Desde los primeros días ofrece su casa y un local de trabajo como reducto conspirativo y arsenal de armas. Allí van Fidel, Raúl, Abel, Nico, Chenard, entre otros. Tasende se convierte en un destacado activista de la célula revolucionaria.

Algunos locales de la Universidad de La Habana y una finca en Artemisa son convertidos en centros de adiestramiento militar. José Luis consume tiempo y ener-

² *Ibíd.*

gía en la organización y entrenamiento combativo del Movimiento, se hace experto en armas de fuego y tiro certero.

En julio de 1953 su empeño y dedicación a la causa revolucionaria es total. «Es poco el sacrificio que hagamos por el bien que conquistaremos.»³ En esos días viaja a Santiago de Cuba, precisa con Abel los preparativos de la acción y regresa a La Habana.

El viernes 24 de julio partió de su casa, junto a otros jóvenes, a la heroica gesta: el ataque a la segunda fortaleza militar de importancia en el país. Con un beso, un saludo y una carta a su hija, se despide del ambiente familiar para cumplir la misión histórica de su generación.

Desde la granjita Siboney, devenida cuartel general del grupo revolucionario, se espera la hora definitiva. José Luis conoce su misión, ha sido uno de los primeros combatientes en dar el paso al frente para neutralizar la posta número 3 del cuartel Moncada.

Son las primeras horas de la mañana del 26 y el pueblo santiaguero escucha preocupado las detonaciones provenientes del cuartel. La ciudad despierta bajo la confusión, y el desconcierto del ir y venir de soldados preocupados que caminan en todas direcciones.

José Luis está vivo. Ha recibido impactos de proyectil que le producen la destrucción completa de la rótula, pero con asistencia médica puede salvarse. Hecho prisionero, en espera de la cercana operación, es sacado del Hospital por la guardia que dice cumplir órdenes del ge-

3 Ibid.

neral; en realidad, segar diez vidas revolucionarias por cada soldado muerto en combate.

Como último testimonio gráfico, dejó traslucir su serena y firme mirada ante la represión policial.

José Luis Tasende, hombre hecho Revolución, espíritu de lucha, derramó su sangre generosa con la previsión del triunfo final de la causa echada a andar desde el Moncada.

Esperanzado en la realidad —cumplida el Primero de Enero de 1959— expresó: «El triunfo de la Revolución es una nueva era para la clase campesina y obrera.»⁴ Por ello, en el acto de inauguración del Centro Escolar 26 de Julio —antiguo cuartel Moncada— en 1960, su inseparable compañero de lucha, el comandante Raúl Castro, tomando la hija del héroe entre sus brazos, exclamó: «Y hoy aquí, Temita, mira la obra de tu padre.»⁵

4 Ibid.

5. En *Granma* (suplemento), 2 de abril de 1973, p. 29.

RAÚL GÓMEZ GARCÍA

Gracias, Virginia, gracias

Haydée Labori Ripoll



«Caí preso, tu hijo». La tan ansiada noticia llega. Son las dos de la tarde, es miércoles 29 de julio de 1953. Manos temblorosas sostienen el mensaje de Raúl. Virginia sufre calladamente por la suerte de su hijo. Cuatro palabras y una alentadora esperanza de que estaba vivo. Piensa entonces, con un poco de suerte, quizás pudiera tenerlo de nuevo a su lado. La trágica noticia no tarda en llegar y la única esperanza se desvanece. La radio nacional da a conocer la relación de jóvenes inmolados en el asalto al cuartel Moncada en Santiago de Cuba. Su hijo era uno de ellos.

Tiempo después conocerá en detalles las circunstancias

últimas de su muerte. Los verdugos de la tiranía, en excesos de torturas y golpes bestiales, dejaron sin vida el cuerpo del poeta de la Generación del Centenario.

De su familia y especialmente de Virginia, Raúl Gómez García aprendió a morir como un héroe. De ella aprendió Raúl. Virginia nos legó además de un héroe, una lección perdurable: «Quiero ser un ejemplo para las madres, no de los caídos, sino de los que han de caer por la Revolución.»¹ Es así, sus deseos se cumplen en nuestra patria forjada por sus mejores hijos.

Mujer toda bravura, le viene de buena estirpe «...se engendró de las balas insurrectas, y parió hijos para la continuación de una dinastía de coraje.»²

De su matrimonio con Alfredo Gómez Bragues, nacen César, Berta, Palmira, Héctor, Olga y Raúl, el hijo más pequeño de Virginia. La familia Gómez-García constituye un hogar humilde. Viven tiempos difíciles, padecen los males de la república neocolonial. Carecen de muchas cosas indispensables, pero saben enfrentar con dignidad las dificultades.

Su pequeño hijo Raúl nace en la calle Tamarindo, en la casa marcada con el No. 65, el 14 de diciembre de 1928. Lucrecia —su tía paterna— será su primera maestra. Es una temporada en que Raúl radica en Güines. De segundo a quinto grado estudia en la ciudad. A los ocho

¹ En *Bohemia*, no. 30, 25 de julio de 1961.

² BASILIA PAPASTAMASTÍU, comp.: *Raúl Gómez García*. p. 11.

años, cuando el padre muere, regresa a Güines y concluye los estudios primarios.

Virginia queda viuda con sus hijos. Entonces Raúl tiene ocho años de edad. En tales circunstancias, la madre cubre el vacío dejado por su esposo. Da a sus hijos la ternura necesaria. Es la amiga y la consejera firme que conduce certeramente a su prole.

Desde pequeño, el ambiente hogareño le brinda seguridad a Raúl. Su hermano César, hace de amigo y de consejero joven que se crece con la ausencia definitiva del padre.

Virginia no descuida detalles en la formación de sus hijos. En su hogar se habla de los héroes de la patria, de la bandera, del himno. Se conoce y se ama a Martí. Es así como Raúl Gómez García, desde muy pequeño, va forjando su conciencia patriótica y su amor por quien será ya para siempre su guía y meta.

Cuenta su madre que desde muy pequeño sentía amor por los animales. Mostraba predilección por los gatos, en especial aquellos callejeros y hambrientos sometidos al maltrato de algunos chicos. Cuando esto ocurría, Raúl regresaba a la casa con el animalito, buscando la protección que no tenían en la calle, a pesar de los razonamientos de Virginia —cuando esto ocurría—, alegando que no había espacio para más. Al final, su hijo la persuadía —como sabía hacerlo con sus compañeros de juego— y el gato se quedaba en casa.

Con nueve años de edad, formaba equipos de pelota para jugar en los placeres cercanos a la casa. Este no

será su único deporte. Luego vendrían el voleibol, baloncesto, natación y remos.

Compone sus primeros versos a los doce años. Temprano hace su aparición el quehacer lírico de Raúl. Ansía expresar todo lo que siente, todo lo que lo motiva. Virginia, a su modo, le da el visto bueno. Así a partir de pequeños intentos poéticos comienza el poeta revolucionario que a los 24 años había escrito hermosas páginas como: «Mi oración», «La verdad», «Sueños de juventud», «Manantiales», «Nocturnos», «¿Revolución sin juventud?», «Reclamo del Centenario» y otros.

Su estancia como alumno en la Escuela Primaria Superior de la localidad de Güines, marca un momento importante de su vida. Se muestra muy activo, inmerso en innumerables realizaciones que muestran su formación cívica, su patriotismo y su amor ilimitado a Martí. Preside la Asociación Martiana y crece el Rincón dedicado al Maestro. Reclama la participación de los padres de los alumnos, profesores y amigos en las actividades que por su iniciativa se realizan. Su propósito es que la obra del Apóstol se conozca más; que su presencia sea cotidiana. Para ello establece que al pase de lista, en las reuniones de la asociación, cada miembro responda con un pensamiento martiano.

Su profesor de Estudios Sociales, Valentín Cuesta, se convierte en guía del joven martiano. De su tutela política y cultural, de su ejemplo, recibe enseñanzas y gustos que se integran a la ya vigorosa personalidad de este joven habanero, culto y de ideales firmes e indoblegables.

bles. De esta influencia escribe Raúl en el periódico *La Antorcha* de la villa de Güines, lo siguiente:

Desde que tenía trece años, cuando un maestro cariñoso y noble que es mi padre moral y espiritual, me dio sus enseñanzas sublimes de la fuente del saber y me dijo el camino con su ejemplo, en los pupitres de una escuela que existe en nuestros días, yo soñé incesantemente por borrar de mi vida lo burdo y lo simple, y arribar a lo ancho de la intensa idealidad...³

A los catorce años se mantiene viviendo en Güines, junto a su hermano César. Matricula en el Instituto de Segunda Enseñanza en la villa del Mayabeque. En este plantel se ahorra gastos de uniformes y de viajes por la cercanía al centro educacional.

Transcurre el año 1943. La vida nacional presenta un panorama difícil. El mundo padece las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial que ocasiona mayor empobrecimiento a las masas desposeídas, y aumenta el desempleo y el hambre.

Hay agitación en el ámbito estudiantil y poco a poco se va manifestando una clara tendencia de lucha por parte del estudiantado. Raúl denuncia en sus escritos las injusticias, privilegios y atropellos que se suceden a diario. Escribe en los periódicos *El Estudiante*, *Antorcha* y *Diario del Interior*.

³ En *La Antorcha*, Villa de Güines, febrero de 1946.

Es un gran lector. Acude con frecuencia a la biblioteca Arango y Parreño. Prepara sus escritos y profundiza en la obra martiana. Dedicó tiempo al deporte, se destaca en voleibol, nada y rema en el Mayabeque. Su combatividad y talento de escritor se ponen cada vez más al servicio de las causas nobles. Denuncia al director del Instituto de promover ventas de notas y otras arbitrariedades. Su valiente posición le cuesta un consejo disciplinario y la acusación de «revoltoso». Sus críticas no se limitan al estrecho marco del instituto. Fustiga con sus escritos la incapacidad y la corrupción del gobierno existente.

En 1947 es inminente su expulsión del plantel. Su hermano César logra tramitarle el traslado para el Instituto de la Víbora. A este llega con un expediente académico notable y concluye el bachillerato en el curso 1947-1948. Ahora, en las calles de la ciudad habanera se mueve este joven, de amplia frente, culto, poeta y ferviente martiano.

Tiene tiempo para hacer todo lo necesario. Estudia y trabaja para ayudar económicamente a la familia. Ama, lucha y escribe poemas. Su desarrollo político se muestra en ascenso. Palabra y acción se van convirtiendo en un mismo propósito.

No olvida a Güines, es parte importante de su vida. Lo siente en lo más íntimo de sus sentimientos y con nostalgia recuerda sus parajes, sus amigos y todo lo que ama de allá. A un amigo le escribe: «Lo que me inquieta solo es que no puedo compartir con ustedes, mis amigos más sinceros y leales, las horas amables que pasa-

mos en las tierras del Mayabeque... que...⁴ En 1948 escribe: «En toda esta batahola de fuego y fuerza, arenga y estupor, lucha y desasosiego, estuvimos Vicente y yo hasta cerca de las doce de la noche, cuando ya se habían calmado un poco los ánimos en la Universidad...»⁵ Se refiere Raúl a la protesta popular contra el aumento de pasajes de las guaguas denominadas las «bien pintadas».

Movido por las ansias de reformas sociales para su país, ingresa en el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo). La ardiente prédica de su líder, Eduardo Chibás, ofrece una esperanza de cambios. El pueblo ve en él al líder honesto y combativo que lucha contra la corrupción existente.

Raúl se convierte en asiduo visitante del local del Partido Ortodoxo en Prado 109, vinculándose a la tendencia más radical de la Juventud Ortodoxa. Intercambia ideas, comparte juicios y defiende posiciones en cuanto a la urgencia de cambios necesarios en el panorama político de la nación.

Trabajaba entonces como maestro sustituto en el Colegio Baldor. Descubre su verdadera vocación y abandona la carrera de Derecho para matricular Pedagogía.

El 10 de marzo de 1952 se produce el golpe de Estado. Sobre la reacción de Raúl al conocer la noticia, Virginia años más tarde dirá: «...ahí ya supe lo que me

⁴ En *Granma*, 21 de julio de 1973.

⁵ BASILIA PASTAMASTÍU, comp.: *Raúl Gómez García*, p. 106.

esperaba, era tonto no pensarlo, ya ahí yo sabía, no me sorprendía nada, nada...»⁶

Al otro día, redacta su histórico escrito: «¿Revolución sin Juventud?» Con él acude a todas partes. Es inútil, nadie quiere publicarlo. Nadie se podía extrañar que fuera así. El documento era demoledor e implacable contra el hombre que pretendía llamar «revolución» a la asonada castrense. Con su documento, nutrido de lo mejor del pensamiento revolucionario con las enseñanzas de Martí enraizadas en lo más íntimo de su corazón, Raúl defendía la patria mancillada. En él pide vehemente la acción cuando dice:

¡No...! la traición ha de caer herida mortalmente para no surgir más. Un millón de fusiles no acalla hoy, ni mañana, ni nunca, la voz del pensamiento de una Cuba fructífera y feliz. ¡Que se unan los pechos puros y los hombres jóvenes, los que "hayan roto la complicidad con el pasado" y los que se sientan honrados en la conquista del porvenir...!»⁷

Y concluye su documento con este hermoso final:

Calle el pensamiento antes de sentirse encarcelado entre las paredes de las bayonetas... Enmudezca la voz antes que venderse, rendirse o

⁶ En *Granma*, 22 de julio de 1968.

⁷ BASILIA PASTAMASTÍU, comp.: *Raúl Gómez...*, pp. 127-128.

humillarse... Paren los brazos si no han de llevar el pan a nuestras madres con honradez y con confianza... Deténganse los corazones si sus latidos son al compás de un régimen traidor... ¡Mueran los hombres antes de ser esclavos de otros hombres...⁸

Su decidida intención de hacer lo identifica totalmente con los jóvenes que integraron la organización clandestina que protagonizara la gesta heroica del Moncada, siendo Raúl uno de los más claros exponentes de la Generación del Centenario.

Su actividad en el movimiento revolucionario está estrechamente vinculada a la labor de propaganda clandestina realizada a través de los periódicos *Son los mismos* y el *Acusador*. Al respecto es Virginia quien nos dejó uno de los relatos más conmovedores de esta parte tan importante en la vida de su hijo. Dice la madre:

Raúl me dijo que no iba a venir a dormir. Yo sabía que estaban editando un periódico clandestino y me hizo creer que ése era el motivo, ya que el periódico había que cambiarlo constantemente de lugar para que no cayera en manos de la policía. Como de costumbre, yo preparaba la cama y hacía creer a sus hermanos que Raúl venía a dormir. Aquí nadie sabía de las constantes faltas de él. A mí no me extrañó lo que me dijo, pues ya me había acostumbrado. Ahora... cuando no dormía en

⁸ Ibid., pp. 129-130.

casa, acostumbraba a llamar al siguiente día para avisar si no venía a almorzar. El día 25 no vino ni llamó a la hora del almuerzo, de comida y por la noche; entonces comencé a preocuparme, pero me callé para que los demás no se dieran cuenta. A las seis de la mañana del 26 levanté a mi hija Olga y le dije que se quedara con su hermano Héctor, que estaba enfermo, y fui a la casa de mi hijo César para contarle que Raúl hacía dos días que faltaba a casa. Ya no podía aguantar más... pasaron dos o tres días sin que pudiéramos averiguar nada sobre él hasta que el día 27 recibí el papelito...⁹

Para la historia dejó su última foto tomada días antes de su partida. Erguido, con la frente ampliamente despejada, sonriente y confiado. Como si supiera que era la última vez y necesitara dejar constancia de su mirada soñadora puesta en el futuro de gloria y victoria de la patria.

Virginia lo recordará como un joven noble, sentimental, dulce y persuasivo. Que sabía argumentar y convencer a sus interlocutores. Y añade: "...no era feo ni bonito, lo que era bueno y cuando se es bueno, se es bello. Alto, ancho de hombros, con los ojos color como miel de abejas, y el pelo castaño claro."¹⁰

⁹ COLECTIVO DE AUTORES: *Mártires del Moncada*.

¹⁰ En *Juventud Rebelde*, 13 de mayo de 1973.

Era un joven que sabía lo que quería y hacia ello dirigió su acción. Fue heredero legítimo de aquel otro, Rubén Martínez Villena, que pidiera «una carga para matar bribones» o como Antonio Guiteras que «sintió la revolución como una fiebre». Con ese legado, con esa cultura política, Raúl va al encuentro del hombre de Dos Ríos, para rescatar la verdadera esencia de su obra.

Antes redacta el Manifiesto del Moncada a la nación, esbozo del programa del Movimiento, que lee Fidel en la granjita Siboney. Para la hora decisiva, también escribe su inmortal poesía «Ya estamos en combate», la que recita en la histórica madrugada del 26 de julio de 1953, y que concluye diciendo:

Por nuestro honor de hombres ya estamos en combate. Pongamos en ridículo la actitud egoísta del tirano. Luchemos hoy o nunca por una Cuba sin esclavos. Sintamos en lo hondo la sed enfurecida de la patria. Pongamos en la cima del Turquino la estrella solitaria.¹¹

Es así como Raúl Gómez García integra de forma coherente y definitiva su condición de revolucionario y poeta, ofreciendo su «texto supremo»: su muerte en combate.

Nada mejor resume la verdadera esencia de este joven revolucionario, que cuando se dice que es: «Verso y fusil en el nido superior de la gloria.»¹²

11 En *Bohemia*, 3 de julio de 1975, p. 61.

12 En *Trabajadores*, 14 de diciembre de 1988.

GILDO MIGUEL FLEITAS LÓPEZ

No se les puede dejar que sigan asesinando gentes

Jorge Coloma Ponce



Era un hombre de mediana estatura, grueso, fuerte, ágil y siempre inquieto. Sus amigos y compañeros apreciaban en él su carácter jovial y servicial, evidentemente simpático y de rápida comunicación con los demás.

A este joven rebelde le gustaba divertirse, era parrandero y sabía disfrutar, sin dejar de ser serio en sus responsabilidades laborales y actividades revolucionarias. Amante de la música, solía tocar la guitarra a pesar de que no pudo alcanzar una formación musical sistemática.

Gildo Miguel Fleitas López había nacido el 19 de mayo de 1920 en la finca Hormiga, enclavada en un

lugar cercano a los Cuatro Caminos de Falcón, en el Cano, Marianao, provincia de La Habana.

Hijo de familia humilde, fue el primero del matrimonio constituido por Hermenegildo Fleitas López y Purificación López López; españoles radicados en Cuba, que modestamente lucharon por brindarle a sus dos hijos una cierta estabilidad económica y educación. En el ambiente familiar de Gildo imperaba el respeto en el trato y existían excelentes relaciones afectivas.

La madre de Gildo, Pura, al referirse a su hijo ha dicho que este era muy rebelde, y que además arrastraba a las masas, pues a donde quiera que llegaba todos se ponían a escucharlo. Sobre este rasgo distintivo de la personalidad de Gildo, la compañera Melba Hernández, heroína del Moncada, ha expresado: «La actitud de Gildo era tal que podría llegar a este edificio, pedirlo, apoderarse de él y conseguir que todos los que estuvieran en él se lo entregaran encantados y lo ayudaran.»¹

Gildo cursa la educación primaria en la escuela gratuita de La Salle en la barriada habanera del Vedado. Sagacidad y buen aprovechamiento académico fueron características de este estudiante.

Adolescente, solo contaba catorce años de edad aproximadamente, inicia estudios comerciales en la academia Havana Business, donde además trabajó para costearse los estudios. Establecida su familia en el barrio La Ceiba,

¹ En *Revolución*, 24 de julio de 1964.

comienza a trabajar como oficinista en la Secretaría de Belén, empleo que obtuvo a través de un sacerdote —de la propia institución— para quien Gildo había mecanografiado un manuscrito. Además de su labor como oficinista, dedicaría las noches para enseñar taquigrafía, mecanografía e inglés, con el fin de disponer de una entrada adicional.

En la escuela de Belén conocerá al entonces estudiante de bachillerato, Fidel Castro Ruz. Inicialmente sus relaciones fueron puramente deportivas, ambos jugaban baloncesto y balompié. El ambiente de la escuela va estrechando estas relaciones; Fidel, permanecía generalmente en ella por tener la familia en Oriente. Oportunidades se presentarían en los salones de juegos, en el campo deportivo, donde los dos concurrían. Circunstancias imprevistas contribuirán a que Gildo y Fidel establezcan definitivas relaciones de amistad. Se cuenta que un día Fidel montaba en bicicleta por una lomita que daba a una verja; esta se encontraba cerrada, se le fueron los frenos de la bicicleta y chocó. El golpe lo hizo perder el conocimiento; Gildo que se encontraba cerca escuchó el ruido, al asomarse vio a Fidel, lo recogió y lo llevó al hospital.

Gildo fue de los primeros en nuclearse en torno a Fidel en las filas de la Ortodoxia y posteriormente en los preparativos del Moncada. Junto a él realiza investigaciones sobre irregularidades y atropellos cometidos por el presidente Prío en su finca El Rocío, ubicada en el Globo, Calabazar, donde empleaba ilegalmente como fuerza de trabajo a soldados del ejército.

En una ocasión Gildo, junto a Fidel y acompañado además por Pedro Trigo y José Luis Tasende, logran tomar fotografías de los militares realizando labores en la finca de Prio, que estaban prohibidas por el reglamento militar existente. En este empeño logran alquilar una avioneta para sacar fotografías aéreas.

Las cualidades personales de Gildo siempre estarán al servicio de la actividad revolucionaria llevada a cabo por Fidel, contra el corrupto gobierno de Prio; después de instaurarse el golpe militar del 10 de marzo de 1952 y en todos los trajines encaminados a formar el Movimiento. Así, Gildo será uno de los colaboradores más cercanos y eficaces de Fidel.

Toda su energía, voluntad y espíritu emprendedor se puso en función de dar solución a los problemas que se presentaban al incipiente movimiento revolucionario que culminaría en la gesta heroica del 26 de julio de 1953. Paralelamente a las actividades conspirativas, desempeñó el cargo de administrador de los molinos arroceros de Cidra, en la finca Acana, en Matanzas. Esta arrocería tenía una oficina en Consulado 9 en La Habana. En esta oficina Gildo logra empleo para Fidel y Abel, lo cual significó una buena cobertura para sus actividades conspirativas.

Será a través de gestiones realizadas por él, que se adquieren los escudos e insignias para las gorras y uniformes de los asaltantes; también logra conseguir algunos uniformes del ejército y armas.

Cada vez más activo en los trajines conspirativos, siempre optimista, participa en las prácticas de tiro y en

todo el proceso de entrenamiento a que se sometieron los futuros moncadistas. En alguna ocasión comentó con Pura -su madre- que para combatir a las fuerzas represivas habría que hacerlo empezando por la provincia de Oriente.

Su matrimonio con Francisca González Gómez se realiza en plena faena conspirativa. La pareja tendrá poco menos de dos meses para disfrutar esta unión, de donde nacerá Gildita, hija póstuma de Gildo. Después de su matrimonio, se mudó para la actual calle 42 entre 33 y 35 en Marianao. Convertirá su nueva vivienda en un verdadero centro conspirativo, en el que se realizan frecuentes encuentros del grupo revolucionario; lugar seguro para esconder las armas de los conspiradores y donde se arreglaron algunos uniformes que vistieron el 26 de julio.

Se aproximaba la hora de combatir con las armas a la dictadura, Gildo se despidió de su esposa, madre y familiares más cercanos. Pasa por la oficina de Consulado, donde recoge los discos que -según lo acordado- se pasarían por las emisoras radiales después de la toma del cuartel en Santiago; grabaciones que contenían el Himno Invasor y *El último aldabonazo*, postrer discurso de Eduardo Chibás, transmitido por la radio nacional.

«Vieja, usted oiga, lo que oiga, no le haga caso, que a mí no me ha pasado nada; eso está hecho!»² Así le dijo a su madre antes de partir a su cita con la historia.

2 COLECTIVO DE AUTORES: *Mártires del Moncada.*

En su casa se quedarían Fidel y otros compañeros del Movimiento, ultimando detalles de la partida. Era el 24 de julio, avanzada la noche, la casa de Paquita en La Ceiba quedará en silencio, mientras varias decenas de combatientes revolucionarios viajaban hacia los «carnavales santiagueros». Gildo, entre ellos, recordará a su mujer que apenas pudo conocer la vida en pareja; a su madre que con tanto empeño cuidó de él. Pero era un revolucionario a toda prueba, durante el viaje se mostraba optimista —como siempre— plenamente convencido del éxito de la misión, condujo uno de los automóviles que trasladaron a los combatientes. Otros revolucionarios lo acompañaban en el histórico viaje: Reinaldo Benítez, Israel Tápanes, Armelio Ferrás y otros.

En el momento decisivo estará apenas quince minutos en la posta 3, junto a Pedro Miret, Fidel Labrador y otros en el desesperado intento por penetrar al interior de la fortaleza militar. Cuando se recibe la orden de retirada, dirigidos por Pedro Miret, cubren la retirada. Gildo en plena actividad combativa fue alcanzado por las balas enemigas.

Gildita no conocería a su papá, a ella le tocará crecer y vivir en una sociedad distinta, donde su padre no está ni muerto, ni olvidado.

JUAN MANUEL AMEIJEIRAS DELGADO

Mel

Efigenio Ameijeiras Delgado



Mel,¹ como cariñosamente le decíamos, nació el 23 de octubre de 1932. Era el último de mis nueve hermanos y fue muy pocas veces a la escuela, por lo que no completó ningún curso. Pero mi mamá, que había sido maestra, lo niveló dándole clases en casa. Así aprendió las cuatro tablas aritméticas, a leer y a escribir, y, sobre todo, mucha Historia de Cuba. Solo durante cinco años de su infancia disfrutó de cierta bonanza económica. Eso fue hasta que mi padre partió para España, donde desapareció en la guerra civil. Por esa fecha quebró la bodega, se hipotecó el inmueble y

¹ Tomado del libro de Efigenio Ameijeiras: *Más allá de nosotros*, Ed. Oriente, 1984, pp. 5-8.

comenzó un largo peregrinar de vicisitudes económicas, una verdadera ordalías que hasta hoy lacera el espíritu.

Mel creció sin zapatos y anduvo la mayor parte del tiempo con los pantalones rotos. Se caracterizaba por tener una perenne sonrisa a flor de labios y un brillo como de saber en sus ojos. Esto le daba una expresión noble a la despejada frente y a los cabellos ligeramente rizados. Jamás lo oí quejarse de nuestra situación, a pesar de que la comida casi siempre era escasa y había que dejar los platos brillando. Yo era trece meses mayor; sin embargo, me aventajaba en estatura y peso. Cuando niños, la gente nos preguntaba que si éramos jimaguas.

No tuvo juguetes, no practicó deportes, salvo correr por el campo y bañarse en los ríos. Aprendió a nadar solo en la poza de la Cucusubia. Se destacaba en clavados por su manera de caer como un pez en aquella estrecha y poco profunda cinta de agua entre dos lajas del basalto. Nunca tuve valor para imitarlo. Pensaba que me iba a abrir el cráneo con las filosas piedras del fondo. En la peligrosa poza de El Cantil, aquel ojo de agua fría y oscura a la vera del puente de San Miguel, con su solapa traicionera en el fondo, que casi todos los años sacrificaba un niño, pasé el susto más grande de mi niñez: venía atravesándola de lado, cansado y con poco aire. Ya estaba llegando a la orilla salvadora cuando un grandulón que se tiró aparatosamente como si fuera una rana me dio un rodillazo en la cabeza. Vi un millón de estrellas, cuando empecé a tragar agua, me puse del tamaño de Pulgarcito. Pude sacar la cabeza y

apenas pedir socorro. Me hundí, pataleé y solo alcancé a sacar las manos. Juré que si me salvaba no me bañaría más nunca en un río. Cuánto deseaba estar en la casa junto a la «vieja» que seguro estaría preocupada pensando, ¿por qué nos demorábamos en ir a comernos el plato de harina? De pronto alguien me haló por los bracitos. Vi ante mí a Mel, con su sonrisa valiente y los ojos verdes más brillantes que nunca. Me senté a su lado, aturdido. Estuve mucho tiempo con la mente en blanco. Luego me sentí apenado por el juramento, ¿cómo dejar de bañarme en los ríos, si no tenía zapatos ni juguetes y mucho menos piscina? Caminando rumbo a la casa junto a mi hermanito héroe, me dije: ¡Nada, me seguiré bañando en los ríos, aunque no en El Cantil!

Siguiendo la huella de Gustavo, nuestro hermano mayor, que era chofer y mecánico, desde jóvenes todos aprendimos a manejar y nos buscábamos la vida unas veces en taxis y otras como choferes particulares. Mel fue el último que entró en este giro. Antes del Moncada, trabajaba un Chevrolet del año 1948, como taxista, en la Manzana de Gómez.

Unos días antes del asalto al cuartel Moncada, Mel no durmió en la casa. Era la primera vez en su vida que dormía fuera. Acorde con sus antecedentes, nadie tenía que ser adivino para darse cuenta de que Mel estaba comprometido en el asunto. Nuestra incertidumbre aumentaba por horas. El estado de impotencia en que nos hallábamos nos impedía buscar una salida. Gustavo

le pidió prestada la máquina a un amigo, Luis Coloma, y partió para Oriente a buscar a Mel. No quiso que ninguno de nosotros lo acompañara. Fue una acción que por poco le cuesta la vida. En Holguín lo detuvieron creyendo que se trataba de uno de los asaltantes y fue a parar al propio Moncada, donde fue salvajemente torturado para arrancarle una confesión imposible.

En la revista *Bohemia* que salió a la semana siguiente a los sucesos del Moncada, vi la foto del cadáver de mi hermano más joven. Tenía veinte años. Estaba tendido sobre un piso de mosaicos, sin camisa, con pantalón de color caqui y los mismos zapatos de \$4,95 que días antes se compró en la Manzana de Gómez. Con la cabeza de lado, descansando sobre el brazo derecho, el rostro vuelto hacia la cámara, el párpado cerrado y la expresión apacible, parecía como si le faltaran los dedos; tenía manchas oscuras en la espalda, como de culatazos. Su lecho era un charco de sangre.

Eso lo descubrí a la semana siguiente del asalto al cuartel Moncada. Manejaba el taxi con la *Bohemia* abierta sobre el asiento, con aquellas fotografías de tantos mártires golpeándome en lo más hondo de mi alma. De vez en cuando me sacudía como una especie de shock emotivo. Estuve a punto de tener un grave accidente en Prado y Teniente Rey, pero pude frenar a tiempo y solo fue cuestión de guardafangos abollados. Nadie de mi familia quiso creerme, todos pusieron en duda la fotografía. Hoy me parece humanamente lógico aquel sentimiento esperanzador de aferrarse a la duda. También a mí me hicieron dudar o era que tenía infinitos deseos

de que no fuera cierto. Me embargaba un extraño sentimiento de culpa. Había participado con Mel en las primeras prácticas con armas de fuego en la Universidad de La Habana, pero no continué los entrenamientos porque conseguí un trabajo y tenía que viajar por el interior. Un día, me dijo que habían practicado tiro en una finca y por intuición le dije: «Yo sé que van a hacer algo pronto. No dejes de avisarme. Recuerda que tú no puedes ir solo...» Me contestó que, si había que hacer algo, solo podrían ir los que se habían entrenado completamente. Lo vi tan contento al hablarme de sus entrenamientos, de los ejercicios físicos, que no me quedó duda de que en cualquier momento podía irse y dejarme. Toda su conversación en aquellos días giraba en torno a la política nacional. Hasta en el baño, con las notas que entonaba del Himno Invasor, se le notaba el espíritu patriótico. No sé qué extraño sentimiento me tenía en zozobra. Algo me decía que iba a pasar una cosa muy grande. Volví a hablarle de que se comprometiera a no dejarme fuera, si lo llamaban. Cuando me respondió con los mismos argumentos anteriores, cambié la táctica y lo increpé en tono violento, como hermano mayor. Pero no me hacía caso, se sonreía de buena gana. Aquello me ponía mal y me hacía sentir más hondo la idea de que algo iba a pasar. Me acordé de Fidel. Lo había visto un día antes, rondando cerca de la casa en busca de Mel. Era un pequeño detalle, pero me servía para confirmar mis sospechas. Como nada podía lograr por las malas, recurrí a los sentimientos más íntimos, a pesar de mi carácter introvertido. Los exterioricé como nunca antes.

Por suerte, fue lo único que me sirvió de consuelo ante mi posterior complejo de culpa. Más o menos le dije: «Tú eres un mal hermano si me dejas fuera... ¿Cómo es posible que vayas a ser tan malo? Nosotros, que hemos pasado tanto trabajo juntos, que somos casi de la misma edad, que por poco somos jimaguas, con apenas un año de diferencia, ¿tú no me vas a dejar fuera, verdad?» En el espejo de sus ojos vislumbré un rayo de esperanza. No dijo sí, ni no; se marchó pensativo, pero con buen semblante. Como se sabe, no logré nada. Hoy me admiro al pensar: le guardó el secreto a Fidel más allá de toda exigencia.

Fue un golpetazo terrible de la vida. Hubiera dado cualquier cosa con tal de que él no hubiera sido el primero. No era justo. ¿Si había sido el último en nacer, por qué iba a ser el primero? Además, yo sabía que era la «pelota» de la «vieja». ¿Cómo mirarla de frente? Me avergonzaba por estar delante de ella sin un rasguño. Tampoco quería que me viera llorando. Noté que ella se agarraba de cualquier esperanza por pequeñísima que fuera. Días más tarde, cuando Fidel y los otros fueron hechos prisioneros, hubo una confusión. Entre ellos había un compañero detenido cuyo nombre era igual y el apellido se asemejaba en algo al de Mel. Ella nos gritó: «Ese es él, que ha dado un nombre parecido para que nosotros sepamos que está vivo y, además, también para no perjudicarnos.» Cuando publicaron las fotos de los prisioneros, se esfumó la esperanza: se trataba de Juan Almeida Bosque. Entonces, ella también, igual que Gustavo, partió para Santiago con la fe absoluta en encon-

trar lo que más quería en el mundo; la acompañaron Emma y Martha Teresa. Llegó hasta los muros del cuartel Moncada, pero no la dejaron pasar. Fue al hospital Saturnino Lora, pero cuando le hablaba a alguien del asunto, le cambiaban la conversación. En el cementerio Santa Ifigenia estuvo merodeando por las tumbas de los combatientes. Se franqueó con el sepulturero. Le dio los datos físicos de Mel, para ver si él recordaba entre los cadáveres... El hombre la trató con benevolencia. Le contestó: "No señora, con esas señas no recuerdo a ninguno.»

A pesar de ser una mujer extraña en una ciudad de 300 000 habitantes, no se sintió sola nunca. Nos contó que todo el mundo estaba con ella, aun aquellas personas que la esquivaron. Hasta el soldado que la botó del cuartel Moncada, lo hizo con pena.

Dicen que la generosidad es una de las cualidades más notables que tienen los hombres y Mel la había desarrollado o había nacido con ella, no sé. Desde niño jamás luchó sin razón. No era diestro en las riñas callejeras, pero suplía esta falta de destreza con resistencia y valor, y cuando el enemigo empezaba a flaquear, era generoso. Un día, caminando por el parque de la iglesia del Carmen, allí mismo donde quince años más tarde cayera el Vaquerito, Mel tuvo la idea de hacer un estanque para llenarlo de peces de colores. Es que los niños descalzos no solo sueñan con zapatos

Por todas estas cosas, juré, por la memoria de mi hermano, continuar hasta el último aliento lo que él había empezado. En el cementerio de Santa Ifigenia, des-

pués de pasar por los muros del Moncada, le ratifiqué mi juramento. Desde mi llegada a México, siempre pensé que, si llegaba a comandar alguna tropa, le pondría el nombre de mi hermano y haría de ella una buena unidad de combate. Primero fue una escuadra en la Sierra Maestra que enseguida se convirtió en un pelotón. En el Segundo Frente, con este pelotón se formó una compañía y, en el mes de julio de 1958, se creó una columna de quinientos hombres. Todas estas unidades tuvieron el nombre de mi hermano y ninguna de ellas lo hizo quedar mal. ¡Gloria a ti, Juan Manuel Ameijeiras Delgado,
Mell

OSVALDO SOCARRÁS MARTÍNEZ

Yo no vivo en ninguna parte

Haydée Labori Ripoll



—¿Dónde vive...?

—Yo no vivo en ninguna parte.

—¿Cómo? En algún lugar dormirás.

—¡Oh!, sí, pero eso no es vivir en un lugar. Yo duermo en una posada donde me cobran treinta centavos por la cama. En ese mismo salón duermen 15 ó 20 más.

Un día como tantos otros, de amargas reflexiones. Era un martes 14 de octubre de 1952, el periódico *Hoy*¹ publicaba en su primera plana una entrevista realizada a un humilde trabajador. Parqueador de automóviles en una piquera cercana a la antigua Sears.

¹ Reproducida en *Granma*, 10 de febrero de 1973.

Denunciaba que los pobres solo habían recibido de los gobiernos de turno hambre y miseria cada vez más creciente. Y como si deseara dar más fuerza a sus aseveraciones expresa a su entrevistador:

-Mire. Aquí donde me ve, sólo tengo 33 años. Parece que tengo 20 más, ¿no?

-Le diré lo que pasa: en el régimen actual se pasa mucha hambre y muchos trabajos, y estas dos cosas envejecen más que los años.

Delgado, de regular estatura, pelo lacio y arrugas prematuras en su rostro, Osvaldo Socarrás Martínez era uno de los seiscientos mil desempleados que se denunciaban en el histórico documento *La historia me absolverá*.

Hombre acosado por la desocupación, de estómago vacío, pero pleno de sueños libertarios. Mal vivía en aquella sociedad injusta; de ella recibía lo que con tanta amargura señalaba.

-Yo me levanto antes de las seis de la mañana y mi jornada de trabajo no termina hasta tarde en la noche. En un oficio de parqueador no hay límites, para la labor. La cuestión es trabajar para comer y pagar el alojamiento.

Siete meses habían transcurrido del 10 de marzo de 1952 y las promesas del dictador Batista no se veían por ninguna parte. Su gobierno «revolucionario», Osvaldo lo veía así:

-¡Qué va! Mi situación, luego del golpe, sigue siendo igual o peor que antes: si el día está bueno puedo hacer de fonda dos veces al día; si malo, una sola vez; si muy malo, ninguna. ¡Compadre, pero qué duro es pasar hambre!

Ni subsidio de desocupado, mucho menos una mínima atención hospitalaria. Solo menos posibilidad de trabajar y de ganar algún dinero para poder subsistir, le había traído el hombre que el 10 de marzo se adueñó del poder.

Osvaldo Socarrás Martínez había nacido en Santa Clara el 27 de noviembre de 1918. Hijo de un cartero del ejército, padre de cuatro hijos, y de Antonia María, que se dedicaba a los quehaceres de su casa. Por motivos económicos, Osvaldo intenta probar suerte en la capital, lo que no logra por ser menor de edad.

Es en el año 1939 cuando definitivamente se radica en La Habana. Así será uno más de los que con la esperanza de mejoría económica emigraban a la capital. La expectativa de cambiar la suerte se frustraba con la dura realidad que realmente ella brindaba.

A cambio de ello, propiciaba el mejor escenario de lucha revolucionaria para transformar aquella sociedad desnaturalizada que albergaba en sus entrañas un millón de analfabetos, una niñez parasitada, sumida en un gran desamparo.

Osvaldo supo aprovechar esa posibilidad que lo situaba como parte integrante de la vanguardia que asumiría la misión histórica de hacer detonar la carga.

De extracción muy humilde, no logra cursar estudios más allá de la primaria. Todo lo aprendió de la calle, ¡su mejor escuela!

El tiempo de zafra le ofrece la oportunidad de ganar algunos pesos que alivian en algo su pésima situación económica. A Camagüey irá a los cortes de caña en compañía de otros santacolareños radicados en la capital y que como él vivían tiempos difíciles.

El trabajo común en la piquera y los ideales unirían a Osvaldo con los hermanos Ameijeiras que también laboraban en dicha piquera. A través de ellos se incorporará a las actividades revolucionarias dirigidas por el joven abogado Fidel Castro. Integra la célula conocida como del Parque de la Fraternidad junto con Juan Manuel Ameijeiras, Félix Rivero Vasallo, Pablo Cartas Rodríguez y otros. El jefe del grupo será Nico López Fernández.

Integrado al movimiento revolucionario, entró de lleno en los trajines relacionados con las prácticas y ejercicios que adiestraban a los hombres que se preparaban para realizar la acción armada que se organizaba.

La preparación era necesaria para estar presente en la hora decisiva. La vida llevada hasta entonces lo preparaba para también hacer los mayores sacrificios; su decisión era evidente. En una oportunidad agentes de la dictadura le advirtieron que se cuidara la lengua o la perdía; ahora Osvaldo se aprestaba a arriesgar más que su lengua: ¡la vida!

Vestido con el uniforme del odiado ejército de la dictadura —en la granjita Siboney— la compañera Melba Hernández lo recordará como un hombre ya maduro, de expresión resuelta y entusiasta, que no se diferenciaba en nada de la de sus compañeros, mucho más jóvenes.

Ocho días solo separaban a Osvaldo del momento decisivo, decide viajar a Santa Clara para despedirse de sus padres. Llega a su pueblo natal, vestido con camisa gris de rayas blancas y pantalones de gabardina verde oscuro, así va al encuentro con sus «viejos» que será el último. Tendrá oportunidad de recordar su niñez de desamparo, de adolescente martirizado; a su memoria acudirán los días de aprendiz de barbero, —en el salón de Manuel Vizcaíno— vendedor de periódicos, limpiabotas ocasional, su vida como parqueador de autos en la capital, años de amarguras que lo marcaban para siempre.

La vida fue dura para Osvaldo, pero ello no impidió que fuera una persona afable y los que lo conocieron recuerdan su sentido del humor; se burlaba de sus propias desgracias.

Le dirá adiós a la madre, ella percibe que esta vez es una despedida especial, única. Al padre le dirá: «Viejo, conocí al hombre que dará libertad a Cuba; es Martí en persona, ¡créemelo!»

Osvaldo fue un revolucionario que sabía por qué y para qué luchaba.

FÉLIX RIVERO VASALLO

Un sencillo campesino de Bolondrón

Inocencia Rodríguez Rodríguez



Es otra vez domingo, un joven sale de su humilde casa del reparto Rosalía en San Miguel del Padrón, lleva prisa, mira constantemente el reloj. Toma la guagua que lo acerca al centro de la ciudad, lo recibe una Habana dominguera de principios de la década del 50. El camino le resulta familiar, anda distraído, ya no tiene apuro, sabe que llega a tiempo y se entretiene admirando la silueta de una bella mujer, ojeando el periódico que acaba de comprar, leyendo los carteles que anuncian la próxima película de estreno en el cine cercano. En el trayecto encuentra a algunos amigos y conocidos que llevan el mismo rumbo, se detienen frente a la emi-

sora CMQ, está por empezar la hora radial de Eddy Chibás. Es la cita semanal de la Ortodoxia, es el lugar del contacto.

El joven estrecha la mano de Manuel Bisbé, abraza a su pariente Gerardo Álvarez, distingue no muy lejos la recia figura del candidato a representante Fidel Castro y lo saluda con un gesto...

Félix Rivero Vasallo era entonces un humilde campesino de Bolondrón, había llegado a La Habana siguiendo los pasos de su hermano Luis. La vida en Matanzas se les hacía cada vez más difícil y la familia decidió probar fortuna en la capital.

En su andar habanero por abrirse caminos, consigue primero un empleo en el cabaret La Verbena, en Marianao, después, con el dinero ahorrado, él y su hermano compran limones y otros frutos menores para vender por las calles, más adelante trabaja también como albañil en el Barrio Obrero y otras construcciones, y hasta fue aprendiz de carnicero por un tiempo, junto a su hermano Luis. Finalmente logra un puesto de cantinero en el bar Solares que quedaba en la Calzada de Güines.

Félix era un muchacho de espíritu inquieto, la vida no le había resultado fácil, tuvo una infancia dura en los campos de Bolondrón, pueblo de Matanzas donde nació un 21 de febrero de 1924 y donde transcurrieron sus años de niño curioso e intranquilo. Fue el cuarto hijo en un hogar que compartió con cinco hermanos. El padre murió cuando él tenía nueve años.

La difícil situación económica de la familia impidió a Félix ir regularmente a la escuela, por eso solo cursó

hasta el segundo grado de la enseñanza primaria. Desde que tuvo fuerzas empezó a ayudar en lo que podía mediante trabajos eventuales.

Las inquietudes políticas despertaron en el muchacho muy temprano, pronto comprendió que las cosas en el país no andaban bien, que no era justo que siempre perdieran los de abajo, que la vida podía y debía ser distinta, y comenzó a buscar caminos para llegar.

Primero milita en la juventud auténtica de Bolondrón, después, cuando la familia se traslada a Matanzas en busca de alguna mejora económica, él y sus hermanos se incorporan a un grupo auténtico que muy pronto se vio traicionado por su jefe, entonces Félix se vincula a un movimiento insurreccionalista que tenía en sus planes derrocar a Batista de la presidencia de la República, pero el triunfo de los auténticos en las elecciones de 1944 puso fin al intento.

Solo bastaron unos meses de gobierno de Grau San Martín para que todo el pueblo comprendiera que nada había que esperar de aquellos señores. La frustración caló hondo en muchos jóvenes que hasta entonces habían seguido con entusiasmo la demagógica plataforma de los auténticos. Una nueva esperanza nació unos años después con el surgimiento del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo) que lideraba Eduardo Chibás. Su implacable lucha contra la corrupción administrativa en el país y su vigoroso lema de «Vergüenza contra dinero», aglutinó a miles de ciudadanos honestos cansados de tanta vergüenza.

Para Félix la ortodoxia significó un nuevo intento y se unió a sus filas con renovados bríos. Ya en La Habana, el liceo del Partido, en Prado 109, se convirtió para él en un lugar familiar a donde acostumbraba ir asiduamente; allí intercambiaba ideas y criterios con otros jóvenes que como él ansiaban un cambio en el país, allí se vinculó a Fidel, allí conoció a otros hombres dignos que compartieron con él los épicos momentos del asalto al cuartel Moncada.

Cuando Fulgencio Batista vuelve al poder con el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, Félix comprende enseguida el carácter de ese gobierno impuesto al país por la fuerza, por eso no duda en apoyar los planes insurreccionales de Fidel y es de los primeros en integrarse al Movimiento que comienza.

En el parque de la Fraternidad se reúne su grupo, Félix es disciplinado y serio en el cumplimiento de las misiones que se le asignan, va a las prácticas de tiro y se prepara bien para la acción que se avecina. Sus hermanos le cubren las ausencias en el bar Solares y también cooperan con él en la tarea de adquirir uniformes, gorras y botas del ejército que compran a los propios soldados en el cuartel maestro de La Cabaña, en San Antonio y otros cuarteles de la tiranía. Las supuestas intenciones eran revenderlos después como ropa de trabajo y alguna tuvo ese destino, pero la mayoría sirvió para cubrir a los héroes en la gesta.

Para Félix la política era parte de su vida y la asumía así, sencillamente, como era él. No estaba conforme

con el presente y luchaba para ganar un porvenir más digno.

En el reparto Rosalía de San Miguel del Padrón están las calles, las casas, los lugares que formaron parte de su andar cotidiano. Allí dejó mucho de sí este sencillo muchacho campesino.

Los hermanos no olvidan su gusto por las fiestas populares, aunque no era bailaror ni tampoco bebedor, también le agradaba ir al cine y caminar por las calles de La Habana. Sonríen cuando tocamos el tema de las novias y recuerdan el día que le coincidieron dos en un mismo lugar. Para la madre fue el hijo que más la mimó siempre, cocinaba bien y nada había que lo hiciera tan feliz como preparar para su «vieja» un buen arroz con pollo.

El día que debía partir para Santiago de Cuba —recuerda su hermano Luis— pasó por la casa a recoger la ropa y se encontró a mamá con un ataque de pielitis y fiebre alta, entonces se fue hasta la quinta La Benéfica, de donde era socio, y allí consiguió inyecciones y medicinas, al regreso me mandó a buscar y me dijo: «de al lado de la vieja tú no te muevas hasta que no se ponga bien». Me explicó qué hacer con los medicamentos y después agregó: «vendré dentro de dos o tres días... si las cosas salen bien, pero voy a algo muy duro».¹

A Félix le tocó pelear junto a Abel en el hospital Saturnino Lora, corrió la misma suerte que todos los combatientes que allí estuvieron. La patria es hoy lo que él soñó.

¹ Entrevista a Luis Rivero Vasallo (inédita).

ROBERTO MEDEROS RODRÍGUEZ

No seguir así

Isabel García Castiñeira



De humilde extracción social comenzó a asistir a la escuela a los siete años de edad en la escuela pública No. 27 ubicada en Rayo esquina a Indio.

En la adolescencia se ve precisado a contribuir al sostén familiar y tiene que dejar los estudios. Trabaja primero como ayudante en la venta de viandas en una carretilla desde las cuatro de la mañana hasta horas de la tarde, en Corrales y Revillagigedo, pasando posteriormente como mensajero en la librería Venecia en Obispo y Bernaza.

Hombre que sentía un gran respeto por los ideales martianos y la vida ejemplar de Antonio Guiteras, fue Roberto Mederos Rodríguez.

guez, joven revolucionario asaltante del Moncada quien ofrendara su vida con ejemplar actitud el 26 de julio de 1953.

Roberto Mederos Rodríguez nació el 21 de febrero de 1929 en Sagua la Grande. Sus padres: Pablo Enrique Mederos Moreira y Caridad Rodríguez Santos tuvieron otros dos hijos: Gilberto Enrique y Reynaldo, Roberto sería el segundo de ellos.

Su padre devengaba un bajo salario como operario de ferrocarriles y al quedar cesante en 1932 decidió trasladarse para La Habana, donde residió en la calle Monte No. 360.

Obrero desempleado, su padre solo tuvo por alternativa el trabajo en las construcciones por espacio de diecisiete años.

Realmente todas estas condiciones en que desarrolló su vida —situación económica apretada del hogar y las escasas posibilidades de superar las condiciones adversas del país— despertaron sus motivaciones de rebeldía e inconformidad que caracterizarían toda su breve vida futura. Así se vinculará con la prédica de Eduardo Chibás e ingresa en la Acción Juvenil Ortodoxa, llegando a ostentar el cargo de Secretario; participa en mítines, manifestaciones y reuniones en favor del saneamiento político y administrativo del país; se relaciona con jóvenes decididos a combatir los abusos y atropellos como Gerardo Abreu Fontán y otros compañeros que lo acompañaron en sus últimos momentos de vida: Juan Manuel Ameijeiras, Pablo Cartas, Félix Rivero, Gerardo Álvarez y su jefe Nico López.

Como miembro de la AJO (Acción Juvenil Ortodoxa) fue un sistemático concurrente a las audiciones dominicales de Eddy Chibás desde la emisora CMO, no lo amedrentó el terror desatado por las fuerzas represivas que irrumpían en las manifestaciones a las que se enfrentó en numerosas ocasiones. De esta manera (a través de la Ortodoxia) y de las actividades organizadas por la FEU (Federación Estudiantil Universitaria) conoce a Fidel Castro.

Fue Roberto uno de los jóvenes que ayudaron a trasladar al Centro Médico Quirúrgico el cuerpo del líder ortodoxo Eduardo Chibás, cuando en agosto de 1951 diera su último aldabonazo.

Entre los jóvenes que participaban en reuniones en Prado 109 (Liceo Ortodoxo) se encontraba Roberto, donde se hablaba de la línea dura como única vía para derrocar a la tiranía.

Ante el artero golpe inconstitucional de Batista el 10 de marzo de 1952, Roberto acudió a la Universidad con toda disposición para combatir al tirano, destacándose en los actos de protesta organizados por la FEU al efecto.

Inmerso en esta actividad revolucionaria se vincula a otros revolucionarios y se integra a una de las células que dirigía Nico López, conjuntamente con otros compañeros como Pablo Cartas, Osvaldo Socarrás, Félix Rivero, Juan Manuel Ameijeiras y Gerardo Álvarez; grupo que se reunía en el Parque de los Leones y ha pasado a la historia con el nombre de la célula del Parque de la Fraternidad.

Participa con otros compañeros en los entrenamientos y prácticas en la universidad, en las fincas de los alrededores de La Habana y en los Baños de Martín Mesa, en Guanajay, con vistas a prepararse para dar un golpe demoledor al tirano Batista.

Roberto no solo desarrollaba estas tareas sino que instaló en la azotea de su casa una pequeña imprenta del movimiento, en donde se reproducía propaganda revolucionaria, donde también colaboraron su padre y su hermano Enrique.

Llegado el momento decisivo, Roberto es seleccionado por su hermoso historial y prestigio ganado dentro del movimiento, para participar en la acción revolucionaria del Moncada. Sin duda alguna había que contar con quien había expresado: «Si tengo que seguir viviendo como hemos vivido hasta ahora prefiero morirme joven; que me maten, pero no seguir así.»¹

El 24 de julio de 1953 se despidió de su familia alejando un viaje a Varadero con unos amigos. Sería designado a la toma del hospital Saturnino Lora en el grupo dirigido por Abel Santamaría, lugar donde es asesinado con el resto de sus compañeros que participaron en esta acción.

Los acontecimientos revelaron su valentía, su fibra de patriota y su visión revolucionaria.

¹ COLECTIVO DE AUTORES: *Mártires del Moncada.*

PABLO CARTAS RODRÍGUEZ

Un joven del Desfile de las Antorchas

Claribel Durán Montero



Sencillo, alegre, afectuoso, decidido, emerge del seno de una familia obrera. Su niñez y adolescencia transcurre como la de muchos jóvenes de su época, donde la necesidad de ayudar económicamente a sus hogares, lo hace abandonar los estudios. Pablo Cartas Rodríguez, natural de La Habana, hijo de Pablo Cartas, trabajador por cuenta propia y de Carmela Rodríguez empleada doméstica, nació el 17 de mayo de 1931, fue el único varón de los tres hijos. Alcanza el sexto grado de la Escuela Pública No. 17 en la calle Manrique. A los diecisiete años trabaja como dependiente de una fonda ubicada en la calle Zanja. Con el fru-

to de su trabajo no solo contribuía a mantener su casa, sino pagaba sus estudios de mecanografía y contabilidad, más tarde sufragó los estudios de su hermana menor.

Inquieto por naturaleza, preocupado por sus hermanas, amistoso, desplegó múltiples actividades; desde su primer vínculo laboral intentó formar un sindicato, idea frustrada por sus compañeros ante el temor de perder el trabajo. Practica deportes, siente predilección por el boxeo.

El golpe del 10 de marzo de 1952 sacudió y puso viril rebeldía a muchos jóvenes.

Pablo estuvo entre ellos; se incorpora a la Juventud Ortodoxa y es en esta época donde entabla amistad con Nico López, Gerardo Abreu Fontán, los hermanos Ameijeiras, Humberto Valdés Casañas y otros revolucionarios.

Martiano de convicción participa en acciones estudiantiles de calle contra el régimen; toma parte como miembro del Movimiento Revolucionario que dirigía Fidel Castro, en el Desfile de las Antorchas que partió desde la Universidad de La Habana, por lo cual sufrió prisión y golpizas de los sicarios comandados por el brutal Rafael Salas Cañizares.

Participó junto a otros compañeros en la quema de una bandera del 4 de septiembre en el cine Belascoaín. La acción fue un éxito y es nuevamente encarcelado.

Por la reserva y discreción con que él actuaba durante su adiestramiento clandestino como miembro del movimiento, ni sus familiares ni vecinos podían sospechar de su extraordinaria misión, pues tomaba todas las precauciones.

La hora de la rebeldía se aproximaba; un grupo de jóvenes entre ellos Nico López, fue a buscarlo a su hogar, sito en Gervasio 111 el 24 de julio de 1953, y anunciaron que se iban de fiesta.

A su madre le dio un beso, así salía para siempre de su hogar, pero entraba en las gloriosas páginas de nuestra historia, el 26 de julio de 1953.

GERARDO ANTONIO ÁLVAREZ ÁLVAREZ

Esto que hemos hecho, ha sido por toda la juventud

Luis Gómez Suárez



Después de impartir las últimas instrucciones a los combatientes, Fidel puso en marcha el dispositivo que llevaría a cabo el asalto al cuartel Moncada.

Eran las cinco menos cuarto de la madrugada del 26 de julio, domingo de la Santa Ana, cuando salieron los primeros autos de la granjita Siboney. Encabezaban la caravana los carros que se dirigían al hospital civil Saturnino Lora, al frente de cuyos ocupantes viajaba Abel Santamaría.

Transitaban por la avenida Garzón cuando coincidieron con unos vehículos militares llenos de soldados, a quienes saludaron militarmente sin levantar la menor sospecha.

Al cabo de unos minutos de recorrido por las silenciosas calles de Santiago, llegaron a la plazoleta situada frente a la puerta del hospital. De inmediato, el jefe bajó seguido de sus hombres, se dirigió a la entrada donde se encontraba un soldado de guardia, le anunció que estaba detenido y procedieron a ocupar la edificación.

Entre los jóvenes participantes en esta acción se encontraba Gerardo Antonio Álvarez Álvarez, a quien le correspondió, junto a otros dos revolucionarios, custodiar la entrada de la instalación hospitalaria.

Poco antes de comenzar el combate, Gerardo le había pedido a la compañera Melba Hernández: «Dile a mi hijita que esto que hemos hecho, ha sido por ella y por toda la juventud.»¹

Gerardo, a quien llamaban familiarmente el Chino, había nacido el 12 de agosto de 1925 en un humilde hogar campesino situado en San José de los Ramos, pequeño poblado cercano a Colón en la provincia de Matanzas. Su infancia transcurrió en la finca Santa Leonila, donde sus padres, Felipe y Antonia María, poseían una pequeña parcela, de la cual la familia obtenía el sustento que les permitía llevar una modesta existencia.

Solo pudo asistir a la escuela hasta el sexto grado, pues a los trece años fallece el padre y debe ocupar su lugar en las labores del campo. A pesar de ello, el muchacho mantiene vivo su afán de superación, gusta de escribir y se entrega a la lectura de cuanto libro llega a sus manos.

¹ En *Revolución*, 21 de julio de 1964, p. 5.

Cuando Gerardo tenía 19 años, en 1944, ocupa la presidencia de la República el gobierno auténtico de Ramón Grau San Martín, quien muy pronto olvida sus demagógicas promesas electorales y se entrega a la corrupción.

Como una alternativa a la política imperante surge en esos años, fundado por Eduardo Chibás, el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo), que pronto acaparó el apoyo de las grandes masas por su enconada lucha contra la corrupción, bajo la consigna de «Vergüenza contra dinero».

Inquieto y observador, Gerardo comprendió que el país estaba urgido de grandes cambios; sentía la necesidad de hacer algo en tal sentido y se incorpora en 1947 a la Juventud Ortodoxa, de la cual es uno de los fundadores en su pueblo natal.

Su afán por explorar nuevos horizontes antes las pésimas condiciones de existencia en el campo, lo impulsan a probar suerte en La Habana. En Matanzas quedan la madre, la esposa y la pequeña hija en compañía de otros familiares.

En la capital vive en Prado 109, local del Partido Ortodoxo, y desempeña numerosas actividades laborales hasta que, finalmente, encuentra ocupación estable en una joyería, lo cual le permite alcanzar cierta seguridad económica.

Entre tanto, Carlos Prío Socarrás había sustituido a Grau en el poder sin que se produjera ningún cambio favorable para el pueblo. Prío, al igual que su predecesor, se había dedicado al robo del tesoro público, a la imposición de líderes sindicales dóciles a los intereses

gubernamentales, a la persecución del movimiento obrero y al asesinato de sus principales dirigentes.

A pesar de la inconformidad de las grandes masas con semejante desgobierno, estas mantenían vivas aún sus esperanzas de ver mejorar la situación a partir de las próximas elecciones, en las que se daba por descontado el triunfo de la Ortodoxia.

El esperado momento pronto se vio frustrado, pues Fulgencio Batista, al amparo del creciente desprestigio del presidente Prío y con el beneplácito de la embajada yanqui y de la burguesía cubana —quienes necesitaban un gobierno de mano dura—, ejecuta el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952.

Estos sucesos estremecen profundamente a Gerardo, contribuyen a radicalizar su pensamiento político y lo hacen comprender que solo mediante una insurrección armada era posible barrer con Batista y su mundo.

Al poco tiempo, entra en contacto con los jóvenes liderados por Fidel Castro. Estos gestaban un movimiento insurreccional contra la dictadura, se identifica con sus ideas y pronto es uno de ellos.

Gerardo se vincula con Abreu Fontán y Níco López e integra el grupo de este último con el cual entrena en el manejo de las armas; en su mayoría eran campesinos provenientes de Pinar del Río, La Habana y Matanzas, compañeros responsables que enfrentaban las tareas con suma seriedad y con un alto espíritu revolucionario.

Estuvo entre los 135 combatientes seleccionados para la acción del Moncada, los que en la medianoche del día 25 se congregaron en la granjita Siboney. Allí Fidel

les expuso el plan y distribuyó los hombres. A Gerardo le correspondió integrar el grupo de Abel Santamaria, el cual debía ocupar el hospital Saturnino Lora, próximo al cuartel, y desde allí apoyar su asalto.

Durante las acciones peleó valientemente, hasta que una bala lo hiere en el vientre. Estaba vivo aún cuando, después de fracasado el asalto, los sicarios de Chaviano lo detienen, lo torturan y asesinan cobardemente.

A los pocos días de haberse producido estos acontecimientos, su familia recibió una breve carta destinada a su madre, con fecha del 26 de julio de 1953. Había sido redactada en la hoja de un recetario médico del hospital: «Te hago estas líneas para que sepas donde estoy. Ya suenan los tiros a mis oídos, si no te vuelvo a ver perdóname, vieja. Lo que hoy estamos haciendo, otros lo hicieron antes por nosotros. No podemos soportar seguir siendo gobernados por un tirano.»

La carta nunca llegó a sus manos. Los hijos no se la dieron a leer debido a su precario estado de salud. Desde entonces y hasta que le sobrevino la muerte, Antonia vivió esperando el retorno de Gerardo.

ELPIDIO CASIMIRO SOSA GONZÁLEZ

Lo que hay que hacer, se hará

Carmen Ferrer Cepero



«Yo seguramente no podré verla, pero surgirá una Cuba nueva, limpia y diferente.»¹ Así le decía Elpidio Casimiro Sosa González a sus familiares y amigos, poco antes de partir para la granjita Siboney a trabajar en los preparativos del asalto al Moncada.

Extraordinaria premonición la de este joven de veinticuatro años que se lanzó a la lucha con una fe absoluta en Fidel y en la justeza de su causa, con la plena seguridad de que, sobreviviera o no a la acción heroica que gestaban, contribuiría, no solo a la caída del tirano sino también a lograr que Cuba fuera el país libre y soberano que había soñado Martí.

¹ COLECTIVO DE AUTORES: *Mártires del Moncada*.

Nacido en Sagua la Grande el 4 de marzo de 1929, aunque de origen humilde, tenía un gran afán de superación y estudió hasta donde se lo permitieron las circunstancias: aprendió inglés, mecanografía, taquigrafía, y laboró como viajante de comercio. Se trasladó a La Habana con su familia y consiguió un modesto empleo como gastronómico: primeramente en un café de la Plaza del Vapor y luego en el bar Oriente, de San Miguel y Consulado, donde se manifestaron sus preocupaciones por la justicia social al organizar allí el sindicato y luchar por las reivindicaciones de sus compañeros de trabajo. Esta actitud le hizo ganar fama de «peligroso» y la mala voluntad del dueño del establecimiento.

Con gran sentido de la responsabilidad, muy sensible ante el dolor humano, sus ideas políticas lo llevaron a ingresar en la Juventud Ortodoxa para combatir la corrupción y el latrocinio imperantes. Sentía profundo asco y desprecio por el tirano que atropellaba los derechos ciudadanos, comprendía que la lucha armada era la única vía para derrocarlo y se unió a Fidel, Raúl, Nico López y otros jóvenes que compartían sus ideales patrióticos.

Por todo lo anterior, Elpidio fue de los primeros en la lista de combatientes y aplazó sus proyectos matrimoniales para priorizar el llamado de la patria. Participó con entusiasmo en el Desfile de las Antorchas y otros mítines y protestas, así como en los entrenamientos y prácticas de tiro que hacían los revolucionarios, muchos de los cuales se reunían en su casa. Pero las armas para

la acción que se preparaba eran muy caras y todos debían aportar de acuerdo con sus posibilidades. Elpidio solo tenía su empleo, y el dueño, deseoso de salir de aquel «revoltoso» accedió a pagarle para que dejara el trabajo.

Poco tiempo después, en el juicio del Moncada, Fidel resaltaría su hermoso gesto:

Con mayor orgullo que nunca digo que consecuentes con nuestros principios, ningún político de ayer nos vio tocar a sus puertas pidiendo un centavo, que nuestros medios se reunieron con ejemplos de sacrificios que no tienen paralelo, como el de aquel joven, Elpidio Sosa, que vendió su empleo y se me presentó un día con trescientos pesos «para la causa»...²

Teniendo en cuenta sus condiciones personales, Fidel lo comisionó, en los primeros días de julio, junto a otros tres compañeros más: Abel, Tizol y Guitart, para alquilar la finca Siboney, que sería el cuartel general del asalto. El 14, pretextando un viaje de negocios, partieron hacia Santiago de Cuba; con grandes dificultades, lograron al fin hacer el contrato, y Elpidio, el supuesto administrador, dormía allí todas las noches y trabajaba en los preparativos de lo que ellos hicieron pasar como «una granja para criar pollos». Para que nadie sospechara sus verdaderas intenciones, Elpidio y sus compañeros construyeron naves para la presunta cría.

² FIDEL CASTRO RUZ: *La historia me absolverá*, p. 97.

En esos días, Abel le prestó sus dos tomos de las obras de Lenin que el joven revolucionario, deseoso de aprender y superarse, leyó con avidez, al igual que hiciera con las de José Martí y Pablo de la Torriente. En su pensamiento político, como sucedió a algunos de los asaltantes al Moncada, se unieron el antimperialismo radical de nuestro Héroe Nacional con los principios elementales del marxismo-leninismo.

Pasaban los días y se acercaba la «hora cero», como le llamaban los combatientes. Estos comenzaron a llegar: Guitart y Elpidio les prepararon lo que sería la última comida para el grupo que se albergaba en Siboney: un fricasé, al que entre risas y bromas denominaron «chilindrón de pollo» porque los improvisados cocineros les habían echado cuanto cayó en sus manos.

En el grupo revolucionario que partió hacia el Moncada, uno de los más decididos y entusiastas era Elpidio Sosa González. No le sorprendería la muerte, la esperaba, pero en lo profundo se sentía satisfecho porque «morir por la patria es vivir». Se presume que, como la mayoría de los combatientes, Elpidio fue apresado y asesinado, pero se desconocen las circunstancias en que esto ocurre. A su hermano Carlos lo interrogaron en las oficinas del Servicio de Inteligencia Militar (SIM) y allí le informaron la muerte del valeroso joven; esta se confirmó al aparecer su nombre en la lista de los revolucionarios que, supuestamente, habían perecido en el ataque.

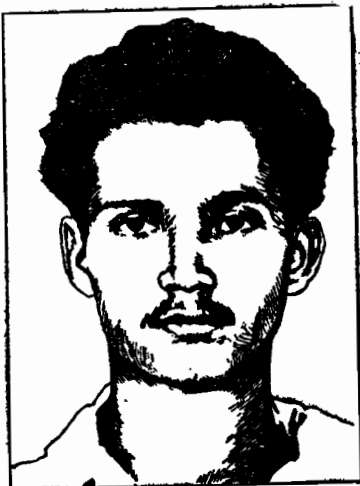
Lo que sus asesinos no podían imaginar era que seguiría viviendo, no solo en la cooperativa de pescadores y en la industria electroquímica que allá, en su ciudad

natal, llevan su nombre, sino en todas y cada una de las obras de la Revolución, en los numerosos CDR que se dedican a honrar su memoria y en los niños que nacen y crecen —como él quería— en una Cuba nueva, limpia y diferente .

REEMBERTO ABAD ALEMÁN RODRÍGUEZ

Como si se fuera a casar

Felipe Pérez Cruz



El 24 de julio Reemberto llegó a su casa antes de la hora acostumbrada. La madre lo vio, embadurnado de masilla de pies a cabeza, ocupado en bañarse y almorzar rápidamente. Quería disponer de tiempo para despedirse de la novia. Iba a Matanzas a terminar un trabajo y después iría hasta Varadero para ver las regatas.

La novia no llega a la hora prevista y el joven se apresta a marcharse. Jubiloso, feliz, le pregunta a la madre cómo lucía, pues se había puesto el traje que tenía destinado para el día de su boda. Ante la broma de la mamá responde que se sentía tan contento como si se fuera a casar.

Cuatro días después la prensa y la radio informarán de la muerte «en combate» de Reemberto Abad Alemán Rodríguez. Tras la versión oficial del gobierno batistiano se ocultaba el asesinato a sangre fría del joven obrero de veinticuatro años. En él se cumplió la criminal orden de elevar el número de muertes entre los asaltantes al cuartel Moncada a diez, por cada baja del ejército gubernamental.

Reemberto fue el tercero de los siete hijos del obrero azucarero Carlos Alemán Madrigal y de Isabel Rodríguez Hernández. Nació el 1º de septiembre de 1928. Desde su más temprana niñez recibió los avatares de la lucha por la existencia de una humilde familia proletaria en la Cuba neocolonial.

Del natal Guayos, donde el padre trabajaba como mecánico jefe del Departamento de Vacío en el central La Vega —hoy Reemberto Abad Alemán— se trasladan para los alrededores del central Tuinicú, pues La Vega canceló su molienda de 1929, y Carlos Alemán es transferido al Tuinicú. Allí labora durante varias zafras hasta que, nuevamente, tiene que emprender la aventura de migrar con su numerosa familia en busca de trabajo.

En Jatibonico, en un lugar llamado La Revoltosa, en la colonia Santa Teresa se asientan Carlos e Isabel con su prole. En aquel pobre caserío rodeado de campos de caña no había escuela, por lo que Reemberto y sus hermanos aprenden sus primeras letras con la mamá. Con los esfuerzos de los vecinos se construyen un bohío que muy poco se diferenciaba de las viviendas circundantes. Es el local donde comienza a funcionar la Escuela No. 13

del un día rimbombante plan de escuelas cívico-rurales, con el que el traidor a la Revolución de 1933, Fulgencio Batista, trataba de ganar simpatías entre el campesinado. El buen rendimiento escolar de Reemberto hace que al terminar el cuarto grado obtenga una de las pocas becas que se ofertaban y pase a un centro docente radicado en Camagüey, en el que concluirá el séptimo grado.

En 1940, la familia llega a La Habana. El padre había obtenido trabajo en el Matadero Nacional y la familia pasa a ocupar una modesta casa del barrio de Lawton.

Con doce años de edad, la ciudad se abre a sus ávidos ojos. La madre lo matricula en una escuela cercana y se produce el primer choque. La instrucción que recibió en la escuela camagüeyana no corresponde realmente al séptimo grado. Es incorporado a un nivel escolar inferior. Reemberto se resiste a aceptar una situación de la que no se considera responsable. Se inscribe en el Centro Asturiano y en una escuela nocturna de esta institución alcanzará el noveno grado.

Crecía fuerte, nadaba, jugaba a la pelota con los muchachos del barrio y no olvidaba sus vivencias de la colonia cañera, por lo que frecuentemente participaba en excursiones campestres.

Comenzó a interesarse por la aviación; leía cuanto material caía en sus manos y procuraba no perderse película alguna sobre el tema.

Ya a los catorce años encuentra su primer trabajo. Lo contratan como pinche de cocina en el bar La Victoria

en la calle Concepción esquina a 16. Por catorce pesos mensuales laborará desde las cinco de la mañana hasta las diez de la noche. Durante dos años soporta este extenuante régimen de explotación. Después desempeñaría diversos oficios y labores hasta lograr relativa estabilidad en la construcción.

Comienza como ayudante de albañil hasta aprender el oficio de masillero con un viejo obrero de la construcción y con los hermanos Wilfredo y Horacio Matheu Orihuela, que al igual que él, buscaban todos los días en la calle unos centavos en cualquier trabajo honesto. Cuando se sintieron capaces de hacer sus propios contratos, formaron un equipo de trabajo y se independizaron de los contratistas, que por aquel entonces controlaban el mercado laboral del ramo.

Fue probablemente entre los constructores y, en particular, los yesistas, donde Reemberto y sus jóvenes compañeros conocieron a los líderes del movimiento obrero-democrático y antimujalista. El Sindicato de Trabajadores y Elaboradores del Yeso siempre se negó a secundar a los gánsters impuestos por el gobierno y el imperialismo en la dirección de la Central de Trabajadores de Cuba (CTC), y se mantuvo firme junto a Lázaro Peña y los sectores revolucionarios y progresistas del proletariado cubano.

Reemberto era un lector habitual. Tenía predilección por los libros de historia y, de manera particular, por la vida y obra de José Martí, cuyas enseñanzas fueron parte vital de su formación. De carácter serio y servicial, quienes lo conocían sabían que tras ese joven equilibra-

do y bondadoso, existía un hombre de coraje capaz de violentarse ante una ofensa o injusticia.

En 1950, junto con los hermanos Matheu, es contratado por un norteamericano de apellido Ford, con el que desarrolla lazos de amistad. A instancias de Ford comienza a estudiar mecánica de aviación por correspondencia. Dos años después, al concluir el curso, el norteamericano le costeará el viaje a Los Ángeles, California, donde deberán entregarle el título.

Durante tres meses, ganándose el sustento como obrero de la construcción, Reemberto agota todos sus esfuerzos por obtener el título y además, hacerse piloto. No logró ninguno de estos objetivos y tiene que regresar a Cuba. El título llegará tres meses después de asesinado el joven, y la madre, en gesto de protesta, lo devolvería a los burócratas de la escuela yanqui.

Reemberto es asiduo en horas de la noche a la esquina de Tejar y 16, a dos cuadras de su casa. En ese lugar se reunían los jóvenes de la barriada. Se conversaba de pelota, de boxeo, de la última película y una que otra vez, se ponían de acuerdo para asistir a las fiestas que se celebraban en las cercanías. En la medida que se polariza la situación política del país, las reuniones de la esquina de Tejar y 16 toman un nuevo matiz. El tema político comienza a ser más frecuente. Hay repudio ante la corrupción del gobierno «auténtico». Se habla de lo lejos que está Cuba de la patria que soñó Martí. El movimiento por el adecentamiento de la gestión gubernamental y la democratización del país que comienza Eduardo Chibás gana las simpatías del grupo.

El joven constructor, junto a la mayoría de sus amigos, se afilia al Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo). Tenía confianza en la prédica de Chibás y como miembro de ese partido integró sus mítines y manifestaciones. En esas reuniones y en el local de Prado 109, muchas veces coincidió y escuchó los razonamientos y criterios de otro joven ortodoxo. Era un ex-dirigente estudiantil, abogado de profesión, por quien se sintió fuertemente atraído. Aquel joven líder de la Ortodoxia en sus discursos, no solo enarbolaba el lema de Chibás: «Vergüenza contra dinero» y levantaba como símbolo la «escoba» que barrería todas las lacras que envenenaban la vida nacional. Su palabra era más radical, más cercana a las prisas por un verdadero cambio que latían entre la juventud de la época. Reemberto encuentra así a Fidel Castro Ruz.

A partir del 10 de marzo con el golpe de Estado de Batista, Reemberto no tendrá otra preocupación que no sea la de oponerse al régimen. Ante sus ojos transcurre la traición y cobardía de los jefes auténticos y ortodoxos, y frente a estos, crece la imagen combativa de Fidel.

Fidel visita Lawton. Toda una noche dialoga en la casa de los Matheu. Une voluntades y nuclea a los jóvenes ortodoxos de la barriada. Con ellos integraría una de las primeras células del movimiento revolucionario. Reemberto está entre los militantes de la nueva organización. A escasos metros de su casa, en el café de 16 y Dolores, tendría un contacto diario con Gabriel Gil, jefe de la célula, quien trabajaba como dependiente del bar del establecimiento.

Disciplinado, puntual, asiste a todos los entrenamientos en la Universidad, en la finca Hidalgo Gato, en Los Palos; también en Guanajay y en un tiro al blanco que existía en Marianao. Es el primero en recibir la orden de movilización. Acuartelado en el apartamento 603 de la calle 25 y O, parte esa misma noche hacia Santiago de Cuba. Llega a Santiago la tarde del día 25 y se hospeda en el hotel Rex. De noche arriba a la granjita Siboney.

Cuando Fidel explicó a los combatientes el contenido y carácter de la misión a realizar, Reemberto ocupó su lugar decididamente. Horas más tarde integró el destacamento que atacó el campamento militar.

Alto —pasaba los seis pies de estatura—, de constitución delgada, pero fuerte, ojos y cabellos castaños, su imagen creció aquella madrugada del 26 de julio de 1953 frente a los muros del cuartel Moncada. Al disparar contra el enemigo, cuando partía a su cita con la Patria, quizás mientras su pensamiento volaba junto al paisaje que dejaba tras de sí el automóvil que lo conducía a Santiago, o en la espera tensa y silenciosa en el apartamento del Vedado, recordó su última conversación con la madre.

No por casualidad se había vestido con la ropa destinada a la boda. La madre entonces no conocía un juramento secreto. Él y su compañera —una humilde trabajadora doméstica— habían acordado no casarse hasta la caída de la dictadura.

La crueldad de los esbirros batistianos frustró la felicidad de una joven pareja proletaria, pero no pudo im-

pedir que Reemberto Abad Alemán fuera semilla de ternura que hoy florece entre nosotros, confirmando con Martí, que el amor a la patria es el amor a la madre, a la esposa, a la novia, a los hijos, a la tierra que nos ve nacer.

JUAN DOMÍNGUEZ DÍAZ

¿No vas a darme un beso antes de irme?

Claribel Durán Montero



De la masa irredenta de que hablara Fidel Castro en su histórico alegato *La historia me absolverá*, de extracción obrera, heroico y alegre, disciplinado, profundamente discreto, Juan Domínguez Díaz, fue uno de los combatientes de la barriada de Lawton que dieron su vida el 26 de julio de 1953.

Rebelde por naturaleza y porque le tocó vivir en una república llena de injusticia, formó parte de la Juventud Ortodoxa. «No se perdía una de las transmisiones dominicales nocturnas de Chibás»,¹ afirma su madre.

Juan Domínguez Díaz nace el 8 de marzo de 1931 en el seno de un hogar humilde en el antiguo central

Merceditas, hoy Sandino. Su infancia transcurrió como la de muchos niños de aquella etapa, en medio del quehacer de zafras, tiempo muerto, que solo reportaron inseguridad a su núcleo familiar, compuesto por su padre Eufemio Domínguez, caballerizo del central, Marcelina Díaz, ama de casa hasta que se trasladó a La Habana, y cinco hermanas. Su instrucción poco pudo aportarle, pues solo alcanzó el cuarto grado en la escuela rural donde residió hasta aproximadamente los doce años.

Separados los padres y, después de convivir con su papá un tiempo, Juan se muda para La Habana, para la barriada de Lawton y se coloca como mensajero de la botica, sueldo que debe dedicar por entero a la mantención de su familia; sus hermanas se han colocado como sirvientas, trabajo reservado a las de su extracción humilde.

No sería este su único empleo para ganarse el pan, trabajó como membrero en una fábrica de muebles situada en la calle 14 No. 368 de Lawton, cuyos muebles eran vendidos en la casa Selecta en el Cerro.

Sus inquietudes políticas y su afiliación ortodoxa lo acercan a los jóvenes honestos que desafían al tirano, se afianzan al ideario martiano y buscan una salida al golpe reaccionario del 10 de marzo de 1952. Juan pasó a formar parte del grupo de Lawton que se vinculó a las actividades insurreccionales que dirigía Fidel Castro.

Discreto con su familia, quien no conoce de sus actividades revolucionarias, como era frecuente, participa en las prácticas que periódicamente los jóvenes del Cen-

¹ Entrevista a Marcelina Díaz (inédita).

tenario realizaban en la preparación de la respuesta que ellos darian al golpe: el Moncada.

El 21 de julio de 1953 sale de su hogar, vestido de blanco, con corbata roja, jovial, con el pretexto de asistir a una fiesta en Varadero, de este día conocemos su despedida de la madre al preguntarle: «¿No vas a darme un beso antes de irme?» cosa que no acostumbraba hacer, y la respuesta no se hizo esperar: «Pero, ¿es que no vas a volver?»²

Así fue al encuentro de la historia, aquella que con sangre escribieron los heroicos asaltantes del Moncada, herido en un brazo, hace presumir su asesinato después de detenido.

Juan Domínguez Díaz hoy se sentiría satisfecho, pues del surco regado con su sangre y la de sus compañeros, hoy se recogen los frutos, en treinta años de victoria, de lucha, de heroísmo y de confianza en Fidel.

² Ibid.

HORACIO Y WILFREDO MATHEU ORIHUELA

Constructores del futuro

Norma Ferrer Cepero



Ambos conversan, discuten, los dos quieren ir, por lo que Fidel decide que vayan hacia el hospital en el grupo de Abel. Existen hermanos cuya comunicación es sumamente directa, ese fue el caso de Wilfredo y Horacio Matheu Orihuela, los dos mayores de siete hermanos que se hicieron inseparables en la vida, en los ideales y aun en la muerte.

Wilfredo nació el 20 de octubre de 1927 y Horacio el 2 de enero de 1929. Horacio era alegre, jaranero y comunicativo. Wilfredo, en cambio, era de carácter serio.

Horacio era dos años mayor que Wilfredo. Juntos sufrieron las vicisitudes de su modesto hogar en el campo,

en la finca La América, provincia de Matanzas, donde asistieron a una escuelita rural hasta cursar el sexto grado, pero en lo adelante tuvieron que ayudar a su padre en las faenas agrícolas y se inician como obreros agrícolas; son recogedores de café, sembradores de frutas menores, cortadores de caña.

Después se trasladaron para el pueblo de Torriente, situado entre Jagüey y Pedro Betancourt.

Muy joven aún viene Horacio para La Habana en busca de mejores condiciones de trabajo, lo que logra en la lechería Marfán, y trae a su hermano Wilfredo. Después viene el padre y, por último, toda la familia.

Sus condiciones económicas son muy difíciles. Viven todos en un cuarto en la calle 16, en Lawton. Se ven obligados a pedir dinero «al garrote» para no ser lanzados a la calle.

Un día se le rompe un litro de leche a Horacio. La dueña lo reprende en mala forma y ambos hermanos abandonan la lechería. De nuevo, en busca de trabajo por toda la capital, hasta que lo logran en la construcción contratados como masilleros. Poco después pudieron hacerlo por cuenta propia.

En el hogar de los Matheu siempre hubo preocupación política. El padre, campesino con conciencia de clase, miembro del Partido Ortodoxo en el pueblo de Torriente, era orador en actos políticos e intervenía también en la radio de Matanzas por su facilidad de palabra. En esa época, toda la familia asistía al Liceo de Torriente para escuchar los discursos de Eduardo Chibás, ya que no tenían radio en la casa.

También leían las obras de Martí, y ya en La Habana, visitaban la sede de la Juventud Ortodoxa en Prado 109, donde conocieron a Fidel Castro. Asimismo realizaron contactos con Rafael García Bárceñas incorporándose al Movimiento Nacional Revolucionario. Posteriormente al abortado intento de tomar Columbia, frecuentan Prado 109 y allí se relacionan con los futuros combatientes.

En este contexto histórico llega el 10 de marzo de 1952, día en que Fulgencio Batista da el golpe de Estado contra el gobierno corrompido de Carlos Prío Socarrás, echando por tierras las esperanzas que los cubanos progresistas tenían puestas en las elecciones que tendrían lugar poco después.

Los hermanos Wilfredo y Horacio Matheu van a la Universidad, como tantos otros jóvenes, pero al no producirse la acción que esperaban, vuelven a su casa desanimados.

En los días sucesivos se fue nucleando un movimiento revolucionario en la Universidad con las organizaciones inconformes, para luchar contra Batista. Fidel Castro era uno de ellos, el cual hizo una denuncia al Tribunal de Urgencia en la que solicitaba más de cien años de prisión al tirano por varias causas relacionadas con el golpe de Estado.

Los hermanos Matheu también formaban parte de estas reuniones, tanto en la Universidad como en Prado 109, realizaron labor de proselitismo y otras, e integraron un movimiento en el barrio de Lawton donde

residían, formado por alrededor de veintitrés conspiradores.

Relata el compañero Gabriel Gil, participante de ese grupo, que tanto Wilfredo como Horacio eran ejemplo de discreción y disciplina.

Al conmemorarse el centenario del nacimiento de José Martí, los jóvenes revolucionarios acuerdan celebrar la fecha. Efectúan la Marcha de las Antorchas y se agrupan en lo que se llamó la Generación del Centenario.

Wilfredo y Horacio se mantuvieron en la lucha, realizaban entrenamiento militar en la Universidad, en Güines, en Artemisa...

El 24 de julio de 1953, vestidos con sus mejores ropas, se despiden de sus padres y hermanos. Al padre le dicen: «Viejo, tenemos una reunión con Fidel y después nos vamos a Torriente a ver a la familia.»¹

De la casa de Abel y Haydée, situada en O y 25 en el Vedado, salieron las máquinas con los combatientes rumbo a Santiago de Cuba. En una de ellas, manejada por Jesús Montané, iban Gabriel Gil, Ernesto Fernández, Juan Manuel Ameijeiras y los hermanos Horacio y Wilfredo Matheu.

Cuando los asaltantes del cuartel comprenden el fracaso de la acción y deciden retirarse, mandan un mensaje al hospital, que no llega por haber resultado herido el compañero que lo llevaba. En el hospital se lucha hasta la última bala, reuniéndose los combatientes allí para

¹ En *Granma*, 18 de mayo de 1973.

decidir lo que harían. Acordaron que los compañeros se acostaran en las camas, vestidos como enfermos.

Horacio había sido herido en la cabeza y en el vientre y fue fácil acostarlo, pero Wilfredo se negó, diciendo que moriría peleando.

Los sicarios descubrieron que los asaltantes simulaban ser enfermos, y Horacio fue golpeado en sus heridas y se desangró.

No se supo en qué forma murió Wilfredo. La víspera del asalto al Moncada, el joven revolucionario había escrito a sus padres: «Hay que acabar con la corrupción y el vicio, hay que adecentar la administración pública, hay que anteponer el interés de la Patria al interés personal, hay que hacerle comprender a la juventud que es preferible ser digno a ser rico, hay que poner de moda la vergüenza, como decía Martí.»²

La Revolución que ellos ayudaron a triunfar, ha hecho realidad sus sueños.

Sobre ellos escribió el Indio Naborí: «Wilfredo y Horacio Matheu Orihuela eran constructores, tristes mäsilleros, mas no construían casas para obreros ni para los pobres un parque, una escuela...»³

Contra el desamparo de la ciudadela murieron golpeando como olas del mar; pero ellos no han muerto; se les puede hallar en esas brigadas de los constructores que crean ciudades de trabajadores.

² *Ibíd.*

³ JESÚS ORTA RUIZ: *Al son de la historia*, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1986.

RAMÓN R. MÉNDEZ CABEZÓN

Ramonín

Isabel García Castiñeiras



La combinación de su origen familiar español y la influencia de lo criollo daban características significativas a este joven: estatura media, complexión atlética, ojos y piel claros, pelo castaño oscuro y un carácter jovial. Tempranamente dio muestras de su responsabilidad. Al enfermarse el padre lo sustituye en su puesto de trabajo, poniendo a prueba los rasgos de su personalidad y la educación recibida en el ambiente familiar: la honradez, el amor al trabajo y el respeto hacia todas las personas.

Así fue Ramón R. Méndez Cabezón, *Ramonín*, nacido en La Habana, el 9 de junio de 1929, otro de los

héroes caídos en la gesta del Moncada.

Ramón será el mayor de los hijos del matrimonio de Dominica Cabezón Álvarez y Ramón Méndez Pérez, ambos de nacionalidad española. Después tuvieron a Marta y Juan.

La familia residía en la calle Príncipe, cerca del parque Maceo y con posterioridad, al nacer su hermana, alquilaron una habitación en una casa situada en la calle Vapor No. 43; después se mudaría a Lawton.

Este joven revolucionario comenzó sus estudios en una escuela de barrio, termina el octavo grado en el Instituto San Luis, de la calle Herrera en Luyanó y pasa a estudiar el bachillerato en el Instituto de la Víbora, llegando a cursar hasta el tercer año, pues en 1947 tuvo que dejarlos para sustituir a su padre en su trabajo de viajante, ya que este había enfermado.

Su carácter jovial y comunicativo le ayudó mucho en sus actividades de viajante del comercio, como vendedor de J. Balcells y Compañía, almacenista de víveres; de la empresa del Matadero Nacional, de la que vendía jamones y manteca, y de la compañía empacadora Foreign, también en el giro de venta de manteca. A los dieciocho años había iniciado su experiencia en el oficio y tres años más tarde ya era un excelente vendedor.

Sentía predilección por la lectura, era un joven con un gran afán de saber. Conjugaba todo esto con otra actividad: la del levantamiento de pesas, que realizaba en la calle Lacret en el gimnasio Garrido.

Su madre Dominica refirió:

Ramonín era muy fuerte y tiposo. Así de alto —y trata de medirlo con un ademán, en el aire—. Levantaba pesas y se ejercitaba en un gimnasio de la calle Lacret. Desde su muerte, siempre los compañeros de allí mantuvieron su nombre en un lugar visible, como rindiéndole homenaje, sin importarles que los esbirros pudieran considerarlo un desafío.¹

Ingresa en el Partido Ortodoxo en el año 1951 y participa en distintas actividades que ayudaron a forjar sus ideales reivindicativos.

Un hecho que incidiría en Ramón sería el cuartelazo de Batista, el 10 de marzo de 1952; esto lo llevaría a participar activamente en los actos de calle y manifestaciones públicas de repudio. Estaría vinculado al plan del profesor universitario Rafael García Bárcenas.

En la barriada de Lawton conoció y trabó relaciones con jóvenes que tenían sus mismas aspiraciones e ideales, con los cuales compartiría sus últimos meses de vida: los hermanos Matheu Orihuela, Reemberto Abad Alemán, Gabriel Gil y otros. Con ellos integraría, la célula clandestina de Lawton, bajo la dirección del compañero Gabriel Gil.

Es imprescindible hacer énfasis en la radicalización revolucionaria del pensamiento de Ramón, quien a la muerte de Chibás, con el fragmentado Partido Ortodoxo,

¹ COLECTIVO DE AUTORES: *Mártires del Moncada*.

fue capaz de agruparse en una célula del movimiento liderado por el abogado Fidel Castro Ruz. Su casa sería un punto de reunión de la célula por ocasiones.

Ramón estaría entre los jóvenes participantes de las prácticas de tiro en la Universidad de La Habana, en la Marcha de las Antorchas, el 27 de enero de 1953 y los entrenamientos realizados en la finca Santa Elena de Los Palos.

Entre los ocho jóvenes de la célula de Lawton que participarían en una práctica importante lejos de la capital estaba Ramón.

A su familia le dijo en su despedida que iba a una fiesta de fin de semana con sus amigos, dirigiéndose al apartamento de Abel Santamaría de donde partiría hacia Santiago de Cuba, y de allí a la granjita Siboney donde fue asignado al grupo que atacaría el hospital civil, en el que sería vilmente asesinado.

Relata su padre:

Pero Ramonín estaba muerto. Hasta 1961 no pude localizar sus restos. Fui a Santiago y me llegué al cementerio de El Caney. Pude hablar con el sepulturero que lo había enterrado, junto con Marcos Martí y Boris Luis Santa Coloma, en una misma fosa. Lo que aquel hombre me relató, me dejó destrozado. Los tres cadáveres habían llegado allí bárbaramente mutilados.²

² *Ibid.*

Ramón Méndez Cabezón le dejó a la patria como herencia una familia revolucionaria que enfrentó, en los años de la dictadura, el asedio constante de las fuerzas represivas batistianas, su participación activa en las riesgosas tareas del clandestinaje.

Ramonín vive hoy en toda la obra revolucionaria por la cual ofrendó su valiosa vida.

MANUEL SAÍZ SÁNCHEZ

La muerte no es verdad

Mariana Venero Domínguez



El béisbol era su gran pasión. El pequeño Manolito disfruta a plenitud, cuando la pelota —tras un batazo—, se pierde del terreno improvisado en un placer cercano a la Loma del Burro.

Tiene catorce años; pronto abandona las aulas. La situación económica del país y por ende la de la familia, lo obliga a comenzar a trabajar como aprendiz en una carpintería en la barriada de Lawton, donde vive. En ese centro de trabajo conoce las primeras inquietudes políticas y se interesa por los destinos de la patria que sufre. Aunque sin edad para votar se relaciona con la Juventud Ortodoxa y milita en sus filas. Lee con avidez los escritos de Martí.

Un día el busto de Julio Antonio Mella amanece manchado de chapapote; la juventud capitalina protesta, en el grupo está Manuel; gritos, mangueras soltando chorros de agua, toletazos por parte de la odiada policía batistiana, y en medio de la manifestación se escuchan disparos y una voz que grita ¡Oye, hirieron a Rubén!

El herido es el estudiante de Arquitectura Rubén Batista Rubio que se convertirá en el Rafael Trejo de la tiranía batistiana.

Rubén se debate entre la vida y la muerte en la Clínica del Estudiante; sus compañeros no se separan de él.

«Mima, si Rubén se muere, tú verás la que se va a armar; y si hay tiros, allí estará tu hijo.»¹ Así exclama el joven Manuel Saiz.

El entierro de Rubén se convierte en gigantesca ola de protesta contra la tiranía de Fulgencio Batista y sus sicarios. Manuel participa en la vanguardia de la manifestación.

Un día le dice a la madre:

«Vieja, ¿te gustaría verme con uniforme?»² Ana María Sánchez, sorprendida, contrariada, le responde:

«No, ¡Dios te libre de usar ese uniforme azul o amarillo!, además no me gustan los revólveres.»³

1 Entrevista a Ana María Sánchez (inédita).

2 Ibid.

3 Ibid.

El hablaba de otro uniforme, de otro ejército, el de los jóvenes que van a atacar el cuartel Moncada.

Su relación con jóvenes de la Ortodoxia hace que visite el local de Prado 109 donde conoce al joven abogado Fidel Castro. Se unió a él, creyó en la lucha armada como único camino para liberar a Cuba de todas las lacras existentes.

Fidel agrupa a lo más puro de esta juventud que jura lavar la afrenta hecha al Apóstol en el año de su centenario. En ese grupo está Manuel; solo tiene dieciocho años, es muy joven pero sabe guardar celosamente los secretos de su vida revolucionaria. Integra la célula de Lawton capitaneada por Gabriel Gil. Realiza prácticas de tiro y asiste a todas las reuniones del grupo.

Por falta de armas, todos no pueden marchar al encuentro con la historia en la región oriental. Fidel orienta seleccionar solo a ocho compañeros del grupo de Lawton.

Gil comunica a los miembros lo orientado por Fidel: limitar la participación; entonces le dice a Manolo que él es uno de los que tiene que quedarse, ya que es de los más jóvenes. Este se impone, discute su puesto en el combate y al fin logra lo que tanto anhela: ir a combatir por la libertad de Cuba.

Su grupo está integrado por: Gabriel Gil, Reemberto Abad Alemán, Ramón Méndez Cabezón, los hermanos Horacio y Wilfredo Matheu Orihuela, entre otros.

Los compañeros de la célula de Lawton se reunieron en el apartamento de O y 25, donde residían Abel y Haydée.

Poco antes de partir le había dicho a su madre que iba a Las Villas a la boda de su amigo Gabriel: el verdadero motivo lo ocultó tan bien, fue tan discreto, que no dio la impresión de que era una despedida. Se puso un traje blanco, el novio parecía él.

Cuenta su madre que al salir abrazó a su sobrinita y a su hermano y se despidió de ella muy cariñoso, pero apenas la miró.

Cuando se marchó, narra Ana María Sánchez, me abracé llorando a mi hija:

—¡Ay Nena se me va Manolito y con él se me va la vida! ⁴

Manuel Saíz Sánchez cayó herido en el ataque al cuartel Moncada, luego fue asesinado por los esbirros de Chaviano.

No pudo ver lo que tanto anheló, pero hoy su ejemplo se multiplica en los miles de jóvenes que se afanan por construir una patria nueva.

Recordemos a Martí cuando dijo que la muerte no era verdad cuando se había cumplido bien la obra de la vida.

⁴ *Ibíd.*

FERNANDO CHENARD PIÑA

Vístete de rojo, que ha triunfado la Patria

Florentino González Domínguez



Fernando exhibió junto a su hija, toda la alegría y el entusiasmo que le era factible mostrar en el rostro, cuando su joven amigo y compañero de célula, Miguel Ángel Oramas oprimió el obturador de la cámara.

Era viernes 24 de julio. Por más señas, de 1953, año del centenario del nacimiento de José Martí. Esta sería la última constancia gráfica para la historia, del físico de Chenard.

Había dicho minutos antes a sus familiares, que marchaba rumbo a Costa Rica en lo que habría de ser —auguraba— un viaje breve.

Lo cierto es que emprendía un viaje de menor kilometraje, sólo hasta Santia-

go de Cuba; pero de máxima proyección histórica: iba a encontrarse con la historia. Iba a dar, apenas setenta y dos horas después, su vida por la patria.

Fundador del Sindicato de Dependientes de Víveres al Detalle en 1939; uno de los primeros cubanos conducidos por la policía al tristemente célebre Buró de Investigaciones, el mismo día 10 de marzo de 1952, por sus ideas políticas: «bravo y audaz fotógrafo» ilustrador del primer reportaje-denuncia publicado por Fidel en la revista *Bohemia* contra la dictadura de Batista; Fernando Chenard había nacido en San Ramón No. 11, entre Fernandina y Castillo, es la primera dirección de la que cabe hablar al referirnos a su relativamente corta, pero intensa y patriótica vida.

Cuarto hijo del Jefe del Archivo de la Cámara de Representantes de Cuba, tenía raigambre mambisa, pues su abuelo había sido un emigrante cubano de ideas revolucionarias e independentistas radicado en Tampa, donde, Presidente de un Club Revolucionario, fue miembro del Cuerpo de Consejo del Partido Revolucionario Cubano fundado por Martí, en esa ciudad.

Inquieto, independiente como aquel, a partir de los dieciséis años dejó los estudios. Realiza diversas labores, la primera de ellas en un cine de la Víbora, donde limpiaba sin remuneración alguna, salvo que se le permitía dormir en él. Luego pasó a ser dependiente de bodega, primero en 26 y 27, en el Vedado y con posterioridad en Puentes Grandes.

En 1939 se funda gracias a sus esfuerzos, el Sindicato de Dependientes de Víveres al Detalle. Es designado

director de la revista órgano del mismo, que llevaba por nombre *El Dependiente*, y más tarde electo secretario general del sindicato, cargo desde el cual dio fehacientes muestras de amor por la clase obrera, apenas con veinte años de edad.

Dentro del sindicato que dirigía, constituyó la facción del Partido Unión Revolucionaria Comunista, correspondiéndole desarrollar hasta 1944 la actividad fundamental del Partido entre los trabajadores de ese sector.

Ingresa en la Ortodoxia y forma parte de su Sección Obrera. Atiende un programa radial de ese partido, junto a Juan Manuel Márquez.

Su rostro, su sonrisa, su mirada, fueron reproducidos en fotos, una junto a su compañero del programa radial, futuro segundo jefe de la expedición del *Granma* y otra junto al capitán de la clase obrera cubana, Lázaro Peña, en un balcón de la CTC.

Temprano combatiente contra la tiranía, junto a su amigo y colega de profesión, Miguel Ángel Oramas, a Pedro Marrero, Giraldo Córdova Cardín y los hermanos Gómez, integrará el luego conocido grupo revolucionario o célula de la Ceiba, dentro del Movimiento organizado por Fidel para encauzar la lucha por la Revolución.

De esta célula será el jefe, y junto a Elpidio Sosa, Nico López y Gildo Fleitas, entre otros futuros moncadistas, realizará tareas específicas propias de la dirección del Movimiento, por orientación de Fidel, entre ellas, cuidar la seguridad personal de Haydée Santamaría, en viajes que esta realizara incluso en trasiego de armas a Santiago de Cuba.

No en pocas oportunidades participará en las agotadoras y tensas sesiones de entrenamiento militar, llevadas a efecto en azoteas o locales de la colina universitaria, el Club de Cazadores del Cerro, y en diferentes fincas próximas a la capital. Es uno de los participantes en el Desfile de las Antorchas.

Hasta en su casa, en las antiguas calles de Asbert y Calzada Real, en Marianao, se practicó el manejo de las armas.

Una anécdota del valor y la ingeniosidad de Chenard: en una oportunidad esperaba a Fidel en la calle San Rafael, con un paquete de armas en la mano. Se decide a tomar café y entrega el paquete a un policía de tráfico para que lo cuide. Cuando Fidel le pregunta sobre la ocurrencia le expresó sonriendo que no había mejor guardián para el paquete que ese policía.

Necesitado el Movimiento de fondos, Fernando no dudó en vender su equipo fotográfico. Fernando Chenard fue fotografiado junto a sus hijos por su colega de profesión y compañero de célula, Miguel Ángel Oramas.

A las cuatro de la tarde, aproximadamente, partiría del parque de la Ceiba, donde hoy se encuentra el monumento a los mártires miembros de la célula de esa barriada, hacia su cita en el Moncada. En el auto manejado por él iban también los hermanos Manuel y Virgilio Gómez, Oramas, Córdova Cardín y otro asaltante.

En Santiago de Cuba se hospedó en una casa de huéspedes próxima a la clínica Los Ángeles. La casa estaba en la calle Celda No. 8 y sus ocupantes fueron los primeros en trasladarse a la granjita Siboney.

Se sabe que una vez ordenada por Fidel la retirada de los combatientes, Chenard debió transmitir la misma a compañeros localizados en otros sectores del cuartel. Interceptado por el ejército de la dictadura, fue apresado, y sometido a crueles torturas.

Su nombre fue incluido el 2 de agosto siguiente, por los sicarios a las órdenes de Río Chaviano, entre los «muertos en combate».

Su vertical postura ante sus torturadores reflejaba la esencia de su vida, los objetivos por los que luchara, y nos permite inferir la profunda satisfacción con la cual, de seguro, dejaría constancia gráfica de las realizaciones que alcanza nuestro pueblo, fruto del heroísmo de sus hijos, herederos dignos de la obra de quienes como Fernando Chenard sintetizan los más altos valores patrios.

Las siguientes palabras, dichas por Chenard a su hermana cuando en una ocasión llega a la casa herido en la cabeza, luego de una manifestación contra el régimen, son harto elocuentes al respecto: «Si yo me salvo y esto se pierde, puedes ponerte luto por la Patria; si yo muero y esto se salva, vístete de rojo, que ha triunfado la Patria.»¹

¹ En *Granma*, 28 de junio de 1973.

PEDRO MARRERO AIZPURÚA

Ahora hay que hacer la Revolución

Mercedes Vicente Sotolongo



Cuba necesitaba renacer. Desgarradora, lacerante, habría de ser la lucha. Patria era entonces la única alternativa. La entrega total a la causa revolucionaria fue la respuesta de los jóvenes que como Pedro Marrero Aizpurúa integraron las filas de la Generación del Centenario y ofrendaron sus vidas en aras de la Revolución Cubana.

Pedro nació el 26 de octubre de 1926, en un modesto hogar situado en la calle Bullen No. 4-A entre Cañongo y Diago, en el barrio de Puentes Grandes, Ciudad de La Habana. Fue el penúltimo de los siete hijos de Juana Aizpurúa, natural de la ciudad de San Sebastián, provincias vascongadas, y

Juan Marrero, de origen campesino, hijo de inmigrantes españoles de Islas Canarias y nacido en Arcos de Canasí, provincia de Matanzas.

Sus primeros estudios los cursó en la Escuela Pública No. 39 de Puentes Grandes, donde figuró en el Cuadro de Honor en numerosas ocasiones. En este plantel cursó hasta el cuarto grado, luego continuó estudios en la Escuela Emiliano Zapata hasta concluir el sexto grado.

En el año 1936 la lucha del pueblo español contra la reacción franquista, que contaba con el apoyo de los regímenes fascistas de Alemania e Italia, generó un enorme movimiento de solidaridad, pues la lucha que allí se libraba estaba ligada al futuro de la humanidad. En Cuba, como en otros países, se apoyó fervientemente la causa de los soldados republicanos.

Pedro, como miembro de la organización pioneril creada por la Liga Juvenil Comunista por orientación del primer partido marxista-leninista de la clase obrera cubana, colaboró en la recolección de cigarros, tabacos, dulces y alimentos que, a través de la Casa de Cultura ¹ se hicieron llegar a los soldados de la República.

Huérfano de padre, sus deseos de continuar estudios en el bachillerato se vieron frustrados por los apremios económicos de su hogar. Es por ello que con solo trece años se hace chofer del depósito de hielo y cerveza de la Tropical.

En las postrimerías de la década del 30, como resultado de las luchas de la clase obrera cubana y la coyun-

¹ Institución pro República Española.

tura internacional existente, caracterizada por la creciente contradicción entre el imperialismo norteamericano y la Alemania fascista, la repulsa antifascista mundial, así como la política de los frentes populares, el gobierno de Batista se vio precisado a legalizar los partidos y organizaciones de oposición, entre ellos el Partido Comunista.

Como parte de este proceso, se permitió la inscripción legal de los sindicatos en la Secretaría del Trabajo, así como de la Central Única de Trabajadores (CTC), constituida como resultado de un largo proceso de lucha por la unidad orgánica de los obreros.

La iniciación laboral de Marrero coincide con la organización del sindicato en el depósito de cerveza, donde fue elegido delegado sindical de carros y camiones. Su iniciativa de crear una cooperativa de trabajadores con un fondo social para respaldar financieramente a los obreros que enfermasen por más de nueve días, es ilustrativa de su esencia profundamente humana.

Junto a sus compañeros luchó por inaplazables reivindicaciones obreras, conquistando mejores condiciones de trabajo y aumentos de sueldo.

La Ortodoxia y su líder Eduardo Chibás irrumpen en el panorama político nacional con la determinación de luchar contra la corrupción existente. Marrero, como muchos otros revolucionarios, transita en su proceso de radicalización por las filas de la Ortodoxia, y funda este partido en La Ceiba junto a Fernando Chenard, quien cayera posteriormente en el asalto al Moncada.

El golpe del 10 de marzo de 1952 lo llena de indignación y refuerza su convicción de que solo mediante la

lucha armada se podía alcanzar la liberación nacional. En este sentido resulta ilustrativo su enfrentamiento con el periodista Pardo Llada,² a quien Marrero solicitó diera a conocer por su noticiero un escrito revolucionario. La negativa de este, quien alegó estar convencido de que la vía para resolver los problemas de Cuba eran las conversaciones, llenó de indignación a Pedro, quien entonces afirmó: «En Cuba ya se ha hablado bastante. Ahora hay que hacer la Revolución, cambiando las habladurías por los hechos. Hay que pelear pues es el único modo de solucionar los problemas de Cuba.»³

De su matrimonio con María Ponce de León Cobas, que conoció cuando eran compañeros de estudios, nacieron dos niñas: Zenaida y Yolanda.

Su identificación con el pensamiento de Fidel Castro, al que conoce por intermedio de Gildo Fleitas —revolucionario que diera su vida en el asalto al cuartel Moncada— lo lleva a integrarse a una célula del entonces incipiente movimiento revolucionario.

Como parte de los preparativos para la lucha, Marrero, junto a otros revolucionarios, realizó prácticas de tiro en la Universidad de La Habana y en fincas aledañas a la capital.

Al igual que muchos de sus compañeros de lucha, entregó el producto de la venta de una gran cantidad de sus bienes personales para comprar armas y municiones.

2 Traidor a la Revolución.

3 En *Granma*, 16 de julio de 1973.

En su primera declaración ante el tribunal que lo juzgó por el asalto al cuartel Moncada, Fidel Castro se refirió al sacrificio de los combatientes para costear los preparativos. De Marrero expresó: «Pedro Marrero vendió el juego de comedor de su casa, el refrigerador y el juego de sala, y no vendió el juego de cuarto porque yo se lo impedi...»⁴

La cercanía de la operación lo hizo consagrarse por entero a los preparativos. El 24 de julio de 1953 va por última vez a su casa; tras una breve conversación con su madre, parte a recoger a otros compañeros que irían con él a la acción.

El 26 de julio, según el testimonio del asaltante Jesús Montané:

Fidel pidió voluntarios para tomar la posta 3, y en honor a la verdad, todos dimos un paso adelante. Pero fue el doctor Castro quien escogió a los que integrarían ese primer grupo: Cornelio Noa, de Artemisa; José Luis Tasende, obrero de una compañía productora de mantequilla y queso, Renato Guitart, de Oriente; Ramiro Valdés, un joven de Artemisa; Pedro Marrero, obrero de una cervecería y quien les habla...⁵

Después de desarmar la posta No. 3, comenzó el encarnizado combate contra los esbirros. En la riesgosa

⁴ *Ibíd.*

⁵ COLECTIVO DE AUTORES: *Mártires del Moncada*, pp. 343-438.

acción, Pedro, como muchos jóvenes de la Generación del Centenario, entregó su vida a la justa causa.

Luego de la muerte de Pedro, su viuda e hijas se vieron privadas de la pensión que les correspondía. Solo después de la excarcelación de Fidel y sus compañeros, quienes hicieron gestiones para asegurar que la pensión les fuera concedida, estas pudieron recibirla.

Pedro Marrero, revolucionario íntegro, se convirtió en un ejemplo a seguir por las generaciones posteriores, que con su obra consolidan hoy nuestra sociedad.

GIRALDO CÓRDOVA CARDÍN

Córdova Cardín en cada jab

Victor Joaquín Ortega



El baile. La esquivada. Tremendo ataque. Jabs, ganchos dorados. El rival se tambalea. ¡A la lona! Uno, dos, tres... Ni cuentas: ese no se levanta. En la esquina roja, salta de alegría un púgil cubano.

Giraldo Córdoba Cardín amaba el boxeo, mas no se quedó en los puñetazos. El mismo 10 de marzo de 1952, un muchacho sin ser estudiante se presentó en la Universidad de La Habana para pedir armas y combatir a los golpistas. No se dio entonces la oportunidad: ya la tendría.

En conversaciones con el padre, recientemente fallecido, pude conquistar estos testimonios:

Giraldo iba con un amigo, después del entrenamiento, caminando por Marianao. En Menocal y calle Real había una barrita allí, sale un teniente de la dictadura borracho, se tambalea y comienza a orinar, allí mismo, en la acera. Pasaban dos mujeres y una de ellas pega un grito enorme. Cruzan la calle y, a pesar del susto, es más la indignación y le sueltan dos o tres cosas duras al guardia.

Aquel basura respondió:

—¡Qué tanta finura! Si no les gusta, no miren. Piérdanse o la van a pasar mal.

Giraldo se acerca al tipejo y le dice:

—Usted está loco, usted es un irresponsable. ¿No le da pena hacer lo que hace?

—¡Vete pa'l carajo! ¿Quién eres tú, negro de mierda, para darme lecciones?

Saca la pistola. Giraldo se abre la camisa y le muestra el pecho...

—Lo requiero por una inmoralidad y usted responde así... A mí no me asusta. ¡Tire aquí si tiene valor! ¡Tire aquí!

Por suerte, otro teniente, menos sinvergüenza o más inteligente o con menos tragos, se lleva al beodo y la sangre no llega al río frente a aquella barrita de Menocal y calle Real, en Marianao.

Tuvo que dejar los estudios en quinto grado: la mala situación le tenía echado un lazo al cuello del hogar. El pugilista trabajaba en la refinería Fonteche; luego, pasó a la ruta 20. En esta ruta dio muestras otra vez de su valor: un policía había amenazado a un chofer viejecito. Giraldo se enteró y, un buen día, fue a buscar al abu-

sador. Le sonó un piñazo que sonó en todo Marianao: cien se le podía contar al individuo, fue el mejor nocaut que propinó Córdova Cardín. El azulejo no se atrevió a tomar represalia alguna.

Sobre el ring, welter aficionado sin conocer el revés. Siguió los pasos del padre, quien fue semiprofesional. El 26 de julio de 1953 iba a pelear en la Arena Trejo. Los amigos le habían comprado una bata y unas zapatillas. Desconocían que Giraldo era más que peleador del ámbito de las rectas y los ganchos. Sus admiradores se quedaron esperando por él, que integrante de la célula de Fernando Chenard, tenía otro combate más importante.

Giraldo Córdova, candidato al título por sus rápidas manos, por su punch que podía dejar una leyenda de huesos rotos, por el ansioso baile de sus piernas, por el destacado juego de sus hombros, solo tuvo una derrota en el récord —por no presentación— por lo demás, su brazo siempre le tiró un jab final al techo. En su última pelea, la agitación se quedó esperando y chifló y pateó con ganas por aquella falta de respeto. Mientras, Giraldo lanzaba uppercuts a la muerte en un cuerpo a cuerpo en el cuartel Moncada.

MANUEL Y VIRGINIO GÓMEZ REYES

Hermanados por la sangre e ideales revolucionarios

Norma Ferrer Cepero



Alto, de abundante pelo negro, ligeramente ondulado, y de ojos igualmente negros, Manuel tenía un temperamento muy alegre, jovial, inclinado a las buenas bromas. De menor estatura, de pelo negro pero lacio y de ojos verdes, Virgilio también era afable; aunque de personalidad más sobria. La decisiva identificación de ambos quedó ejemplarmente corroborada cuando entregaron sus vidas a la patria, como parte del grupo de combatientes que el 26 de julio de 1953 asaltó al cuartel Moncada.

Hijos de Manuel Gómez González y Brigida Reyes de Armas, Manuel y Virgilio nacieron en el pueblo

habanero de San José de Las Lajas el 11 de agosto de 1911 y el 19 de mayo de 1913, respectivamente. Se formaron en un hogar humilde donde la manutención de la numerosa prole —llegaron a ser diez hermanos— dependió exclusivamente del esfuerzo del padre, obrero agrícola, hasta que los pequeños varones, niños aún, pudieron iniciarse en el trabajo y hacer su aporte a los ingresos familiares. Ello sucedió muy temprano para Manuel y Virginio; segundo y tercero entre todos los hermanos, y los dos primeros varones, debieron abandonar la escuela en la cual aún no habían rebasado el cuarto grado o el quinto, contaban respectivamente, nueve y siete años, e incorporarse a diversas tareas de la finca El Guayabal de San José de Las Lajas para la que se había mudado la familia. Siempre laboriosos, ayudaban desde entonces al sostén del hogar, no obstante el mísero salario que percibían.

En 1939, Virginio comenzó a trabajar en el Colegio de Belén como mozo de limpieza, atendía los comedores y realizaba otras tareas similares. Allí conoció a Fidel quien entonces era estudiante. Entre 1940 y 1941, Virginio consiguió empleo para Manuel en el colegio, así los vínculos con Fidel se extendieron a ambos hermanos.

Era la década del 40; surge el líder Eduardo Chibás, con el Partido Ortodoxo, desmembramiento del Auténtico que había derraudado a una gran parte de sus afiliados. Los hermanos Gómez, como Fidel, se incorporan a él. Fidel, Raúl y otros jóvenes revolucionarios visitan con frecuencia los humildes hogares de Manuel y Virginio; los encuentros se producen con frecuencia.

El pueblo es sorprendido con el artero golpe militar del 10 de marzo de 1952, ambos estuvieron entre quienes repudiaron resueltamente este hecho y se incorporaron desde el primer momento al movimiento que encabezado por Fidel, llevaría a cabo la gesta del 26 de julio.

Integraron el grupo de La Ceiba que era dirigido por Fernando Chenard Piña, participando en los entrenamientos que se realizaban.

En la etapa de preparación Manuel y Virginio corroboraron su aleccionadora firmeza, el primero para poder mantenerse en los entrenamientos, tuvo que sobreponerse a las deficiencias de su salud.

El 24 de julio de 1953, vestidos con sus mejores ropas, se despiden de sus familiares; Gildo Fleitas al ir a buscarlos en el automóvil que conducía los encontró firmes y decididos, partieron ese día para Santiago de Cuba donde participarían heroicamente en la extraordinaria hazaña del 26 de julio.

Algunos meses después desde la prisión de la entonces Isla de Pinos, Fidel les pudo confirmar a los familiares, que Manuel y Virginio habían caído en el ataque al cuartel Moncada.

Dieron pruebas de estar unidos por una hermandad aún superior a la de la sangre heredada. Los unió hasta los últimos momentos la coincidencia en su ejemplar lealtad a las convicciones revolucionarias.

MIGUEL ÁNGEL ORAMAS ALFONSO

Mira, vieja, este es el doctor...

Florentino González Domínguez



Pronto dejaría de corretear por aquellas calles. Su padre, Tomás Oramas Quintero, obrero cervecero de La Polar, en Puentes Grandes, por motivos de cercanía se mudaba con la familia para este barrio habanero, enclavado en el entonces municipio de Marianao.

Miguel Ángel Oramas Alfonso —de apenas cuatro años de edad— había nacido en Centro Habana el 16 de junio de 1932. Así, el niño se ve a mediados de la década del treinta viviendo en Puentes Grandes, sector principal del barrio de La Ceiba. Su hogar, además del padre, lo constituían su madre Margot Alfonso Hernández y Eduardo, su único

hermano. Será este lugar donde transcurrirá la vida de Miguel Ángel, donde residían a su llegada, Pedro Marrero Aizpurúa, Giraldo Córdova Cardín y los hermanos Manuel y Virgilio Gómez Reyes, a cuya barriada ira a vivir más tarde, quien habría de llegar a ser amigo entrañable de Oramas, Fernando Chenard Piña.

En Puentes Grandes cursará sus estudios de primaria, en una escuela «paga», por la que pasarían también en distintos momentos, Pedro Marrero y Giraldo Córdova Cardín.

Tras prepararse adecuadamente, ingresa en 1946, en el Instituto de Segunda Enseñanza de Marianao, donde solo cursó hasta el segundo año. Atraído por la fotografía, comienza su aprendizaje de este arte-profesión, junto a Chenard Piña, en el pequeño estudio Chen-Per, que era propiedad de su amigo. Con posterioridad, se hace taquimecanógrafo y trabaja en una empresa llamada suministro Cablán, radicada en la Habana Vieja.

Era Miguel Ángel un joven delgado, de mediana estatura, de pelo negro ondulado. Usaba espejuelos para leer. Su carácter serio y su forma mesurada de comportarse, le daban una apariencia de más edad. Leía hasta altas horas de la noche; especialmente se interesaba por cuestiones sociales y conocer importantes figuras de la historia. En una de sus hojas de apuntes aparece esta afirmación de Engels: «La esclavitud a que el burgués somete al proletariado se presenta en la fábrica bajo su verdadero aspecto.»¹

¹ En *Granma*, 6 de julio de 1973.

Pero la inquietud mayor era conocer la obra martiana, que expresaba con frecuencia, haciendo de su enseñanza una compañía permanente. Ve en sus escritos insoslayables lecciones de civismo y patriotismo.

Milita en la Juventud Ortodoxa, y el frecuente trato con compañeros como Chenard, fomenta en él convicciones muy firmes. Cuando se produce el artero golpe militar del 10 de marzo de 1952, Oramas trabó contacto con elementos revolucionarios de La Ceiba, en unión de los cuales trató de paralizar los centros fabriles de ese barrio y los de Puentes Grandes.

Miguel Ángel no ocultaba sus criterios con respecto al nefasto gobierno instalado por Fulgencio Batista, lo condenó y a él se enfrentó serenamente, mientras llegaba el momento de luchar con las armas para acabar con la corrupción que este generaba; no se dejó intimidar por los hombres uniformados. Su hermano Eduardo cuenta que una vez, paseando por Pinar del Río, miró a un guardia que iba en un ómnibus, el guardia se bajó y fue a guapearle a Miguel, quien le dio una bofetada. La situación originada por este incidente trajo como consecuencia que Miguel fuera conducido al cuartel, donde se vio frente al asesino Laurent. La suerte acompañó en esta oportunidad al joven revolucionario, que se había enfrentado a un soldado que medía seis pies de estatura. Apreciando la desventaja tan evidente, al asesino Laurent solo se le ocurrió preguntarle al soldado que si no le daba pena que un muchacho le hubiera pegado.

Se incorpora a la célula que dirigía su amigo Chenard. A ella pertenecían Giraldo Córdova Cardín, los her-

manos Manuel y Virginio Gómez y otros. Participa en los entrenamientos y en los contactos que solían tener en el parque Martí y en otros lugares de La Ceiba.

Se acercaba la hora decisiva en la vida de Miguel. La Generación del Centenario se preparaba para conmemorar el natalicio del Apóstol. El tiempo es poco para cumplir con las orientaciones que reciben de parte de la jefatura del movimiento. Los jóvenes en apretadas filas marcharán con las antorchas, es parte de la preparación. Cumple ansioso cada indicación. Mientras, en el transcurso del mes de julio —el día 16— llega a los 21 años de edad. Julio será también el mes en que participará de la hazaña que lo convertirá en héroe de la patria.

Llega por fin el momento tan deseado, es amanecer del 26 de julio de 1953. Del hotel donde se encontraba hospedado en Santiago de Cuba, fue trasladado a la granjita Siboney.

Participa en el asalto al Moncada; con Pedro Miret Prieto y Gildo Fleitas López, se queda cubriendo la retirada de sus compañeros en los últimos momentos del ataque a la fortaleza.

Miguel Ángel había salido de su casa en La Ceiba el día 24 de julio; a su madre, Margot, le dijo: «Mima, no voy a venir por lo menos hasta el lunes. Voy a pescar con unos amigos y también vamos a las Regatas de Varadero.»² Estas serían las últimas palabras que Margot oiría del hijo que partía sin que sus familiares, ni sus amigos más íntimos, sospecharan su verdadero rumbo.

2 Ibid.

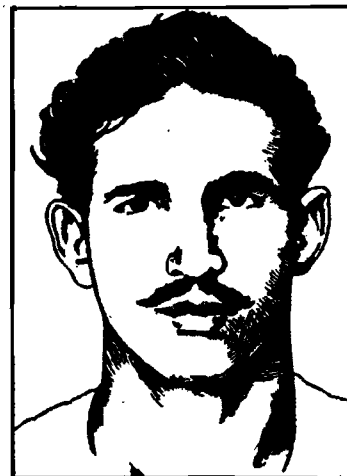
Oramas jamás dejó entrever su actividad revolucionaria, su vinculación al joven doctor que visitaba la barriada de La Ceiba. Solo en una oportunidad la cercanía de este le hace exclamar con alegría y admiración: «Mira, vieja, este es el doctor Fidel Castro.»³

³ Ibid.

HUGO CAMEJO VALDÉS

Fidel es el jefe... y yo estoy dispuesto a seguirlo

Alina Pérez Menéndez



Amanecía el 26 de julio del año 1953 - y los cuarteles Moncada en Santiago de Cuba y Carlos Manuel de Céspedes en Bayamo fueron estremecidos por el embate de un grupo de combatientes, en su mayoría jóvenes, que intentaban dar un golpe demoledor a la tiranía imperante. Tanto en uno como en otro, circunstancias imprevistas impidieron la toma de las fortalezas militares.

Los días que siguieron a la heroica hazaña fueron de una persecución encarnizada contra los sobrevivientes. Por cada soldado del ejército batistiano muerto, el tirano pedía la vida de diez revolucionarios para saciar su sed de venganza.

Entre los asaltantes que lograron escapar inicialmente con vida a la dantesca cacería, estaba el habanero Hugo Camejo Valdés, nacido el 7 de mayo de 1922 en Caimito del Guayabal, y que ya para 1953, era jefe de una célula del nuevo movimiento que se estaba gestando en el país, radicada en el barrio de Pocitos, en Marianao, lugar en que residía el joven revolucionario.

Hugo era un muchacho alto, delgado, sin gran corpulencia física, de temperamento juicioso y cordial, pero severo en sus principios. La situación económica de la familia, recrudescida con la muerte del padre, Santiago Camejo, en 1934, hacen madurar tempranamente al primogénito de los seis hijos del matrimonio Camejo-Valdés, y Hugo, con solo doce años, no tiene otra alternativa que ocupar el lugar paterno en la estructura familiar.

Su responsabilidad al frente de la casa lo hacen incorporarse desde muy joven al trabajo, fue vendedor de hortalizas y de otros productos; después, cuando su madre logra abrir una pequeña cafetería en el tejero Toledo, ubicado en la zona de Marianao, para la venta de desayuno y merienda a los trabajadores del lugar, mejora la situación económica de la familia y Hugo comparte las labores de la cafetería con la faena de carretillero suplente en el propio tejero, trabajo duro y mal remunerado en aquella época.

Muy joven contrae matrimonio con Sara Hidalgo Pedreguera, madre de sus tres hijos: Marta Olga, María Magdalena y Miguel Ángel. Hugo trabaja largas jorna-

das en el tejero, llegando incluso a laborar once horas en un día.

En esta situación lo sorprende el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952; a partir de este momento comienza a conspirar contra el régimen de Batista; ingresa en las filas de la Juventud Ortodoxa y participa en reuniones, mítines y actos de protesta, junto a jóvenes que piensan y sienten como él.

La casa de Mercedes Valdés Pérez de Oro, madre de Hugo, se convierte en centro de reunión de los revolucionarios, muchos de ellos miembros de la organización juvenil. Allí visitan con frecuencia Fidel, Juan Manuel Márquez, Abel, Raúl, Montané y Melba, entre otros.

Un día, al llegar a su hogar de una de las reuniones a las que asiduamente asistía, le comenta a la madre: «Fidel es el jefe, él sabe cómo derribar a Batista y yo estoy dispuesto a seguirlo a donde sea.»¹

La situación nacional se torna tensa y compleja; el gobernante usurpador flagela indiscriminadamente al pueblo, sumido cada día más en el subdesarrollo, el analfabetismo, la insalubridad y la dependencia al imperialismo norteamericano.

Mercedes conoce las actividades de su hijo, sabe que Hugo conspira. En diversas ocasiones es detenido, su compromiso con la causa revolucionaria es cada vez mayor. Precisamente en su casa de San Celestino No. 152 en Marianao, se entonó por primera vez la Marcha de la Libertad, por petición de Fidel al compañero Agustín

¹ En *Granma*, 10 de julio de 1973.

Díaz Cartaya, autor del himno y compañero de célula de Hugo.

En la noche del 24 de julio habla con su madre y su esposa, les dice que se va de viaje a Oriente para realizar unas prácticas de tiro en la finca del padre de Fidel y que después participaría en los carnavales de Santiago.

En la madrugada del 25 se dirige hacia Bayamo, al frente del comando integrado por Rafael Freyre, Pedro Véliz, Andrés García y José Testa Zaragoza; al llegar se hospedan en el Gran Casino. En la alborada del día 26 se inicia el ataque al cuartel Céspedes, pero la realidad no se corresponde con los objetivos propuestos y se suceden acontecimientos imprevisibles.

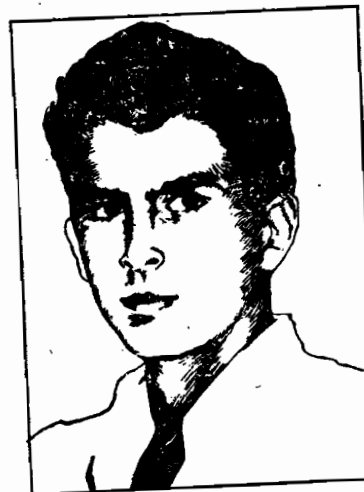
Cuando todo parecía indicar que Hugo, Pedro y Andrés habían logrado burlar la vigilancia y se dirigían hacia Campechuela a ocultarse en casa de unos familiares, son detenidos en el ómnibus en que viajaban al llegar a Manzanillo. Golpeados salvajemente, fueron ahorcados y lanzados en el kilómetro 37 de la carretera Manzanillo-Bayamo. Hugo y Pedro murieron casi instantáneamente; Andrés logró salvar la vida.

Con solo 31 años, Hugo Camejo Valdés entró en la historia de nuestro pueblo para ocupar, con honor, el lugar que supo ganar en el sitio de los héroes de la patria.

PABLO AGÜERO GUEDES

El más joven

Rita Olga Martínez



Una enardecida masa estudiantil rodeaba el busto embadurnado de chapapote de Julio Antonio Mella. Era el amanecer del 5 de enero de 1953, la tiranía batistiana, en evidente acción profana, había descargado así todo el odio que sentía por aquel mártir comunista y lo que significaba aún su ejemplo.

La rebeldía estudiantil ante la cobarde acción estalló de inmediato. Consignas de ¡Abajo Batista! y quema de muñecones que lo representaban iban llenando las calles alrededor de la Universidad de La Habana. Y la policía no solo golpeó a los jóvenes, sino que disparó también contra ellos. Como consecuencia resultó muerto

el estudiante Rubén Batista Rubio, convirtiéndose en el primer mártir estudiantil durante la tiranía golpista. Su sepelio constituyó una verdadera manifestación popular de alrededor de treinta mil personas, entre ellas marchaba quien sería más tarde el mártir más joven de la heroica acción del 26 de julio de 1953: Pablo Agüero Guedes, a quien la muerte del joven Rubén Batista había estremecido profundamente.

Nacido en Caibarién, Las Villas, el 9 de agosto de 1935, en un humildísimo hogar, rodeado de la más extrema pobreza, Pablo, cariñosamente llamado «Macho» por sus familiares y amigos más íntimos, fue el más pequeño de los nueve hijos de Justa Guedes Esquivel, quien prácticamente sola tuvo que enfrentar la manutención y educación de sus hijos.

En busca de mejores oportunidades, Justa Guedes y su familia se trasladarían a La Habana y Pablito pudo, a pesar de padecer de osteomielitis —enfermedad que le provocara cierta cojera en una de sus piernas— realizar sus estudios primarios, haciéndolo con tanta disciplina y abnegación que logró ganar una beca en el colegio público América Arias en la barriada de la Vibora.

«—Director, usted me ha mandado a buscar, qué pasa con mi hijo Pablo.

—Señora, su hijo nos tiene revuelta la escuela, se pasa hablando de política y sus amiguitos lo rodean y escuchan con atención, consideramos que debe usted aconsejarlo.»¹

¹ Entrevista a Justa Guedes Esquivel (inédita).

En verdad, el «revoltoso» Pablo, era un muchacho muy respetuoso, inteligente, más bien callado, pero muy valiente desde pequeño, al cual le gustaba coger el periódico *Hoy* que su padrastro Antonio San Román de la Llana, militante del Partido Socialista Popular, solía tener en casa.

Así pues, Pablo, de niño conocía de los derechos de los explotados y de la injusticia, además de lo que las lecturas martianas le proporcionaban.

Como en el colegio le era ya imposible manifestar abiertamente todos sus sentimientos, decidió, con doce años de edad, al terminar el sexto grado en 1947, abandonar el colegio y comenzar a trabajar, de esta forma también podía ayudar a su familia.

Primero vendería tabacos, cigarros, dulces en un quiosco de la tenería de La Lisa donde desde hacía ya algunos años vivía su familia. Luego se haría un buen ayudante de albañil.

Pablo, algo reservado en sus asuntos personales, gustaba mucho del deporte y aunque no lo practicaba, iba al boxeo y mucho a la pelota, en el estadio del Cerro, acompañado de sus incondicionales amigos y compañeros de trabajo y lucha de su barrio: Lázaro Hernández Arroyo y Rolando San Román, con los cuales además, tenía vínculos familiares.

De los tres, Macho era el más joven y también el más genioso, muy guapo.

—¿Quién tocó a la puerta, mamá?

—Un policía, Macho.

—¿Y qué quería, mamá?

-Saber de un hombre de por aquí.

-¿Y qué le contestaste tú?

-Que yo no sabía nada.

-Mira mamá, yo sé cómo contestarle a esos tipos, no les tengo ningún miedo, y lo que uno tiene que hacer es salirle al paso, y un día ellos me matan a mí, o te lo juro que me los como vivo.²

Pablo, Lázaro Arroyo y Rolando San Román, integraron de inmediato la célula de Coco Solo que dirigiera Hugo Camejo.

Ellos sabían que algo urgente había que hacer para derrocar el marzato; pero algo nuevo, diferente de lo que hasta ahora hacían los distintos grupos políticos, porque la patria necesitaba la acción más resuelta de sus mejores hijos. Para tener una Cuba diferente, donde la justicia imperara, era necesario una nueva forma de lucha y no vacilaron en integrar el movimiento que dirigiera Fidel Castro.

Un día, cuando regresaban de una de las prácticas realizadas en la finca Santa Elena, de Los Palos, el automóvil en que viajaba con otros compañeros sufrió un accidente y estuvo detenido unas horas. Todos sus compañeros dieron nombres falsos, pero él dio su verdadero nombre. Cuando lo citaron a juicio no pudo asistir, porque ya el más joven de los asaltantes de la acción del 26 de julio, había ofrendado su vida a la causa de la Revolución.

² Ibid.

Aún desconocemos cómo fue detenido Agüero y dónde lo asesinaron. Su cadáver fue abandonado en la finca Ceja de Limones junto al de tres de sus compañeros: Lázaro Hernández, Rafael Freyre y Luciano González Camejo. Todos presentaron heridas de bala en la parte inferior del cuello, lo cual hace suponer que fueron ultrajados y mutilados juntos. Hoy viven más que nunca.

RAFAEL FREYRE TORRES

Un oriental en La Habana

Haydée Labori Ripoll



Un automóvil Ford circulaba por la Carretera Central. En su interior un grupo de jóvenes sentían el lógico agotamiento del largo viaje. Pese al cansancio, sin embargo, sienten con fuerza la causa poderosa que los anima. Perciben que se aproxima el momento decisivo. Quedaban atrás caseríos y pueblos recorridos a través de muchas horas de viaje. Ahora el automóvil transita por parajes orientales. Adentro, uno de los viajeros, Rafael, quizás piensa en su andar por Pocitos, Coco Solo y en los lugares frecuentados por él, allá lejos en la capital. A ella llegó siendo adolescente y a Oriente regresaba ya hombre para acabar con el «tiempo muerto».

Rafael Freyre Torres había nacido en el central Santa Lucía, del municipio oriental Gibara, el 25 de febrero de 1931. Creció al cuidado de sus tías paternas, que desde chico lo cuidaron con dedicación y amor. No obstante, todo el cariño recibido no pudo evitarle una niñez infeliz. Desde los primeros años de su vida transita por situaciones de extrema pobreza. La vida de su familia, allá en el central, dependía de tres o cuatro meses de posible trabajo. Luego llegaba el «tiempo muerto» con más hambre y miserias para los pobres.

Como una de las tantas familias residentes en el interior del país; la de Rafael también recorre el camino que conduce a la gran capital, que supuestamente puede ofrecer mayores ventajas para no morir de hambre. Esto ocurre en 1946, llega con su tía de crianza, ambos deseando alejarse de la pobreza que hasta entonces los acompañaban.

Se reúne la familia y ocupan parte de la casa de Mercedes Valdés, madre de Hugo Camejo Valdés que residían en la barriada de Coco Solo, en la calle San Celestino No. 152.

Asiste al colegio San Eloy, donde concluye el sexto grado. En su familia se hablaba de los mambises del siglo pasado; un tío veterano de la guerra de 1895 le contaba anécdotas patrióticas; un primo cercano era militante de la Juventud Socialista.

Era Rafael un joven de buen aspecto, alto y de compleción fuerte. Gustaba de hacer deporte, más que de otros se interesaba por la pelota.

Dedicaba tiempo a la lectura, lee a Martí, artículos relacionados con la vida de Maceo y Agramonte, y otras publicaciones como: Las fuerzas morales, de José Ingenieros.

La formación revolucionaria que desde su niñez recibe Rafael, encuentra un medio favorable en el hogar de Mercedes Valdés. Su hijo Hugo se convierte en el amigo entrañable de Rafael. Además, estrechará verdaderas relaciones de amistad con Andrés García y Agustín Díaz Cartaya. Los cuatro, junto al resto del grupo de Coco Solo, estarían presentes en Bayamo el 26 de julio de 1953.

Rafael, para poder vivir trabajó un tiempo en el quiosco de Mercedes Valdés en el Tejar, Toledo y como albañil en la empresa constructora Albarrán.

Milita en el Partido Ortodoxo que dirigía Eduardo Chibás. Como miembro de este partido participó activamente contra los males denunciados por el combativo dirigente de la ortodoxia. Las esperanzas de barrer con la corrupción administrativa y política imperante quedan frustradas con el golpe militar del 10 de marzo de 1952.

De la militancia ortodoxa pasará a integrar las filas del movimiento revolucionario que se iniciaba. Se incorpora a la célula de Coco Solo que dirigía su amigo Hugo Camejo. Participa con el grupo en los entrenamientos y actividades que orienta el movimiento. En una ocasión, al regresar de una práctica de tiro, el grupo tiene un accidente en la carretera. Hugo resultó herido en la cabeza; interviene la policía, el asunto llega a juicio, que nunca se pudo realizar por los sucesos del Moncada.

A Bayamo irá en uno de los dos automóviles que partieron de la casa de Hugo Camejo.

El fracaso militar de la acción contra el cuartel, obliga a la retirada de los combatientes. Rafael logra, junto con otros compañeros, llegar a las afueras de Bayamo y deciden esperar una situación favorable pues desconocían los resultados de la acción de Santiago.

Esperan varias horas, hasta que ven acercarse unos camiones transportando soldados, al parecer, venían de Palmas o Santiago. Rafael impaciente pide permiso para comprobar quiénes eran, si amigos o enemigos. Así, se adelanta unos cuantos metros. Sus compañeros solo oyeron la descarga de los fusiles, suficiente para matar, pero les quedó la interrogante si realmente él fue muerto en ese momento.

Su cadáver apareció en la finca Ceja de Limones, junto a los de Lázaro Hernández, Pablo Agüero y Luciano González.

LUCIANO GONZÁLEZ CAMEJO

Batista es el hambre

Roberto Castillo



El ataque a Bayamo tenía como propósito apoderarse del centro de comunicaciones, así como del aeropuerto, e impedir el paso del regimiento de Holguín y de las fuerzas de Manzanillo.

Dentro del grupo de asaltantes que debían cumplir con la misión se encontraba Luciano González Camejo, obrero azucarero del central Merceditas (actual Augusto César Sandino) en Cabañas, en lo que es hoy el municipio de Mariel.

Las dificultades económicas y sociales a que se enfrentó Luciano en su vida de adolescente, contribuyeron a que abrazara desde temprano la doctrina marxista-leninista, pues a la edad de

dieciséis años, se incorporó a la Liga Juvenil Comunista, como elemento activo de la organización, participando en diferentes acciones contra la dictadura del «asno con garras», Gerardo Machado.

En los combates contra esta dictadura mantuvo relaciones con figuras importantes del Partido Comunista como García Agüero, Ramón Nicolau y Evelio Aneiros.

Luciano no tuvo una cultura académica, pues había tenido que abandonar la escuela primaria ubicada en el batey del central, donde nació el 18 de diciembre de 1913. Sus padres: Lucilo González Cabrera y Edelmira Camejo Pérez eran de procedencia humilde y no pudieron garantizar la continuidad del estudio de Luciano, que solo alcanza el cuarto grado y a partir de ese momento se puso a ayudar al sustento de la familia, junto con sus ocho hermanos, es por ello que trabajó en todo lo que se presentaba: vendedor de zapatos, eventual en el central, encargado de un billar y puntista.

Buscando mejorar las condiciones de vida, la familia se mudó para Marianao, donde consolidó sus relaciones con su primo Hugo Camejo, posteriormente se trasladaron al Cerro. Allí conoció a Balbina con la cual contrajo matrimonio en diciembre de 1939; de esa unión tuvo dos niñas. El matrimonio trabajó con dedicación para educar a sus hijas, ella como trabajadora de la fábrica La Ambrosía -hoy Abreu Fontán- en la cual él fue en ocasiones empleado. En ese contexto desarrollaron trabajo político en el barrio del Pilar orientado por el Partido Socialista Popular.

El golpe militar del 10 de marzo le causó gran consternación, pues conocía los métodos de gobierno aplicados por el batistato a partir de 1934 en que la soldadesca mató, atropelló, dio golpes y obligó a sus adversarios a ingerir grandes dosis de aceite ricino. Además, sabía que Batista, como siempre, se pondría al servicio del imperialismo y de la oligarquía explotadora para saquear, esquilmando al pueblo. Con esa convicción comenzó a incrementar cada vez más sus actividades revolucionarias y su protesta contra el régimen dictatorial.

Es por eso que en el primer aniversario de la dictadura, Luciano, con la ayuda de otros compañeros del central Merceditas, colocó en la torre más alta una enorme tela pintada de rojo que decía: MUCHACHO DILE A TUS PADRES QUE BATISTA ES EL HAMBRE; el escándalo fue tal que Camejo tuvo que desaparecer por un buen período alejado del central, pero no solo eso, sino que después en todos los lugares de la localidad en que lucían esta consigna, él le agregaba al final de la palabra hombre la letra *a* de hambre.

Luciano era ideológicamente profundo, sus vínculos tempranos con las ideas marxistas-leninistas lo habían llevado a admirar a la Gran Revolución Socialista de Octubre, en su casa tenía dibujada las siglas de la Unión Soviética (URSS), además estudiaba y leía sistemáticamente la literatura leninista que le enviaba el Partido, sufrió prisión en diferentes ocasiones, entre otras cuestiones por enfrentar a las autoridades y en otras por haber sido acusado de conspirador.

Sus relaciones cotidianas con su primo Hugo Camejo, asaltante del cuartel de Bayamo, le hicieron incorporarse al grupo, aunque él no realizó ejercicios de comando, ni perteneció a la célula del movimiento. Se alojó con los compañeros asaltantes en el Gran Casino y esperó la hora de la partida junto con ellos.

No se ha podido conocer cuándo y dónde fue apresado, pero los asesinos sedientos de sangre de la dictadura lo mataron junto con otros tres compañeros que aparecieron en la finca Ceja de Limones el lunes 27 de julio de 1953.

Contaba al morir 40 años, fue uno de los mártires de más edad que entregó su vida por la liberación de la patria.

ANGELO DE LA GUARDA GUERRA

Yo voy a luchar por un ideal

Ada Molina



Angelo de la Guarda Guerra Díaz fue un joven valiente que participó junto a otros revolucionarios en los combates desarrollados en la madrugada del 26 de julio de 1953.

Angel, como cariñosamente lo llamaban sus familiares y amigos, nació en el poblado de Bauta el 31 de marzo de 1931, fue el quinto hijo del matrimonio formado por Juan Guerra y Efigenia Díaz, el padre era natural de San Juan y Martínez, y se dedicaba a la siembra de árboles y flores; la madre había nacido en Vereda Nueva y para ayudar al sostén familiar tuvo que trabajar como lavandera y criada. Sus hermanos mayores se

llamaron Aida, Pedro, Cirilo Zenón y Genoveva, *Beba*, después de Angelo, al matrimonio le nació otro hijo al que le pusieron el nombre de Desiderio, *Yeyo*.

Transcurrían los años más duros de la tiranía machadista y esta familia se ve obligada a mudarse en reiteradas ocasiones así como en condiciones muy difíciles, a causa de la persecución a que era sometido el padre por haber participado en un alzamiento contra el dictador, llegaron a Punta Brava cuando Ángel tenía solo un año cumplido, después se trasladaron para Marianao, donde vivieron en varios lugares hasta que llegaron al No. 8 de la calle Sandoval y se establecieron definitivamente.

Allí transcurrió su niñez entre juegos, cuando arribó a la edad requerida comenzó a estudiar en la Escuela No. 4 de Pocitos, situada en las calles Real y San Andrés, donde solo pudo llegar hasta el quinto grado, porque la precaria situación económica hacía necesario que comenzara a ayudar al sustento de su hogar, no obstante continuó superándose autodidácticamente a través de la lectura de libros, revistas y especialmente de las obras de José Martí a quien admiraba mucho, a tal punto que con sus escasos ahorros logró reunir una pequeña biblioteca con algunas publicaciones del Héroe Nacional.

La República pasaba por una etapa muy difícil, bajo la mirada y determinación del imperialismo yanqui, incrementada por las luchas entre los partidos políticos, el enriquecimiento y los privilegios de una minoría de la población, lo que convirtió a Cuba en un país de pobres, de mendigos, de desposeídos de las más elementales

condiciones de vida, donde señoreaba la corrupción administrativa, el gangsterismo pagado para sabotear la unión del movimiento obrero y crear su división, de carencia a todo respaldo público, de irrespeto absoluto hacia nuestras tradiciones.

Este es el entorno político-social y económico en el que Angel Guerra tuvo que desarrollar su vida laboral, primeramente ayudaba a Mercedes Valdés, madre del combatiente Hugo Camejo Valdés, en el merendero que esta poseía en el tejtar Toledo, más tarde vendió billetes y periódicos, después consiguió trabajo de forma eventual, como chapistero de ómnibus, en la ruta 32 y también en el garaje Cuatro Curvas de Montalvo, en Marianao.

El pueblo cubano estaba descontento ante tanta corrupción y latrocinio, en la oposición figuraba el Partido Ortodoxo, que desplegaba como bandera la consigna «Vergüenza contra dinero» y a su ala más radical, la Juventud Ortodoxa, se integró Angelo como una manera de buscar solución al estado de cosas que vivía la patria, en esta organización compartió reuniones y otras actividades con Juan Manuel Márquez, Hugo Camejo, Pedro Véliz y otros.

El 10 de marzo de 1952 se produjo el golpe de Estado encabezado por Batista y auspiciado por el imperio yanqui para reforzar al neocolonialismo y prevenir el triunfo electoral de la ortodoxia que se pronosticaba inminente. La indignación nacional fue general, entre ellos Angel, que manifestó su repulsa hacia el dictador y desde los primeros momentos estrechó sus lazos con la Ju-

ventud Ortodoxa y especialmente con el grupo que lideraba el joven abogado Fidel Castro Ruz.

Cuando se conmemoró el centenario del natalicio de José Martí, el 28 de enero de 1953, partió de la escalinata universitaria una imponente manifestación de obreros, estudiantes y pueblo en general, entre esa muchedumbre se encontraba Angelo Guerra, quien junto a los jóvenes que marchaban en formación con Fidel al frente, llamaron poderosamente la atención y demostraron así que ya habían encontrado un jefe e iban en busca de nuevos derroteros de lucha.

Desde el principio, Ángel se incorporó a la célula revolucionaria que se organizó en el barrio de Coco Solo, dirigida por Camejo, sus integrantes acostumbraban reunirse en la llamada lomita de San Eloy situada en la calle Samá en el barrio de Pocitos, de esta forma simulaban que estaban tomando el fresco y lo que hacían era intercambiar impresiones y adoptar acuerdos en relación con los planes del Movimiento. En algunas ocasiones el propio Fidel asistió a esas reuniones, en las que impartía sus orientaciones a los componentes del grupo, fundamentalmente hacía énfasis en la necesidad de que todos se prepararan militarmente para poder desarrollar la lucha armada, con el objetivo de alcanzar la plena independencia y la solución a todos los problemas que padecía el pueblo cubano.

Angelo realizó la mayoría de sus entrenamientos en la finca Santa Elena cercana al pueblo de Los Palos en Nueva Paz, otros los llevó a cabo en Catalina de Güines y algunos en las lomas de Jamaica muy cerca de Tapaste.

Simultáneamente en la casa de Hugo Camejo, ubicada en la calle San Celestino No. 152, se ensayó por primera vez la Marcha de la Libertad, la que más tarde se convirtió en el Himno del 26 de Julio, alrededor de estos hechos el autor de la Marcha e integrante de la Juventud del Centenario, Agustín Díaz Cartaya, expresó lo siguiente: «La primera vez que se cantó la Marcha fue en casa de Mercedes Valdés, madre de Hugo Camejo, jefe de la célula de Marianao... En la casa de San Celestino y Campa retumbaron por primera vez las notas de la Marcha, cantada por los integrantes de la célula».¹

Uno de los cantantes más entusiastas de aquel incipiente coro de jóvenes humildes y valerosos, que más tarde lo dieron todo en aras de los ideales del movimiento que se gestaba, lo fue Ángel, el que además sembró flores en el patio de su casa ayudado por José Testa Zaragoza para venderlas y así poder aportar algunos centavos a la causa revolucionaria; su casa era visitada por varios compañeros de lucha, por eso buscando tener mayor privacidad alquiló el cuarto del terreno al lado para celebrar reuniones, esconder libros y hasta guardó allí la letra de la Marcha de la Libertad.

Durante los preparativos del asalto viajó varias veces a Oriente con otros compañeros, le decía a su familia que era para llevar herramientas desde La Habana a una carpintería, en uno de esos viajes sufrió un accidente en Santa Clara y logró despistar a la policía al dar nombres falsos en el acta que levantaron.

¹ En revista *Mella*, 20 de julio de 1964, p. 10.

Su hermana Beba recuerda los últimos momentos que vivió junto a Angelo: «Él se va la tarde del 24 de julio, yo lo noté nervioso, como si me quisiera decir algo, era muy joven y yo también, en mi inocencia no me podía ni imaginar en qué andaba realmente.»²

Y más adelante agrega: «Ese día me pidió unos yugos para la camisa, pero yo no tenía y le cosí unos botones; jugó con mi hija que tenía un año y medio de nacida y al poco rato se vistió de blanco y se fue. Sería la última vez que lo vería.»³

Él sabía que la posibilidad de regresar no era segura, por eso le dejó a su hermana un papel cuidadosamente doblado y escondido en uno de los muebles del cuarto, en el que le decía: «Beba, si no regreso, las pertenencias mías se las das a Yeyo, yo voy a luchar por un ideal.»⁴

Parte Ángel Guerra Díaz desde el barrio de Coco Solo en la madrugada del día 25 de julio, iba en el grupo formado por Hugo Camejo Valdés, José Testa Zaragoza, Lázaro Hernández Arroyo, Rolando San Román de la Llana, Pablo Agüero Guedes, Luciano González Camejo, Pedro Véliz Hernández, Rafael Freyre Torres, Andrés García Díaz, Enrique Cámara Pérez y Agustín Díaz Cartaya; excepto los tres últimos, los demás perdieron sus vidas en la acción revolucionaria.

² En *El Habanero*, 23 de julio de 1987, p. 4.

³ *Ibid.*

⁴ *Ibid.*

El viaje a Bayamo lo realizaron en varios automóviles, al salir de La Habana solo los choferes conocían el lugar de destino, los otros combatientes pensaban que iban a hacer prácticas de tiro, pero en la medida que se alejaban de la capital comienzan a imaginarse que se acercaba la hora, tan esperada, de la lucha armada, lo que puso muy contento a Angelo y sus compañeros.

Ya en Bayamo se ubicaron en una casa de huéspedes denominada Gran Casino, que Renato Guitart había alquilado y que estaba situada en la entrada de la población a dos cuadras del cuartel Carlos Manuel de Céspedes. Su presencia en este lugar se puede constatar a través de lo que planteó uno de los sobrevivientes del asalto, el compañero Adalberto Ruanes:

... En Bayamo tuvimos que detenernos y ponernos a dar vueltas por el pueblo para dar tiempo y llegar al lugar, a la casa donde teníamos que ir. Como a eso de las siete de la noche fue que nos llamaron para que entráramos a la casa... Era una casa que tenía varios cuartos, cocina, baño, patio, era bastante grande la casa. Al entrar a la casa, vi a varios muchachos que yo los conocía ya de hacía tiempo de Marianao. Entre ellos acá (se refiere a Cartaya), a Angelo, Níco, que era uno de los que conocía mejor, además habíamos jugado pelota juntos.⁵

⁵ Entrevista a cuatro sobrevivientes del ataque al cuartel Bayamo, efectuada el 23 de febrero de 1965, Museo de la Revolución.

En el plan estratégico insurreccional de la Generación del Centenario, comandada por Fidel, estaba contemplada la toma del cuartel Carlos Manuel de Céspedes en Bayamo. Con ello se quería impedir que las tropas de la tiranía, procedentes de Manzanillo y de Holguín, acudieran a reforzar a las de Santiago de Cuba.

Luego de la toma del cuartel de Bayamo y el dominio de la ciudad se volarían los puentes de la Carretera Central, con la dinamita obtenida en las minas de Charco Redondo por uno de los asaltantes llamado Pedro Aguilera, para de esa manera salvaguardar a las fuerzas revolucionarias de la capital oriental, con vistas a ganar el tiempo requerido para armar y organizar al pueblo y poder continuar la lucha, sin una rápida amenaza de ataque por parte de las tropas batistianas. Al igual que la acción del cuartel Moncada, el ataque al de Bayamo era solo conocido por algunos revolucionarios.

A eso de las diez de la noche Fidel visitó a los combatientes que se encontraban en la casa de huéspedes convertida en cuartel general, permaneció alrededor de media hora, tiempo que aprovechó para orientar cómo debían repartir las armas, quiénes serían los jefes de grupos en el asalto y dio las instrucciones generales. El asalto debía efectuarse sincronizadamente con el del Moncada, a las cinco y quince de la madrugada del 26 de julio.

Cerca de la hora señalada para la acción, Ángel se levantó y se dirigió a un cuartico que había en el fondo de la casa, allí le dieron un uniforme igual al que utilizaba el ejército batistiano, se lo puso inmediatamente, también le entregaron el arma que utilizaría en la acción.

Al poco rato salió junto a los demás revolucionarios a cumplir con la tarea asignada, pero no pudieron lograr el objetivo propuesto a causa de toda una serie de problemas que se presentaron a última hora.

Sobrevivientes de los hechos testimonian que él salió vivo del asalto y que se retiró, pero no volvieron a verlo más, aún se desconoce cómo se produjo su muerte. Este joven, que solo contaba con 22 años, supo ofrendar su valiosa vida por ver a su patria libre y soberana, como otros muchos revolucionarios que dieron su sangre antes y después que lo hiciera Angelo de la Guardia Guerra Díaz.

LÁZARO HERNÁNDEZ ARROYO

Un vueltabajero en La Habana

Rita Olga Martínez



Era la mañana del 10 de marzo de 1952, Lázaro y Pablo, al oír la noticia del golpe de Estado de Batista no fueron a trabajar, dirigiéndose urgentemente al hotel Comodoro, donde trabajaba como portero un hermano de Lázaro.

«—¿Qué hacen ustedes por acá, tan temprano, y por qué no fueron a trabajar?»

—Pedro, mi hermano, no te has enterado de que el... mono de Batista ha dado en la madrugada de hoy un golpe. ¿Sabes tú, qué podremos hacer?, porque algo hay que hacer, con los brazos cruzados de seguro, no nos quedaremos.¹

A partir de esto Lázaro buscó contactos, orientacio-

¹ Entrevista a Pedro Hernández (inédita).

nes, hasta que meses después logró incorporarse en trajes conspirativos junto a Pablo Agüero Guedes, Rolando San Román de la Llana y Hugo Camejo, en una célula que llegó a ser de las más grandes, catorce hombres, después de la de Lawton con veintitrés.

Lázaro Hernández Arroyo, nacido el 17 de diciembre de 1931, procedía de una familia campesina humilde, de Vuelta Abajo, tenía tres hermanos y dos hermanas. Él fue el más pequeño de los varones.

Como la mayoría de los jóvenes de su tiempo tuvo que empezar a trabajar desde muy temprana edad. Conoció de bueyes y arados, ordeñaba vacas y jugaba también mucho a la chinita.

Pudo hacer sus estudios primarios en la Escuela Pública No. 10 cercana a su casa, donde cursa hasta sexto grado. Decidió dejar los estudios y comenzar a trabajar como aprendiz de dulcero, en Careaga, Pinar del Río, ganando entre \$0,30 y \$0,60 según la ocasión. Así el trabajo de días y madrugadas hicieron de Lázaro un buen repostero.

Lázaro era también de carácter noble, valeroso y decidido. Esta conducta, tomada del ejemplo de su padre que fue campesino arrendatario, muy trabajador, y de su madre, que atendía enfermos en una clínica particular por las noches, y por el día trabajaba como conserje de escuela, acompañaron a Lázaro durante su efímera, pero fructífera vida, que entregó a la patria. Sus familiares recuerdan con satisfacción que Lázaro mantenía siempre en su memoria el haber personificado la figura de Antonio Maceo en un acto cívico en la escuela.

Estos rasgos personales influyen para que Lázaro decida con quince años convertirse, como tantos otros cubanos, en un «inmigrante económico» dentro de su propia patria. Buscando mejores horizontes de trabajo viene a La Habana.

Se inició en la capital trabajando como peón de albañil en La Lisa, logrando estrechas relaciones con Pablo Agüero Guedes y Rolando San Román. Con ellos compartió sus mejores y peores momentos. Con ellos fue a bailes, disfrutaba de los juegos de pelota, sobre todo era muy aficionado del equipo Almendares, trataba de no perderse un juego de pelota en el estadio del Cerro y cada vez que tenía oportunidad practicaba boxeo como entretenimiento.

Podemos decir que Lázaro, como tantos otros, fue un joven de su tiempo y como tal sintió y vio en los jóvenes ortodoxos, y más aún en el nuevo Movimiento que organizaba Fidel, la línea más objetiva a seguir para llegar a una República como la que Martí soñó.

En su casa fruncían el ceño o se reían, cuando él decía que iba a la playa y regresaba enfangado de pies a cabeza y entonces su cuñada Lidia le preguntaba a qué «playa» tan rara había ido, que en lugar de arena traía fango, y Lázaro reía.

El 23 de julio, Pablo Agüero viene muy agitado y le dice a Lázaro que había una gran práctica, posiblemente fuera de La Habana. Este le pide permiso al capataz, diciéndole que tenía algunos problemas que resolver en Pinar del Río ese fin de semana. A su hermano y cuñada dijo que iba a ver a sus padres en Pinar del Río.

Así marchó el 24 de julio, saliendo con sus otros compañeros de célula, desde la casa de Hugo Camejo, en el carro de Aguilera, uno de los responsables del grupo que atacaría el cuartel de Bayamo.

Al iniciarse el ataque y perderse el factor sorpresa, el valeroso grupo tuvo que dispersarse por distintas vías. Lázaro, Pablo Agüero, Luciano González y Rafael Freyre fueron detenidos y golpeados. Más tarde aparecieron sus cadáveres abandonados en la finca Ceja de Limones, a diez kilómetros de Bayamo.

ROLANDO SAN ROMÁN DE LA LLANA

Wikiriki

Rita Olga Martínez



En Tampa y Cayo Hueso contó José Martí con más de 150 clubes revolucionarios, esencialmente integrados por obreros, muchos de ellos tabaqueros.

Desde hacía mucho tiempo se producía flujo de cubanos en ir y venir constante hacia y desde la Florida. Muchos iban buscando trabajo, pero no todos eran tan afortunados, entre ellos estuvieron los padres de Rolando San Román de la Llana, que regresaron a la isla desde Cayo Hueso, en el barco *Cuba*.

Antonio San Román, su padre, tabaquero, decidió radicarse definitivamente en Marianao con su familia y sus cuatro hijos, luego ven-

drían siete más; Rolando, *Wikiriki*, sería el último, viendo la luz el 1º de junio de 1929.

Pocitos, barrio muy pobre, enclavado alrededor del llamado río Quibú y su loma de San Eloy, vieron crecer y desarrollarse a una generación nueva que no aceptaba seguir viviendo bajo la asfixia de un régimen falso, y dictatorial como lo constituyó el instaurado por Batista tras el golpe del 10 de marzo de 1952.

En casa de Rolando, aun en medio de la difícil situación existente, apenas sin trabajo, huérfanos de madre, fallecida un año después de nacer Wiki, se vivía desde ya hacía tiempo un ambiente de renovación, querían contribuir para sacar a Cuba de la crisis administrativa y política en que se hundía la República, es por ello que algunos miembros de su familia votaron en las elecciones de 1948 por el Partido Socialista Popular, entre ellos Rolando San Román de la Llana, *Wiki*, que en aquel entonces contaba con diecinueve años de edad.

Ora plomero, ora albañil, o vendedor de pescado o de ostiones en la ruta 28, es decir, sin empleo fijo, tratando de solventar las necesidades económicas de su familia, Rolando era un joven alegre, que desde niño le gustaba la pelota, empinar papalote, nadar en el río Quibú, pescar y también bailar boleros y danzones, y leer poesías a su novia Paulina Quintero Moreno. Sí, porque ella le ayudó a aprender a leer y escribir, primero leyendo muñequitos de *El País*, *El Mundo*, *Tarzán*, y así Wiki, aunque no pudo apenas ir a la escuela por las dificultades económicas de su familia, fue aprendiendo a leer junto a su novia. A estas lecturas sumaría con el

tiempo la de libros sobre la Revolución de Octubre, José Martí o los *Fundamentos del Socialismo en Cuba* de Blas Roca Calderio.

Las lecturas y debates se realizaban junto a Pedro Véliz, José Testa Zaragoza, Pablo Agüero, Lázaro Hernández y otros jóvenes, que en 1952, después del golpe, se integraron a la célula de Hugo Camejo en el barrico de Coco Solo, como parte de la red celular del clandestino Movimiento (luego 26 de Julio), dirigido por Fidel Castro.

Se reunía muchas veces en casa de Hugo Camejo, otras entre El Chorro y una mata de salvadera alrededor de un horno de carbón en la loma de San Eloy, o moviéndose hacia Santa Elena, Güines y otras partes; Wiki iba de un lado hacia otro.

En ocasiones preguntaba a sus familiares si el doctor había venido a buscarlo y entonces ellos le preguntaban quién era ese doctor y Wiki respondía que el doctor le estaba ayudando a encontrar trabajo.

El doctor era Fidel Castro Ruz, que previó con la dirección del Movimiento que el 26 de julio sería la fecha en que la Generación del Centenario iniciaría la acción heroica, que daría al traste con la tiranía.

Wiki se trasladaría en automóvil junto con los miembros de su célula el 24 de julio, desde la casa de Hugo Camejo, hacia Bayamo.

Con un traje y camisa que le confeccionara Crecencia Peraza, la costurera del barrio —muy querida por Wiki y a quien a veces asustaba colgando en la pared del portal un retrato del líder ortodoxo Eduardo Chibás—

y con su sombrero de paño gris oscuro, que resaltaba sus ojos pardos, guapo rostro, y su mediana estatura, marchó Rolando para cumplir el empeño con su pueblo que quería libre.

A su familia dijo que necesitaba ir a Casigua donde tenía unos parientes. Su novia sí conocía que se marchaba hacia otro lugar, no sabía donde, pero que tenía que ver con la causa social que él defendía.

Consciente estuvo de la envergadura de la acción, por ello fue uno de los valerosos mártires del ataque al cuartel Carlos Manuel de Céspedes en Bayamo.

Al fallar como en el Moncada el factor sorpresa, los asaltantes se replegaron. Se desconoce cómo Rolando puede llegar de Bayamo a Santiago y luego ser asesinado por las hienas de Chaviano.

Rolando, conocido cariñosamente entre amigos y familiares como Wikiriki, es uno de los mártires del Centenario, a quien este pueblo le rinde homenaje trabajando por una Cuba avanzada, revolucionaria, como la que él esperaba.

JOSE TESTA ZARAGOZA

Una recogida de cangrejos en Herradura

Haydée Labori Ripoll



Bayamo, 1953. ¡Cuánta es su historia! Su historia cercana a un siglo de heroísmo, suma una gloria más para sus hijos: el asalto al cuartel agiganta la grandeza de esta ciudad oriental.

No todo era heroísmo en la tierra amada de Carlos Manuel de Céspedes. Corría el mes de julio; por sus calles caminaba un oficial con su uniforme manchado de sangre. Tres días antes había dicho: «—¡Cobardes! ¡Esto se hace así!».

Sus subordinados se niegan a cumplir la orden de asesinar. De inmediato él mismo la ejecuta, en ese instante Pepe quedaba sin vida. El asesino, Juan Roselló, no se imaginaba en aquel mo-

¹ Comisión de Historia de Marianao, 1972.

mento que el problema que tanto odio y cólera le proporcionaba se iniciaba entonces.

Pepe, su víctima, pocos días antes al salir de su casa dijo a su madre que iba para Pinar del Río a cazar cangrejos; vestía pantalón azul y guayabera blanca. Su partida del barrio habanero en Cocò Solo fue con alegría, iba seguro de lo que quería. En una oportunidad había dicho: «Si en Cuba hay una revolución, yo voy a estar en ella.»²

Nada tenía que perder José Testa Zaragoza, cuando fue asesinado en Bayamo. Creció rodeado de pobreza, no tuvo oportunidad de vivir una niñez segura. Era el tercero de cuatro hijos de un matrimonio etxremadamente pobre residente en la barriada de Pocitos situada en la cercanía del río Quibú en Marianao. Con solo trece años de edad se inicia en el trabajo duro y desde entonces entra en la difícil batalla de buscar trabajo para subsistir. Primero como carretillero en el tejar Toledo. Luego como carpintero; finalmente probaría como vendedor de flores cultivadas en un terreno aledaño a su casa. Fue este el último oficio de Pepe, antes de partir para la acción armada en Bayamo.

Su espíritu rebelde se manifiesta contra las injusticias sociales, significándose en la defensa de sus compañeros víctimas de las arbitrariedades de los patronos. No soporta los abusos, vengan de donde vengan. En varias ocasiones se enfrenta a agentes de la policía, por lo que

² En *Granma*, 12 de julio de 1973.

fue detenido y procesado judicialmente. Una anécdota que refleja su rebeldía se refiere a que en una ocasión se encontraba vendiendo flores en los alrededores del café Raúl. Un esbirro lo provoca dándole una patada al depósito de flores. Testa, indignado, le dice: «¿Esto lo hace usted por el traje o por el hombre?»³ No habían transcurrido tres días cuando nuevamente vuelve a chocar con el agente policiaco, es entonces cuando le dice: «—Algun día te veré sin el traje.»⁴

El incidente no terminó ahí y Pepe se puso al acecho del abusador uniformado. Pocos días después lo desarma con la intención de desquitarse la ofensa, pero la casualidad hace que pasara un policía en motocicleta que se lo lleva preso. La cuenta no quedaría saldada y finalmente se le presenta la oportunidad de intercambiar golpes con quien había pretendido humillarlo.

Así era José Testa Zaragoza, indoblegable y siempre presto a fustigar la corrupción política y administrativa de entonces.

Muy joven ingresa en la Juventud Ortodoxa de Marianao, partido que luchaba por barrer la corrupción de los gobiernos de turno. El golpe militar del 10 de marzo lo indigna y contribuye a radicalizar sus convicciones.

Testa se incorpora a la célula revolucionaria de Coco Solo, dirigida por Hugo Camejo Valdés. Junto a otros jóvenes de su barrio participa en los entrenamientos pre-

³ COLECTIVO DE AUTORES: *Mártires del Moncada*.

⁴ *Ibid.*

vios a las acciones armadas, protagonizadas por los integrantes del movimiento revolucionario dirigido por el doctor Fidel Castro Ruz.

No solo se adiestra en el manejo de las armas, su preparación como el resto de sus compañeros, abarcaba la discusión sobre los problemas políticos existentes entonces en el país. Lee a Martí y otros materiales que contribuían a encauzar las inquietudes revolucionarias. Con frecuencia lo hacen en la lomita de San Eloy; en el cuartico de Angelo —su amigo y compañero de lucha— y en la casa de Mercedes Valdés, madre de Hugo Camejo, jefe de la célula. Como parte de la Generación del Centenario estará presente en la protesta organizada por los estudiantes universitarios, en desagravio a la afrenta que la tiranía batistiana hiciera al busto de Julio Antonio Mella. Participa en la Marcha de las Antorchas realizada después de concluir el Congreso Martiano por los Derechos de la Juventud celebrado los días 26 y 27 de enero de 1953, en el Palacio de los Yesistas, en La Habana.

Para Testa y sus compañeros de lucha, el mes de julio transcurre inmersos en las actividades orientadas por la dirección del Movimiento a que pertenecían.

El grupo sale el 24 de julio de la barriada de Coco Solo. De ellos la mayoría no regresan. Pepe será uno de los que no volverá. Las noticias del fracaso militar de las acciones armadas en Santiago y Bayamo llegan hasta el hogar de Testa. La madre, desesperada, acude a los lugares donde radicaban los órganos represivos de la dictadura. Era necesario confirmar la muerte de su hijo o tal vez si aún estaba vivo o preso. Todo en vano, los sica-

rios se limitan a burlarse de la madre, que ya es madre de un héroe.

José Testa Zaragoza había nacido en el barrio de Los Quemados en el municipio habanero de Marianao el 15 de enero de 1922.

PEDRO VÉLIZ HERNÁNDEZ

Una romería en Matanzas

Félix Guerra



¿Tomar declaraciones a las dos de la mañana? ¿Pero qué es eso?

Estos guardias debían estar locos o tramando algo salvaje. Los detenidos, Hugo, Andrés y Pedro se resistieron de palabras y luego físicamente. No hay nadie ahora en carpeta ni nadie para tomar el acta. Tampoco hay un abogado. Sobre todo eso: ¿Dónde hay un abogado? ¿Y declarar qué? ¿Que un policía, porque montamos en su misma guagua y porque no se sabe con exactitud de dónde somos y cómo vinimos a parar aquí, sospechen que somos asaltantes al cuartel de Bayamo? Esto es un abuso y algo poco legal traman ustedes.

Usando sus medios, que resultaban eficaces en situaciones semejantes, los guardias lograron finalmente la obediencia de los detenidos y pudieron a las dos de la madrugada de aquella noche de julio, sacarlos de su recalentada celda al aire libre y montarlos a bordo de un jeep. Iban a dar una vuelta por los alrededores. Uno de los guardias comentó que se asaban ahí y querían que se refrescarán un poco. El jeep rodó un rato por una carretera solitaria y fueron a parar casualmente al callejón de Sofía, al fondo oscuro y mal afamado del cementerio de Veguitas.

Lo que ocurrió allí se puede imaginar de cien o mil formas diferentes.

Por un lado tres hombres jóvenes, reducidos a la obediencia, quizás por las esposas o sogas que ataban sus manos, y por otro, un grupo de guardias armados, acostumbrados a sancionar y aplicar la ley por su cuenta. Los jóvenes llevaban al encuentro solo sus temores, algunas convicciones y las esperanzas de salir airosos de aquel trance difícil: en realidad habían ido a Bayamo a participar en el ataque simultáneo al cuartel de esa ciudad, como una operación de apoyo al asalto por otro grupo mayor de compañeros al cuartel Moncada. Confirmados el fracaso y la inutilidad de insistir, Pedro Véliz, Hugo Camejo y Andrés García se retiraron juntos y lograron abordar una guagua en la carretera de Manzanillo. El plan era simple: alejarse del escenario de los hechos y tratar de regresar a La Habana. Ya luego verían.

Pero el plan de los guardias resultaba aún más simple y sin subterfugios. Son sospechosos: no importa si

participaron o no. El asunto consiste en dar una lección que se sienta, que cale hondo: sofocar de una vez estas cuestiones de levantamientos, ataques, subversiones y alteraciones del orden. Para ellos no habría abogados, ni juicios, ni fiscales, ni jueces.

Nadie puede saber si antes de que se cerrara el lazo alrededor de su cuello y lo arrastraran, Pedro Véliz alcanzó a pensar en su infancia. Existe la creencia de que el moribundo, en los últimos segundos, logra entrever toda la inextricable trama de la vida, como una visión alucinada, pero férreamente apegada a los hechos.

Si Pedro lo consiguió, tal vez no pudo pasar por alto la imagen del segundo en que abandonaba la escuela con solo cuarto grado y cuando acepta su primer trabajo en una cafetería y luego en otra, como fregador de platos o ayudante de cocina, por la comida y algunos pesos sueltos, según el humor del dueño.

Buscando un claro más alto y acicateado por la necesidad, aprendiendo como puede, unas veces solo y otras de cualquiera que enseñara a poner un ladrillo o hacer una mezcla de cemento, más tarde se hizo albañil. ¿Quién puede saber si antes de desvanecerse la memoria fue a buscar esos paisajes de la adolescencia?

¿Tal vez recuerde el instante en que Hugo, quien también ahora resiste a su lado con otra soga al cuello, le hablara de algunas ideas que con el tiempo llegaron a ser las principales de su modo de encarar el mundo y analizar la situación de su país? ¿Recordó a su madre, quien a menudo le elogió la estampa de mozo alto y rubio? ¿Volvió a ver la figura del padre en su puesto de

sereno, cuidando como un pobre extraviado algo que no le pertenecía?

Es casi imposible que no retornara a vivir los días de sus entrenamientos como futuro asaltante de cuarteles, asimilando una disciplina y dominio de las armas muy ajeno al resto anterior de sus vivencias. ¿Pudo olvidar el día en que regresaban de una práctica en Los Palos, allá en La Habana y el vehículo en que venían se accidentó inoportunamente? ¿Y que fueron a parar al vivac de Güines, donde quedaron recluidos por varios días, hasta que Gildo Fleitas (con la circulación del auto en la mano) y Melba Hernández se presentaron para finalmente aclarar las dudas y sospechas, y sacarlos libres a la calle?

No es posible verificar ninguna conjetura, aun cuando son pedazos trascendentes de una vida breve. Quienes colocan los lazos y en general, los verdugos, están muy distantes de las vicisitudes y ansiedades de las víctimas. Aun cuando se confundían en la noche, el drama de unos y de otros era bien distinto. Los tres jóvenes apenas podían aferrarse a nada. Los guardias, si lograban cumplir con eficiencia su faena, regresarían felices a las tibiezas del hogar.

Los guardias escogidos para la operación de desenlace, con respecto a aquellos tres jóvenes detenidos bajo la sospecha de participar en el ataque al cuartel, eran gente experimentada, entrenada en estos menesteres y que no solían zafar el cuerpo con escrúpulos o excusas bien o mal tramadas. No obstante y a pesar de todas sus precauciones, allí, en aquel tramo de la carretera de Manzanillo, a pocos pasos de un cementerio, uno de los jó-

venes persistía con vida y lograba alejarse del escenario y ocultarse en la manigua, luego de echar un vistazo a sus compañeros y comprobar que solo abandonaba cadáveres y no había para ellos ya más suertes ni destinos.

Algún tiempo después, hizo acto de presencia ante los tribunales y declaró: «Yo vi cuando Hugo Camejo estaba medio muerto por los golpes. También ahorcaron a Pedro Véliz, arrastrándolos con sogas atadas al cuello, y a mí también me arrastraron y perdí el conocimiento: creyeron que había muerto.»¹ El séquito de abogados, fiscales y jueces que no habían estado presentes en aquella noche sofocante de julio de 1953 en que los jóvenes fueron persuadidos de tomar un paseo, entonces sí pudieron anotar en sus folios, levantar sus actas y garrapatear algo en sus papeles.

A la mañana siguiente se reanudó el movimiento natural por todos los trillos y carreteras del país. Uno de los transeúntes ocasionales, conocido popularmente por Chano, se acercó a aquel tramo algo siniestro de la carretera y contempló el espectáculo: dos jóvenes atados por el cuello, durmiendo un sueño pesado, inmovible, con los gestos de la violencia y la angustia indescriptibles en el rostro; Chano pasaba con sus alforjas-cantimploras de leche. Del primer estupor lo sacó una voz débil, casi inaudible, que clamaba ayuda. Desde la manigua, Andrés, todavía atado, preguntaba por sus com-

¹ Testimonio de Andrés García.

pañeros y aguardaba algún desenlace para él en aquella cruenta pesadilla.

Andrés fue conducido a un cañaveral y quedó oculto. Un rato después, y con la ayuda de Ulises Rivero, otro campesino, los cadáveres de Pedro y Hugo fueron rápidamente enterrados en un sitio oculto y en una sola caja de madera mandada a hacer a toda velocidad. Andrés no pudo dejar de recordar la cronología de sucesos que Pedro Véliz le narró, como anécdotas del camino.

El 23 de ese mismo mes de julio, y a causa de los escasos recursos económicos, Pedro fue y empeñó toda la ropa, excepto un pantalón y una camisa. Luego se compró un par de zapatos. El 24 con una sonrisa que engañó a su madre le dijo que iba para una romería en Matanzas. Del resto de la familia se despidió con besos. De ahí emprendió el viaje hasta Bayamo. Se juntó allí con el grupo de futuros combatientes en el hospedaje Gran Casino. Casi todo el tiempo se le vio acompañado por Hugo Camejo, que fue siempre su vecino y una especie de hermano de crianza.

Con los días, Andrés recuperó energías y salud. Chano y Ulises le propusieron que regresara de inmediato a La Habana. Pero Andrés tomó una decisión inesperada para ellos. Pidió que lo contactaran con el Monseñor Pérez Serantes, para entregarse a las autoridades. Su objetivo era, tal y como lo hizo algún tiempo después, denunciar ante el pueblo de Cuba y el mundo el crimen cometido contra sus compañeros.

JULIO TRIGO LÓPEZ

¡No vendrás con nosotros!

Almando Perryman Figueroa



Es madrugada. Una caravana de automóviles avanza por la avenida Garzón. Mientras unos continúan en línea recta hacia la carretera central, otros aminoran la marcha, doblan a la derecha y se incorporan a la calle que conduce al cuartel Moncada. A la altura de la posta 3, el carro de la vanguardia se detiene y descienden de él ocho jóvenes vestidos con uniformes militares. Avanzan decididamente hacia la posta y uno de ellos grita imperativamente: «Abran paso al General». Segundos después comienza el combate.

Otros autos se dirigen hacia el Palacio de Justicia y al hospital civil Saturnino

Lora. Sus ocupantes dominan fácilmente ambos edificios y establecen sus posiciones de apoyo, en el momento en que se escuchan los primeros disparos provenientes del cuartel. Son aproximadamente las cinco y quince del domingo 26 de julio de 1953. Minutos antes, muy pocos imaginaban que pudiera alterarse la quietud de esta ciudad que, agazapada en sus propias sombras, dormía plácidamente, entre las huellas aún frescas, de su última noche de carnaval.

En los pasillos del hospital, los atacantes se encuentran con un joven pulcramente vestido que los observa detenidamente. Su rostro pálido refleja una mezcla de desconcierto y odio. Hay confusión. No comprende qué está sucediendo. Sin embargo, cuando se le explica la táctica que han tenido que seguir los revolucionarios para atacar el cuartel, se incorpora inmediatamente al combate.

Horas después —tratando de encubrir su propio descrédito y de borrar la orgía de sangre que siguió al desigual enfrentamiento— en la lista que la tiranía ofrece a la prensa de aquellos que supuestamente habían muerto en combate, aparece su nombre: Julio Trigo López.

Este joven, que ese día pasara, junto a otros sesenta, a engrosar las filas de nuestro extenso martirologio revolucionario, había nacido el 27 de mayo de 1926 en San Miguel del Padrón. Es el primer hijo de un matrimonio de inmigrantes españoles, naturales de Galicia. Gente de pueblo, humilde y sencilla. Él es chofer de alquiler, ella trabaja como sirvienta en casa de familias adineradas. Ambos logran crear en el hogar un ambiente de

paz, de armonía familiar, de comprensión y amor hacia los demás. Tal educación habrá de marcar profundamente la personalidad de Julio durante toda su vida y la de su hermano Pedro, nacido dos años después.

Tiene tres años de edad cuando su madre enferma y, ante los consejos del médico de que debe cambiar de clima, decide viajar a su tierra natal con los niños. La permanencia en España es larga y dura. En el escenario europeo se producen diferentes sucesos que preludian importantes acontecimientos futuros. Pero la pobre mujer, sin recursos, para quien tiene un mayor significado la lucha por los medios elementales de subsistencia, debe dedicarse a las más rudas faenas agrícolas. Julio —hasta donde se lo permiten sus posibilidades— la ayuda en las labores del campo y cursa sus primeros grados en un centro docente cercano.

Cinco años después, ya de regreso a Cuba, continúa sus estudios en la Escuela Pública No. 3, y más tarde en la Escuela Nacional Masónica. Quiere estudiar Farmacia, pero su sueño no podrá realizarse. En 1938 muere el padre y Julio tiene que abandonar las clases. Hay que trabajar para ayudar a la familia. Tiene solo doce años, su caso es similar al de miles de adolescentes que en esas difíciles condiciones han de madurar prematuramente para hacer frente a la vida.

Primero se emplea como mensajero de farmacia, después se hace dependiente y más tarde viajante de comercio. Los que lo conocieron por aquella época lo recuerdan como un joven serio, activo, cuidadoso en el vestir, cariñoso y amante infatigable de la lectura.

A los diecisiete años contrae una tuberculosis bronquial que le produce frecuentes hemoptisis —hemorragia pulmonar—, resultado de la dilatación de los vasos sanguíneos de los bronquios, y tiene que ingresar por un año en el antiguo sanatorio La Esperanza.

Dura y valiosa escuela para un joven de su sensibilidad humana es su permanencia en aquello que, más que un hospital, es un almacén de enfermos. Si ya desde antes había sufrido en carne propia el rigor de un sistema social injusto, ahora comprende las cosas con mayor claridad y va perfilando, poco a poco, la esencia de su misión. Por eso, después que sale del sanatorio, vuelve una y otra vez a él. En unos casos trae alimentos a los enfermos, comprados con sus escasos recursos. En otros, regala medicinas conseguidas en el laboratorio donde trabaja, o las vende a su precio de costo.

Pero un solo hombre no puede aliviar las miserias de un pueblo, y él lo sabe. En esos avatares va madurando su conciencia de revolucionario. Ingresa en la sección juvenil del Partido Ortodoxo, publica artículos en su órgano oficial en los que denuncia la situación de explotación que vive el pueblo bajo el dominio de los diferentes gobiernos de turno, participa en actos y manifestaciones junto a Chibás y otros dirigentes. En un mitin organizado en Santiago de Las Vegas, conoce a Fidel.

Después del 10 de marzo, se incorpora a una célula revolucionaria en Calabazar dirigida por su hermano Pedro. Ya se ha definido que por los métodos de oposición tradicionales no se pueden cambiar los destinos de Cuba. Es necesaria la lucha armada. Julio participa con

dedicación y seriedad en todas las actividades planificadas por la dirección del nasiente movimiento, sobre todo aquellas relacionadas con las prácticas de tiro y los ejercicios militares.

El 24 de julio de 1953 la célula de Calabazar, dividida en dos grupos, sale de La Habana con rumbo desconocido. En uno de los autos, bajo la dirección de Oscar Quintela, viaja Julio en compañía de René Bedia, José Luis López y Argelio Guzmán. Este último no habrá de llegar a su destino. Víctima de una crisis nerviosa que no puede controlar a pesar de inyecciones y pastillas, abandona el carro en la ciudad de Colón y regresa a La Habana. Continúan viaje. Se detienen en El Cobre, descansan, se toman una foto. La próxima parada sería en la casa de la calle Celda No. 8 en Santiago de Cuba, donde los esperan otros compañeros.

Poco después de la llegada a Julio se le produce una hemoptisis. Lo que sucedió entonces, lo narra su hermano Pedro Trigo de la siguiente manera:

... René, Chenard y yo vamos a ver a Julio y le digo: «Julio ¿cómo es la cosa?» Y me dice: Yo te mandé a decir que no te preocupes. Entonces René me llama a un lado: «Fijate, mi opinión es que en estas condiciones Julio no debe ir al combate.» Yo le digo: «Mira, tú conoces las hemoptisis de Julio como yo. Dentro de una hora él estará totalmente recuperado; como le puede repetir, también entiendo que no debe participar, pero por ser mi hermano, yo no le hago ese planteamiento a

Abel.» Entonces René Bedia se lo plantea a Abel, que ha llegado en ese momento. Apenado infirma a Julio que no puede seguir con el grupo. Julio insiste. Poniéndole una mano sobre el hombro, Abel le dice suavemente: «No Julio, no vendrás con nosotros. Me veo obligado a darte esa orden.» Julio bajó la cabeza y calló.¹

Florentino Fernández lo inyecta y después su hermano Pedro, junto a algunos amigos, lo acompañan a la estación, donde debía tomar un ómnibus hacia la capital. Pero él no regresa a La Habana. Se desconoce dónde estuvo, ni qué hizo durante esas horas de la noche y la madrugada en que sus compañeros, bajo la dirección de Fidel, realizaban los últimos preparativos para el asalto allá en la granjita Siboney. Solo la casualidad hizo que se encontrara en el hospital civil Saturnino Lora en el momento del ataque —es posible que haya sufrido una nueva hemoptisis— y le permitiera librar, como él quería, ese importante combate, en aras de la salud y el bienestar definitivo de la patria.

¹ MARIO MENCIA: *El grito del Moncada*, pp. 517-518.

RAÚL DE AGUIAR FERNÁNDEZ

De Cayo Hueso al Moncada

Isabel Garcia Castiñeira



¿Quién es este joven, huérfano de padre desde temprana edad, cuyas características principales fueron su honestidad y disposición de ayudar a los demás?

De pelo negro, alto y de frente despejada, sencillo y pulcro en su vestimenta, así era Raúl de Aguiar Fernández, combatiente revolucionario de la Generación del Centenario que fue asesinado por las fuerzas represivas de Batista en julio de 1953.

Raúl de Aguiar Fernández nació en la calle Daois No. 9, Cerro, La Habana, el 16 de septiembre de 1922. Fue el último hijo de una familia obrera. Al morir su padre, pasó al cuidado de fa-

miliares cercanos y finalmente fue acabado de criar por una tía.

Su educación se desarrolló en la escuela anexa a la Normal de Maestros de La Habana en la que se vinculaba ya a las actividades políticas y en la cual llegó a desempeñar las funciones de presidente de la asociación de alumnos, destacándose por su combatividad, firmeza y comprensión de los problemas. Finaliza la primera enseñanza y comienza a trabajar.

En su vida laboral pasó por diversos trabajos: desde un laboratorio hasta una imprenta.

Se vincula políticamente al autenticismo donde considera en un primer momento encontrar el núcleo apropiado para promover un programa capaz de realizar transformaciones que el país reclamaba. Pero muy pronto comprendió la corrupción que imperaba en este. Se incorpora en 1947 al Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo), fundado por Chibás, y desarrolla una intensa actividad política en el barrio de Cayo Hueso y se vincula a la actividad desplegada por Fidel Castro Ruz, cuando este aspiró a representante a la Cámara por la provincia de La Habana, en las elecciones primarias que precedieron las frustradas elecciones nacionales de 1952.

El ambiente de este barrio de Cayo Hueso, vinculado a todas las luchas del pueblo cubano, caracterizará y marcará a este joven que engrosará las filas de la Generación del Centenario. Cayo Hueso fue el lugar donde se organizaron las actividades de Carlos Baliño a principios de siglo, escenario de destacadas luchas obreras, de la vinculación del sector estudiantil y el obrero, y la activi-

dad del líder comunista Julio Antonio Mella a través de conferencias ofrecidas a los obreros sobre temas sociales que posteriormente tendría su colofón en la fundación de la Universidad Popular José Martí; barrio que también tendrá su activa participación en las actividades de la Liga Antimperialista y en todo el proceso revolucionario del 30.

Raúl a la muerte de Chibás había abandonado la ortodoxia, incorporándose —recién perpetrado el golpe militar del 10 de marzo— a un grupo insurreccional dirigido por Fidel. Tenía dotes naturales de dirigente revolucionario que le permitieron la captación de un grupo de jóvenes ortodoxos, partidarios como él de la lucha armada como única solución al problema de la sociedad cubana.

Este grupo inicia las prácticas militares en la Universidad de La Habana y en zonas campesinas aisladas; asimismo participan en la búsqueda de armas, y en la instalación de dos emisoras clandestinas en la Vibora y el Vedado utilizadas como medios propagandísticos.

Estuvo preso en dos ocasiones, por lo que fue puesto a disposición del Servicio de Inteligencia Militar.

Parte Raúl en tren hacia Santiago de Cuba el 24 de julio de 1953, en compañía de Andrés Valdés, Armando Valle y José Madera; como jefe de este grupo fungiría José Luis Tasende. Raúl Castro iría también en este grupo.

Ya en la ciudad de Santiago de Cuba se instalaron en el hotel Perla de Cuba, de donde se trasladaron hacia la

histórica granjita Siboney, de allí partiría a su encuentro con la historia con el resto de los jóvenes moncadistas.

En el ataque al cuartel combatiría hasta recibir la orden de retirada junto a Andrés Valdés y Armando Valle, pues José Madera había caído desde los primeros momentos del combate.

Los tres jóvenes lograron —con la ayuda de un empleado de la estación ferroviaria— tomar el tren de Alto Cedro dirigiéndose a la casa de Ramón Castro, conocido por Raúl, que lo había visitado en otras ocasiones. Ramón los llevaría a Birán, ocultándolos en los cañaverales, pero a pesar de advertirles que se quedaran unos días por allí, se impacientaron e insistieron en regresar a La Habana, a pesar de todos los argumentos.

Llegaron a Alto Cedro y al entrar a un cafetín a comprar algo de comer se produjo la captura de Raúl de Aguiar y Andrés Valdés por una delación. Armando Valle logró escapar pero fue detenido en Cacocum con posterioridad.

Fueron conducidos al cuartel de Alto Cedro y de allí al Escuadrón 14 de Palma Soriano donde también llegó detenido Armando Valle. De ahí los tres fueron trasladados al cuartel Moncada donde correrían la misma suerte del resto de los moncadistas asesinados.

JOSÉ DE JESÚS MADERA FERNÁNDEZ

Un joven que se ganó el derecho de combatir por la patria

Inocencia Rodríguez Rodríguez



Cae la tarde en la barriada habanera de Cayo Hueso, amenaza una noche de fuego de nuestro verano tropical. Un jovencito de dieciocho años se prepara para salir, se ha puesto un pantalón azul oscuro y una guayabera blanca, se peina con esmero, se ve feliz. Le dice a su madre que va para Varadero con Raúl y los otros muchachos, que no se preocupa si se demora unos días.

La madre sonríe distraída, el hijo ya está en la puerta de la calle y lo siente regresar corriendo en su busca, para darle un beso, como hacia siempre que salía de la capital.

Ya afuera, el muchacho camina de prisa junto a Raúl que ha venido a su encuentro, quien le dice que la acción será en Santiago de Cuba.

Se alejan, se pierden de vista entre la gente que viene y va sin sospechar que los héroes caminan por la ciudad.

José de Jesús Madera Fernández marcha contento, siente cómo germinan en él las buenas semillas, sabe que ocupa el puesto que le corresponde, ahora le toca a él cumplir con la patria como antes lo hicieron otros. Lleva al combate las mejores razones.

Este joven había nacido el 15 de octubre de 1934, en La Habana. El barrio de Cayo Hueso fue su patria chica, allí vivió en el seno de una familia humilde, era el mayor de siete hermanos y solo pudo estudiar hasta el sexto grado, que no terminó porque la situación económica de su hogar no dejaba alternativas, tuvo que empezar a trabajar para ayudar en lo posible.

Las calles Maloja, Xifré, Estrella, Plasencia, saben de sus juegos y retozos infantiles, y de sus andares de inquieto adolescente. Ellas guardan recuerdos que no pueden contar; cuántas veces lo vieron corretear descalzo por sus aceras calientes y, quién sabe, quizás en alguna noche oscura fueron cómplices del beso a la primera novia.

José fue un muchacho rebelde, pero callado, reservado y de un carácter muy noble. La vida lo obligó a madurar antes de tiempo, sus padres se separaron cuando él tenía trece años y se hizo hombre buscando la forma de ser útil a los suyos.

Trabajó primero como ayudante en un garaje que quedaba en Infanta y Estrella, después como aprendiz en una carpintería del Cerro, finalmente consiguió empleo en la fábrica de medias Once-Once y allí desempeñó tareas como ayudante de chofer, también laboró en los almacenes y en el departamento de mecánica textil, pero antes de arribar al año de trabajo lo despidieron, entonces comenzó a trabajar por cuenta propia y se ganaba la vida pintando casas.

En José influyó, decisivamente, el medio revolucionario en el cual se movía desde niño. De pequeño asistía con sus tíos a desfiles obreros y actos políticos que se realizaban en la Universidad de La Habana, para él era familiar oír hablar de huelgas y manifestaciones, de la hoz y el martillo, de los proletarios y el socialismo. Con el tiempo también se le hizo cotidiano el tema de la corrupción administrativa y el lema de «Vergüenza contra dinero», esto lo acercó a su vecino Raúl de Aguiar, que era un joven ortodoxo que simpatizaba con Chibás y admiraba a Fidel.

A José le gustaba leer, sentía preferencia por los libros de historia y por los textos de Martí. En estas lecturas encontraba respuestas a sus inquietudes y ampliaba sus horizontes políticos. El golpe de Estado de Fulgencio Batista el 10 de marzo de 1952 estremeció sus fibras de cubano digno y lo hizo exclamar convencido que en Cuba hacía falta una Revolución.

Fue Raúl de Aguiar quien le habló del movimiento que se gestaba y le presentó a Fidel. En el barrio de Cayo Hueso se formó una célula que los dos integraron junto

a Andrés Valdés Fuentes y Armando Valle López, los cuatro cayeron en el asalto al cuartel Moncada.

El parque Trillo supo de sus citas y contactos, también en la casa de José se reunían a veces con Fidel. La febril actividad del grupo despertó la curiosidad de algunos familiares y amigos cercanos, pero nadie pudo saber de qué se trataba. José se entregó por entero a la causa, se preparó bien, y en todo cuanto hizo puso una responsabilidad tal que se ganó el derecho a participar en la acción que se preparaba, a pesar de su extrema juventud.

José de Jesús Madera Fernández era de esos hombres que reúnen en sí el decoro de muchos, por eso se fue a hacer, que es la mejor manera de decir. Cayó peleando en los muros del Moncada por Cuba, por la Revolución, por el porvenir.

ANDRÉS VALDÉS FUENTES

En la vanguardia proletaria

Elena Alavez



Condiciones excepcionales han de tener aquellos hombres que reanudarían la revolución aplazada. Entre esas cualidades estarían, a no dudarlo, una extrema disciplina y un ineludible amor a la patria y, por ende, a los principios éticos de ellos derivados. Muchos pidieron estar en la primera línea de combate. Pero las armas no alcanzan para todas aquellas manos que pretenden empuñarlas. Solo algunos pueden ser seleccionados.

De las filas del movimiento revolucionario organizado por el joven abogado Fidel Castro, surge el contingente: 127 arriban a Santiago de Cuba para el ataque al cuar-

tel Moncada y 24 a Bayamo con la misión, parte de la misma estrategia, de asaltar el Carlos Manuel de Céspedes. Había llegado el momento de poner en marcha la irrevocable voluntad de hacer de un pueblo que un año antes había sentido como un fogueo a mansalva y a rostro descubierto el asalto al poder de Fulgencio Batista y su cohorte mediante un golpe de Estado, el cual apoyado desde Washington, inicia el segundo batistato un 10 de marzo de 1952.

Sin dudas se atisban barruntos de tormenta, de profundas conmociones sociales y políticas. Cobran ritmo de espiral ascendente las prácticas militares de los combatientes elegidos por Fidel para el nuevo enfrentamiento. Para ellas la Universidad de La Habana también abre sus puertas, aunque, como es obvio, solo para entrenamientos de arme y desarme y poco después, a principios de 1953, los diversos grupos se trasladan hacia distintos puntos del interior de La Habana y Pinar del Río para aumentar su capacidad combativa. Y entre los obreros que cada domingo al mediodía ascienden la escalinata universitaria o se trasladan hacia otros focos donde bulle el coraje insurreccional está Andrés Valdés Fuentes, quien en su hogar acrisola, desde pequeño, principios de justicia social. Había nacido en Pinar del Río el 24 de febrero de 1928. El padre, Andrés Valdés Hernández, obrero panadero, siempre en busca de mejores oportunidades laborales, se traslada a la capital tres meses después de haber nacido el niño. Por ello aparece inscripto en el registro civil de Ciudad de La Habana.

El proletario barrio de Cayo Hueso los acoge. Y en el ámbito hogareño de Espada entre San José y Valle existe cálida hospitalidad para aquellos que conversan o discuten sobre la crítica situación imperante y vislumbran ya con certeza el camino a seguir. La madre, Encarnación Fuentes Camacho, ama de casa, alienta con una palabra o un gesto amable a todo aquel que acude en busca del hijo que espiga como un revolucionario cabal.

Allí los jóvenes militantes del Partido Ortodoxo, fundado por Eduardo Chibás en 1947, siempre tienen el abrazo amigo, pues tanto el padre como el hijo han cerrado filas en esa organización y solo han transitado hacia su ala más radical donde la consigna de ¡Vergüenza contra dinero! amplía su diapason hacia aquella que, con el devenir de los años, será la de entonces y la de siempre: ¡Seremos héroes o mártires!

Y en aquel ambiente patriótico y humilde en que desarrolla su infancia Andrés Valdés Fuentes no le es dado proseguir sus estudios más allá del quinto grado, el cual cursa en la escuela pública anexa a la Universidad de La Habana, y comienza a trabajar a los catorce años como barnizador y pronto se traslada como aprendiz a la panadería La Vida de Neptuno y Espada donde llega a destacarse por su responsabilidad y dedicación en la labor que realiza, y aunque algo introvertido y tímido, esta característica de su personalidad es opacada por la agudeza y madurez de pensamiento.

Su interés por aprender es permanente. Durante el tiempo libre, que es poco, lee con frecuencia sobre todo a José Martí. Y aun se reúne con otros muchachos del

barrio para practicar algunos deportes como la pelota y la natación, que lo mantendría ágil y con la rapidez en los reflejos ante cualquier contingencia.

El quehacer cotidiano le cuenta con prisa cada segundo y a pesar de matricular idioma ruso en una academia auspiciada por la Sociedad Cubano-Soviética e intentar hacerse técnico de radio, no puede proseguir sus estudios. Y es que, a su vez, ha tomado una definitiva decisión: unirse indisolublemente a las tesis insurreccionalistas planteadas por Fidel como única salida frente a los pronósticos neocoloniales de dependencia y despojo que bajo la bota pertinaz de una dictadura ha trazado el imperio norteno para la mayor de las islas caribeñas.

Y aquella amistad surgida en las filas de la juventud ortodoxa queda ahora sellada, aún más firme que cuando Andrés y su grupo de Cayo Hueso apoyaran al máximo dirigente de la juventud de ese Partido en las elecciones primarias como delegado en 1951. Por tanto, no caben dudas que Andrés Valdés Fuentes ya ha elegido su camino a seguir. Así pudo vérselo en mítines y protestas estudiantiles, en la concentración ante la tumba de Chibás en el primer aniversario de su muerte, en la Marcha de las Antorchas el 27 de enero de 1953, así como en el desfile martiano del día siguiente hasta el monumento del Apóstol en el Parque Central.

Según narran sus contemporáneos tiene, fundamentalmente, tres hermanos de lucha: Raúl de Aguiar Fernández, Armando Valle López y José de Jesús Madera Fernández. Junto a ellos y como miembro de la célula del Movimiento en su barrio parte en el tren central un

viernes 24 de julio a las diez y cuarenta y cinco de la noche a un encuentro con la historia. Objetivo: provincia oriental.

La despedida de sus padres es sencilla y serena. Afirma ir a descansar unos días a Varadero. Sobre el salario que acaba de recibir le dice al «viejo» que coja lo que necesite para los gastos que tengan. Llega a Santiago de Cuba. Al frente del grupo va José Luis Tasende. El lugar designado para hospedarse es el hotel Perla de Cuba, el cual, al igual que otros tantos, son alquilados por Renato Guitart en función de activar las acciones que han de realizarse.

Sin embargo, solo ya en las últimas horas del 25 son trasladados los combatientes y las últimas armas a la granja Siboney, finca de recreo a unos quince kilómetros de Santiago. A las cinco de la mañana Fidel impartió las últimas instrucciones. Entre los designados para el ataque al cuartel está Andrés.

Poco después, al fallar el factor sorpresa y tras un enfrentamiento desigual, Fidel ordena la retirada. En la acción mueren solo siete compañeros y otros diecinueve resultan heridos. Pero el bestiario batistiano empuña con saña su garra ensangrentada. Tortura y asesina. No hay parámetros para discernir. La fiera se siente herida en su propia madriguera. La represión se extiende.

Por la línea del ferrocarril Andrés, Aguiar y Valle logran rebasar Santiago y contactan en Birán con Ramón Castro, quien de inmediato les brinda comida y ropa, y pretende mantenerlos ocultos un tiempo con el fin de una

partida segura. No obstante, la impaciencia por el retorno a La Habana hace que los jóvenes intenten regresar para proseguir la lucha desde otra dimensión. Andrés Valdés y Aguiar son detenidos en la estación de Alto Cedro. Valle es apresado en Cacocum. En aquel revés momentáneo muchos hombres dieron sus vidas, pero no fue en vano. Chispa fue que echó a andar la gesta del *Granma* y la epopeya de la Sierra para el logro de un Primero de Enero victorioso, donde los ideales de aquellos mártires, a partir de entonces, cobran vida en el esfuerzo creador de un pueblo íntegro.

ARMANDO VALLE LÓPEZ

Un tallista de muebles

Isabel García Castiñeira



¿Cómo era Armando Valle López? Su tía, Dulce María López, prácticamente la mamá de crianza de Armando, ya que ella y su esposo Miguel Romero se encargaron del cuidado del sobrino cuando este tempranamente perdió a sus padres —Ángela López Iglesias y Aurelio Valle Rodríguez, la primera obrera del transporte, conductora de las rutas 26 y 27; el padre, un pintor de la construcción—. Sencillo, serio, formal y responsable desde chiquito, lo mismo en la escuela que en su trabajo, introverso, pero con un gran sentido de la amistad y el compañerismo, así fue Armando.

Nacido el 27 de octubre de 1929 y tercer hijo del matrimonio, su vida se desarrolló en un ambiente de pocos recursos económicos; habitaron hasta la muerte de sus padres en la calle 24 entre 25 y 27 en el Vedado, cerca del cementerio chino; después en casa de Dulce María en la calle Espada 511, en el barrio de Cayo Hueso.

Cursaría sus primeros estudios junto a otros hermanos con una maestra particular en la calle 26 en el Vedado, pasando a la academia Besteiro en el propio barrio. Más adelante asistió a la escuela pública No. 48 —anexa a la Normal para Maestros— en la calle Xifré esquina a Estrella, donde estudiaron también, aunque en otros momentos sus futuros compañeros del Moncada, José Madera Fernández y Raúl de Aguiar Fernández.

Matriculó, ya terminada la primaria, en Artes y Oficios, donde se desarrolló como dibujante, estudio que aplicó a su oficio como tallista de muebles.

Cuando sus hermanos varones se fueron abriendo paso en la vida y cada uno se inició en sus respectivas ocupaciones, alquilaron un cuarto en la calle Zanja No. 613, lugar de donde partiría a su cita con la patria.

El oficio de tallista lo pudo desarrollar con la ayuda de su padrino, que con su prestigio le consiguió trabajo en el taller de Zanja y Campanario, donde Armando aprendió su oficio y trabajó durante varios años.

Fue un hombre sensible a los problemas por los que atravesaba el país: la corrupción política y administrativa, la represión, el entreguismo al yanqui. Milita primero en el autenticismo y luego junto a Raúl de Aguiar y Andrés Valdés en la Ortodoxia desde su fundación. En

las actividades relacionadas con este partido político traban contacto con Fidel cuando este, como candidato a representante a la Cámara para las frustradas elecciones del año 52, realizaba una fuerte labor de proselitismo en el barrio de Cayo Hueso.

Al producirse el golpe del 10 de marzo, Armando se vincula al proyecto insurreccional de Fidel que culminaría en los asaltos del 26 de julio. El grupo de Cayo Hueso fue de los primeros en decir presente.

Tomaría parte en las prácticas de armas, en las fincas cercanas a La Habana, en los actos de la escalinata universitaria, en manifestaciones de protesta.

Armando partiría hacia Santiago de Cuba por tren, en el grupo de dieciséis compañeros entre los que se encontraba Raúl Castro y como responsable, José Luis Tasende.

Este grupo se hospedaría en el hotel Perla de Cuba, partiendo desde allí por la noche para la granjita Siboney y de ahí al Moncada.

Armando estaría junto a Raúl de Aguiar y Andrés Valdés cuando se decide la retirada, pudiendo llegar a la zona de Alto Cedro donde reciben ayuda de Ramón Castro; a pesar de las advertencias de este los combatientes salieron del lugar donde estaban protegidos.

Apresados por los órganos de la tiranía por una delación, Armando logra escapar aunque momentáneamente, siendo detenido nuevamente en Cacocum. Correría la misma suerte de sus compañeros del barrio de Cayo Hueso, llevados a Santiago de Cuba sus cadáveres fueron considerados por el Gabinete Nacional de Identificación como «muertos en combate».

JACINTO GARCÍA ESPINOSA

La prueba de horror duodécimoséptima

Roberto Castillo



Cuando queramos valorar la reacción de la dictadura militar y contra quiénes se enfrentaron los jóvenes del asalto al cuartel Moncada, en especial cuando las nuevas generaciones quieran conocer lo que hizo aquella soldadesca alentada por sus superiores, habrá que remitirse siempre a las pruebas de horror.

La prueba duodécimoséptima recoge en el cinto oscuro una J, inicial del héroe que aquella madrugada salió a su cita con la patria, era el séptimo hijo de los diez que tuvieron sus padres: Rafael García Brito y Carmen Espinosa de la Cruz, se llamó Jacinto García Espinosa y nació en La Habana

el 29 de diciembre de 1924 en el seno de una familia que vivía en extrema pobreza en la barriada del Cerro.

En esta época, Cuba padecía todas las calamidades de ser un país neocolonial, sumido en la explotación de la oligarquía burgués-latifundista. Su principal producto de exportación sufría una depresión en el precio a causa del desastre económico de 1920-1921.

Las consecuencias recaían sobre los hombros de las clases más humildes de la población. La familia de Jacinto, con seis hijos en aquel entonces, se vio abligada a trasladarse del barrio amenazada con ser objeto de desalojo por no poder pagar la habitación de madera donde vivían.

Como casi todos los niños de aquella época, Jacinto no pudo completar sus estudios primarios en la Escuela Pública No. 37 de la Calzada del Cerro, pues comprendió que tenía que ayudar a su familia a sobrevivir en aquellas condiciones, pues no alcanzaba el sueldo de su padre que trabajaba como chofer de transporte de mercancía en los muelles.

Presionado por la situación económica, se dedicaba a los más disímiles empleos; laboraba a veces distribuyendo bultos de ropas que su madre lavaba para ayudar a la familia, hacía mandados, limpiaba escaleras, ocupó plaza de mensajero de farmacia, suplantó turnos nocturnos, con el propósito de ganarse algunos pesos, insuficientes siempre, hasta que entró como suplente de bra-cero en los muelles de la Ward Line. Cumplía veinte años de edad, y en ese breve proceso de la adolescencia había

conocido ya todas las vicisitudes que el régimen capitalista le deparaba a los jóvenes.

La década de finales del 1940 estuvo matizada por las luchas del movimiento obrero contra la ofensiva del imperialismo. El movimiento obrero en Cuba había obtenido importantes reivindicaciones durante el proceso de la posguerra, ahora el imperialismo y la oligarquía; apoyados por los gobiernos auténticos de Grau y Prío, emprendieron una agresiva política de asesinatos que va a contribuir a que Jacinto comprenda cuál es la esencia, las características y los métodos «democráticos» del capitalismo.

Bajo la dirección de Aracelio Iglesias los obreros portuarios habían obtenido el restablecimiento de las listas rotativas en el puerto de La Habana, el disfrute al descanso retribuido proporcional y otras demandas. Jacinto García Espinosa se identificó con las luchas obreras y la defensa de la CTC unitaria, admiraba la honestidad y la valentía de Aracelio Iglesias, en su defensa de la clase obrera contra la agresiva política de los asesinos a sueldo.

En este marco de violencia, la lucha de los obreros portuarios se hizo más aguda, pues los intereses de los propietarios por obtener mayores riquezas no se detenían ante nada. En el puerto existían fuertes contingentes obreros que hacían resistencia organizada a las pretensiones de cambiar los puertos de embarques de azúcar hacia el embarque libre de los ferries. Los criminales a sueldo vendidos al gobierno decretan la muerte de Aracelio que fue asesinado el 17 de octubre de 1948.

Esta acción criminal constituyó un duro golpe para Jacinto, que no por ello retrocedió ante las amenazas y en cada asamblea que durante este período convocaban los cetekarios,¹ donde proponían alguna medida contra el movimiento obrero, Jacinto se oponía sin temor a las represalias que pudieran tomar contra su persona. Su carácter, sus concepciones, su sentido de la justicia iban conformando en él una personalidad dispuesta para la lucha frontal contra el enemigo y en la que él pudo ver que no valían la persuasión, el razonamiento, sino la fuerza, pues el enemigo de su clase no entendía otra cosa, a tal extremo llegó su convicción de que todos aquellos representantes públicos del Estado eran para él inescrupulosos y vivían en esa política criminal.

En 1952 la economía cubana entra en una fase crítica, su carácter monoprodutor la hace cada vez más dependiente del comercio exterior, el desempleo y el tiempo muerto hacen madurar a las masas. El Partido Ortodoxo aglutinaba un fuerte sector con posibilidad de ganar las próximas elecciones a producirse en 1952.

El cuartelazo dirigido por Batista provocó en el pueblo de Cuba una repulsa inmediata, pues vio frustradas sus aspiraciones de modificar aquella situación de corrupción y de saqueo al erario público, así como el gangsterismo, pero en especial en la nueva generación inscripta en el prestigioso Partido de Chibás, que aspiraban a erradicar los males del sistema. Entre los jóvenes que acudían

¹ Así llamados los traidores al movimiento obrero que se agruparon en la CTC intervenida por el gobierno, CTK para el pueblo.

a la Universidad de La Habana a protestar contra el golpe militar se encontraba Jacinto, dispuesto a jurar la Constitución, burlada por aquel grupo de forajidos ambiciosos que escalaban el poder a la sombra de los intereses foráneos y dispuestos a asesinar a la clase obrera cubana.

Jacinto o el Niño como lo llamaban cariñosamente familiares y amigos, se había inscripto en el Partido Ortodoxo desde 1946, ello contribuyó también a su madurez política, que le hizo tener una visión más patriótica y radical en relación con las vías que debían ser puestas en práctica para lograr cambios esenciales en la política al uso.

Su militancia en el Partido Ortodoxo lo llevó a participar en la conspiración organizada por Rafael García Bárdena, que dirigía por aquellos tiempos el Movimiento Nacionalista Revolucionario, con el objetivo de asaltar el Cuartel General de Columbia; en este propósito le acompañaron entre otros, sus amigos Arturo Gelpi, Mario Dalmau y Manuel Gutiérrez.

Jacinto guardó prisión durante tres meses junto con sus compañeros, al salir de presidio, continuó sus actividades clandestinas, siempre con una actitud y disposición extraordinarias, cumpliendo con las orientaciones que recibía; su ideal por cambiar aquella situación en que se encontraba el país ante la dictadura castrense le hacía ser cada vez más responsable y dispuesto a enfrentar la batalla decisiva.

Este aspecto se reafirma en ocasión de que él conoce que parte de sus compañeros son detenidos. Alrededor

de esta situación, cuenta Arturo Gelpi que después de la excarcelación se reunieron sin estar presente Jacinto, en el municipio de Regla y allí se organizó una comida de fraternidad. La policía que los vigilaba, los detuvo nuevamente. Cuando se enteró Jacinto, nos reprochó molesto y resentido, porque según nos dijo no habíamos querido contar con él en el nuevo golpe que preparábamos, y agrega Gelpi que fue difícil convencerlo de que en esa ocasión no teníamos ningún plan de acción. Le dijimos además que siempre contaríamos con él, que conocíamos de su valor, su firmeza, ideales y decisión de enfrentar el fusil en el momento necesario.

Jacinto nunca se sintió desalentado, su dedicación y optimismo fueron ejemplares. Asistía puntualmente a los ejercicios y prácticas de comando.

Jamás dejó de cumplir las misiones que se le asignaron, así expuso su vida en demostraciones públicas contra la dictadura, se unió constantemente a las demostraciones de coraje y rechazo al régimen que en la Universidad se desarrollaron. Entre otras acciones de valor se cuentan que desarmó a un policía frente al cine Principal en el Cerro y volcó el auto de Margarita de la Co-tera, destacada esbirra del régimen batistiano.

Jacinto fue captado para participar en el heroico asalto al cuartel Moncada, no conocía lo que iba a pasar, pero tenía conciencia de que se trataba de una acción peligrosa donde se requería de grandes decisiones, por ello antes de partir destruyó todos los documentos que podían poner en peligro la seguridad de su familia. Escribió dos cartas, una a su madre y otra a la novia, en

ellas expresaba su más decidida confianza en el triunfo de la Revolución y decía a su madre que tenía dos grandes amores por los que estaba dispuesto a dar la vida, uno era ella y el otro, la patria.

Se plantea que desde el día 21 de julio Jacinto se encontraba ya entre los héroes que se preparaban para abrir el camino de nuestra patria a una nueva etapa de su lucha por la verdadera independencia. Jacinto entregó su vida como otros mártires, él fue de los primeros en llegar a la granjita Siboney. Los chacales de la dictadura lo asesinaron, se ensañaron con él según se muestra en la prueba de horror. Se detectó que el cadáver duodécimo-séptimo era el de él por la letra J en la hebilla, y la causa directa de la muerte, la destrucción craneana. Los héroes no mueren, están presentes en la obra de la Revolución y en la consagración que a ella le dedica el pueblo.

VÍCTOR ESCALONA BENÍTEZ

Su oficio, zapatero

Rita Olga Martínez



Como muchos jóvenes de procedencia humilde, Víctor Escalona Benítez tuvo que comenzar a trabajar desde muy temprana edad, conociendo la magia de hacer zapatos, y aunque aprendió otras labores como la de trabajar en una feria ambulante de diversiones o de vendedor de efectos eléctricos, en el oficio de zapatero se le tenía por un operario completo, muy calificado.

Había nacido en Manzanillo, el 15 de octubre de 1915. Fue el tercero de los seis hijos del matrimonio de Tristán Escalona, bodeguero y veterano de la guerra de independencia, y de Dolores Benítez, dedicada a los quehaceres de su hogar.

Víctor quedó huérfano a temprana edad, siendo acogido en el hogar de una tía en su ciudad natal. A partir de entonces, en medio de las difíciles condiciones de aquella república neocolonial, el joven trata de ganarse la subsistencia, cambiando de hogar y de trabajo constantemente.

Con veintitrés años y bien conocido el oficio de zapatero se traslada a Bayamo, donde al parecer logra una posición destacada dentro de su sindicato en 1933, cuando la caída de Machado tocaba a su fin, como resultado de la gran acción de las masas contra la dictadura en agosto de 1933.

El afán de encontrar mejores condiciones de trabajo constituye en él una aspiración que lo motiva a una acción incansable. Hacia la capital encamina sus pasos y encuentra acogida momentánea en casa de una prima. No tardaría en independizarse, volviendo a la carga haciendo zapatos, por supuesto, de eso solo no podía vivir, por lo cual se dedicaba también a hacer otros trabajos para su subsistencia.

Hombre pulcro, alto, de constitución más bien fuerte, ojos castaño oscuro y pelo negro, con entradas pronunciadas, de carácter generoso, aunque de temperamento nervioso, activo y en ocasiones inestable, estaba movido en su acción por su condición de luchador por la estabilidad económica y las insuficientes reservas para mantenerla.

Ingresa en el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo) desde su fundación (1947) haciendo vida política activa en el barrio de Santa Clara, donde residía. En esta barria-

da resultó electo delegado a la Asamblea Municipal de La Habana por su partido, en las elecciones primarias de noviembre de 1951.

El 10 de marzo de 1952, el pueblo de Cuba despertaba entre tanques. El tirano Batista nuevamente se hacía del poder y esta vez por la fuerza y contra la democracia.

Victor se da cuenta de la necesidad de estar en la oposición al régimen y es de los muchos jóvenes ortodoxos que se incorporarán al movimiento revolucionario que organizaba Fidel después del cuartelazo.

Se preparó, al igual que los otros jóvenes que participarían en la acción, llegando a ser jefe de una de las células.

Con los miembros de su célula Víctor saldría el viernes 24 de julio, desde su casa ubicada en la calle Jesús María No. 164, hacia Santiago de Cuba, en un automóvil que guiaba Ernesto Tizol.

La intranquilidad hizo presa de Víctor, que durante el viaje hacía constantes preguntas de hacia dónde iban, qué iban a hacer, que hasta dónde iban a llegar. Estas y otras interrogativas eran frecuentemente repetidas por Víctor con mucha ansiedad, despertando también ciertas inquietudes en otros que integraban el grupo. Por esta razón Tizol, al cruzarse en el poblado de Buenaventura cerca de Holguín, con el carro que conducía Gildo Fleitas decide trasladarlo a él y a dos miembros más de su célula para el carro de este, en el cual viajaba un grupo de jóvenes muy entusiasta, encabezados por el propio Gildo.

Eran las cuatro de la madrugada del domingo 26 de julio, y ya en la granjita Siboney, los futuros combatientes se habían puesto los uniformes para combatir y se distribuían las armas. Víctor Escalona le plantea a Fidel que él y algunos compañeros de célula habían decidido no participar en la acción porque las armas eran insuficientes.

Cuando los asaltantes partieron hacia el Moncada, Víctor y su compañero más allegado de célula, Gilberto Varón, se dirigieron hacia Santiago de Cuba, no sin antes pasar vicisitudes. Ayudados por un campesino que les proporcionó ropas y alimentos llegaron a San Luis donde tomaron un tren que los condujo a Bayamo. A su llegada se dirigieron a la zapatería La Tejana y un camarada de oficio les ofreció cierta protección. Luego ante la imposibilidad de encontrar un lugar seguro en Bayamo se dirigieron hacia Manzanillo, donde Escalona tenía familiares y amigos.

Aún se desconoce los medios que utilizaron para viajar, pero sí se sabe que fueron detenidos y conducidos al cuartel Veguitas, donde los interrogaron y maltrataron.

Los cadáveres de Víctor Escalona y de Gilberto Varón aparecieron abandonados en la cuneta de la carretera de Bayamo a Manzanillo frente a la finca Los Cayos, entre dos palmitas que aún existen en el lugar.

GILBERTO EUGENIO VARÓN MARTÍNEZ

Se le recuerda como un joven callado

Teresa Andux González



Gilberto es un joven callado, más bien taciturno, estas características propias tal vez se remonten a los recuerdos de su triste niñez. Él, como miles de niños en aquella época de desamparo, sufrió en carne propia, además del hambre y la miseria, la desgracia de quedar huérfano con solo ocho años junto a sus dos hermanitos. En aquel entonces vivían en Ciego de Avila. Gilberto Eugenio Varón Martínez había nacido en Camagüey un 4 de enero de 1931. Sus padres fueron Cirilo Varón Caro y Dolores Martínez Cervantes.

Al morir los padres y agudizarse las penurias de los niños, estos fueron reco-

gidos por Serafina Jiménez Caraballo, amiga de la madre quien junto a su familia se traslada a La Habana en busca de nuevos horizontes, en el año 1939.

La urbe capitalina los recibe como a tantos emigrantes de los más disímiles rincones de la isla y se instalan en la calle Jesús María No. 104, donde se convierte en un espigado joven de cara afinada, ojos y pelo negro, temperamento sanguíneo, lo que hace que se muestre intranquilo en su transitar, no obstante ser muy reservado.

La pobreza en que vive lo limita y solo logra alcanzar el nivel primario y después toma clases de mecanografía, comenzando a realizar pequeños trabajos que le permiten algunos ingresos.

La casualidad hace que conozca en una zapatería donde se inicia como aprendiz, a Víctor Escalona Benitez, que al igual que él atravesó la vida con una precaria situación y muchos sinsabores, también desde pequeño había quedado huérfano y tuvo que enfrentar los riesgos de la existencia en aquella época tan borrascosa pasando miles de vicisitudes. Ya en estos tiempos cuando se conocen, Víctor es negociante del giro de pieles y traban amistad; posteriormente comparten la misma vivienda y Gilberto ingresa a la Ortodoxia. A través de su amigo que ya pertenecía y tenía inquietudes, juntos estarían en una de las células que iría al Moncada, de la cual Víctor fue el jefe. Contaba entonces Gilberto con veintidós años.

Parten para Santiago de Cuba desde Jesús María No. 164, siendo recogidos a la hora acordada por Ernesto Tizol.

Una vez en la granjita Siboney, al terminar Fidel de explicar las condiciones de la acción. Escalona manifiesta que él y sus compañeros no participarían por considerar insuficientes las armas. Gilberto Varón, al igual que su amigo, apoya esta decisión y posteriormente emprenden el regreso a La Habana.

La última vez que fueron vistos fue en la zapatería La Tejana de Bayamo, allí estuvieron breves horas para continuar viaje a Manzanillo donde se esconderían en casa de unos amigos.

Son detenidos en el trayecto y juntos correrán la misma suerte: los llevan al cuartel Veguitas, de allí los trasladan al kilómetro 37 de la carretera y los obligan a cavar sus propias tumbas.

En su momento final, aquel joven debe haber pensado con tristeza, calladamente, el infortunio de su breve existencia y la convicción de la necesidad imperante de un cambio radical para su patria oprimida. Hoy Gilberto Varón vive en la obra de la Revolución.

MARIO MARTÍNEZ ARARÁ

La Revolución está asegurada

Susana Callejas



-Mario, ustedes están metidos en un asunto muy serio, muy peligroso. Los van a matar y Batista no podrá ser derrotado, él tiene muchos soldados y lo apoyan los «americanos».

-Mira, a la muerte no hay que temerle. La Revolución está asegurada y nosotros ganaremos de todas maneras. Si nos matan a los que preparamos la Revolución, otros seguirán nuestra causa y Cuba será libre.

-Pero a ti... ¡te van a matar!

-La muerte no significa nada para mí ni para mis compañeros de la lucha. A la muerte hay que mirarla de frente y afrontarla, porque lo que importa es la causa y

nuestra causa no puede morir, vivirá mucho más que todos nosotros. De todas maneras, hay que morir un día y yo quiero morir de pie, como un hombre, peleando por Cuba, por la Cuba nueva del mañana, por la Cuba del pueblo que nosotros ni ustedes aún conocen, pero que Fidel nos la ha hecho vislumbrar.¹

Esta conversación se producía a pocas semanas del 26 de julio de 1953. El revolucionario que respondía sin vacilaciones a los temores de un amigo era un joven de 29 años, Mario Martínez Arará, el que murió heroicamente en el asalto al cuartel Carlos Manuel de Céspedes de Bayamo.

Mario nació en Colón, provincia de Matanzas, el 17 de febrero de 1924, en el humilde hogar de Pelayo Martínez y Rosaura Arará. En esta localidad transcurrió su infancia al lado de sus cinco hermanos, realizó sus primeros estudios y algunos cursos en la escuela de Artes y Oficios que posteriormente continuaría en La Habana cuando su familia se trasladó a la capital.

Era un muchacho extraordinariamente fuerte, practicaba diferentes deportes, pero fundamentalmente la gimnasia, de mediana estatura, ojos claros y pelo castaño, entusiasta y muy activo, valiente e impulsivo. Por ese temperamento se enfrentó en varias ocasiones a la policía de los gobiernos auténticos de Grau y Prío, por cometer abusos en su presencia; se cuenta que también en una oportunidad propinó una paliza a tres batistianos que tuvieron que ser hospitalizados.

Falso {
¹ En *Granma*, 13 de julio de 1973.

Desempeñó diversas ocupaciones como cualquier otro joven en aquella época donde era necesario buscar el sustento diario en el primer trabajo que se presentaba y así fue vendedor de galletas, obrero fabril, agrícola y chofer, tanto en su nativo Colón como en la capital.

Sus inquietudes políticas lo llevaron a militar en la Juventud Auténtica, pero abandona esta organización desilusionado al comprender que ella no contribuía a resolver los problemas del país. Posteriormente se convierte en un miembro más de la Juventud Ortodoxa, aquí conocerá a Fidel, Abel y otros jóvenes de la Generación del Centenario. A partir de este momento se profundizan sus convicciones políticas por la influencia que recibe de todos sus compañeros y especialmente de dos revolucionarios estrechamente vinculados con los planes para la acción del Moncada: su cuñado, Ernesto Tizol y el médico Mario Muñoz Monroy, al que le unía una gran amistad desde su nativo Colón y que además fue testigo de su boda.

Por eso, cuando se produce el cuartelazo del 10 de marzo de 1952 que convierte nuevamente a Batista en «el hombre fuerte de Cuba» impidiendo así el posible triunfo de la ortodoxia, Mario está convencido que no hay otra alternativa, la respuesta tiene que ser la lucha contra la tiranía. Aun estando casado y con un hijo es uno de los jóvenes de la Juventud Ortodoxa que se agrupan junto a Fidel, Abel y se prepara para el levantamiento armado.

Realizan prácticas de tiro en diversas fincas en los alrededores de La Habana como la Villa Azul en el re-

parto San Pedro, cercano al Cotorro, donde su cuñado Ernesto Tizol tenía una granja de pollos que les servía de cobertura y el propio Mario trabajaba en la finca Santa Elena en el pueblo de Los Palos.

Escogida la fecha del 26 de julio para el ataque al Moncada, Fidel propuso que simultáneamente se atacara el cuartel de Bayamo, el segundo en importancia de la provincia de Oriente, para aliviar la tensión que pudieran hacer los soldados en un solo punto, una vez tomado el Moncada. Por esto, el 24 de julio en horas del mediodía parte de la célula de Nico López se reunía en la casa de Antonio Darío López García, un cuartico en la azotea de la calle Dragones 216, frente a la antigua Plaza del Vapor. De allí el grupo se dirigió a pie a la casa de la madre de Mario, en la calle Aguacate, donde este los recogió en el automóvil en que viajarían a Bayamo.

El recorrido se realizó sin dificultades, hicieron varias paradas que fueron amenizadas con la guitarra y la filarmónica de Antonio Darío y Adalberto Ruanes. Llegaron cerca del mediodía a Bayamo y decidieron retroceder por la carretera central deteniéndose primero bajo unos árboles y después llegaron a Cauto Cristo donde coincidieron con el grupo que dirigía Gildo Fleitas. Almorzaron todos y después cada grupo tomó su camino, unos hacia Bayamo y a Santiago otros.

El 25 de julio de 1953 Bayamo estaba tranquila. Nada indicaba que en sus entrañas se gestaba un movimiento que en pocas horas la conmovería. La vida transcurría con su cotidianidad acostumbrada, en bares y cafetines se jugaba billar y se escuchaba la música de las victro-

las. En uno de ellos entraron los jóvenes revolucionarios para simular que como muchos otros también se divertían en la temporada de carnaval. En su recorrido por la ciudad se encontraron con Fidel y Ernesto Tizol en un café cercano al paradero de ómnibus La Cubana, pero por la necesaria discreción ni se saludaron. Finalmente, por parejas, fueron hacia un pequeño hotel llamado Gran Casino, situado en la esquina de las calles Alfredo Utsed y Augusto Márques, lo habían escogido como hospedaje porque estaba ubicado a menos de dos cuadras del cuartel. Allí se reunieron todos, aproximadamente veinticinco compañeros, bajo la dirección de Nico López.

Mario manejó uno de los cuatro automóviles en que fueron a tomar el cuartel. La acción se desarrolló por el fondo de la fortaleza que era la posición que mayores posibilidades de éxito ofrecía a los asaltantes y ocurrió en breve tiempo, ya que un soldado que estaba en la caballeriza advirtió que los revolucionarios trataban de cortar la cerca de alambre de púas que protegía el acceso al lugar. Rápidamente se movilizaron un gran número de soldados y comenzaron a disparar con las ametralladoras calibre cincuenta sin que los jóvenes lograran penetrar en el cuartel. Cuando se dio la orden de retirada, Mario fue uno de los últimos en abandonar el lugar, fue hacia el automóvil y no lo pudo utilizar porque había perdido la llave en la acción. Logró alejarse y se ocultó en un ómnibus en el paradero, pero fue delatado por el chofer a unos guardias que lo detuvieron. Uno de ellos lo hirió en la cabeza con la culata de su revólver. Según

testimonios, cuando lo conducían al cuartel exclamaba en medio de los maltratos: ¡Muero por Cuba! ¡Muero por la Revolución!²

En el cuartel lo curó el médico Aurelio Martínez Pimentel, ya fallecido, y posteriormente fue asesinado por el jefe del escuadrón No. 13 de la Guardia Rural, teniente Juan A. Roselló, célebre por la crueldad y el ensañamiento demostrado en el asesinato de varios asaltantes.

El cadáver de Mario y el de José Testa Zaragoza fueron colocados en el dormitorio del cuartel para que el Juez de Instrucción los encontrara como si hubieran muerto en combate. La soldadesca asesina de la tiranía actuaba de la misma forma con los asaltantes del Moncada, pretendía ocultar sus crímenes en Bayamo y Santiago.

Mario, que se había enfrentado a la injusticia, a los traidores y esbirros con el vigor de sus puños de atleta, murió como él quería, de pie, como un hombre y sus palabras se hicieron realidad.

² Archivo de José Leyva.

Bibliografía

- CASTRO RUZ, FIDEL: *La historia me absolverá*, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
- COLECTIVO DE AUTORES: *Armando Mestre Martínez*, Premio Concurso Primero de Enero, Ed. Política, Ciudad de La Habana, 1983.
- COLECTIVO DE AUTORES: *Mártires del Moncada*, Ed. Revolucionarias, La Habana, 1965.
- CUERVO, GEORGINA Y OFELIA LLENÍN, comp.: *Moncada, epopeya heroica*, Ed. Gente Nueva, La Habana, 1973.
- MENCIA, MARIO: *El grito del Moncada*, Vol. I y II, Ed. Política, Ciudad de La Habana, 1986.
- : *Tiempos precursores*, Ed. Ciencias Sociales, Ciudad de La Habana, 1986.
- PACHECO, JUDAS: *Abel Santamaría y el Moncada*, Premio Concurso Primero de Enero, Ed. Política, Ciudad de La Habana, 1983.
- PAPASTAMASTÍU, BASILIA, comp.: *Raúl Gómez García*, Instituto del Libro, La Habana, 1971.
- PÉREZ LAZO, MARIO: *Recuerdos del Moncada*, Ed. Política, Ciudad de La Habana, 1987.
- ROJAS, MARTA: *La Generación del Centenario en el juicio del Moncada*, Ed. Ciencias Sociales, Ciudad de La Habana, 1979.

ROJAS, MARTA Y OTROS: *Antes del asalto al Moncada*, Ed. Unión, Ciudad de La Habana, 1980.

Moncada: antecedentes y perspectivas, t. 1, Ed. Política, Ciudad de La Habana, 1980.

Moncada: la acción, t. 2, Ed. Política, Ciudad de La Habana, 1981.

Índice

Dirección del Movimiento

Abel Santamaría Cuadrado / 9
Reinaldo Boris Luis Santa Coloma / 15
José Luis Tasende de las Muñecas / 20
Raúl Gómez García / 26
Gildo Miguel Fleitas López / 37

Célula del Parque de la Fraternidad

Juan Manuel Ameijeiras Delgado / 43
Osvaldo Socarrás Martínez / 51
Félix Rivero Vasallo / 56
Roberto Mederos Rodríguez / 61
Pablo Cartas Rodríguez / 65
Gerardo Antonio Álvarez Álvarez / 68

Célula de la Plaza del Vapor

Elpidio Casimiro Sosa González / 73

Célula de Lawton

Reemberto Abad Alemán Rodríguez / 78
Juan Domínguez Díaz / 86
Horacio y Wilfredo Matheu Orihuela / 89
Ramón R. Méndez Cabezón / 94
Manuel Saiz Sánchez / 99

Célula de La Ceiba

Fernando Chenard Pina / 103
Pedro Marrero Aizpurua / 108
Giraldo Córdova Cardin / 114
Manuel y Virgilio Gómez Reyes / 117
Miguel Ángel Oramas Alfonso / 120

Célula de Coco Solo

Hugo Camejo Valdés / 125
Pablo Agüero Guedes / 129
Rafael Freyre Torres / 134
Luciano González Camejo / 138
Angeló de la Guarda Guerra / 142
Lázaro Hernández Arroyo / 151
Rolando San Román de la Ilana / 155
José Testa Zaragoza / 159
Pedro Véliz Hernández / 164

Célula de Calabazar

Julio Trigo López / 170

Célula de Cayo Hueso

Raúl de Aguiar Fernández / 176
José de Jesús Madera Fernández / 180
Andrés Valdés Fuentes / 184
Armando Valle López / 190

Célula del Cerro

Jacinto García Espinosa / 193

Célula de la Habana Vieja

Victor Escalona Benítez / 200
Gilberto Eugenio Varón Martínez / 204

Mario Martínez Arará / 207

Bibliografía / 213